

**UNIVERSIDAD DE CHILE**  
**Instituto de la Comunicación e Imagen**  
**Escuela de Periodismo**

**LOS AYATOLAS**  
Memoria para optar al título de periodista

**Alumno: Víctor Cofré Soto**  
**Profesor Guía: Ximena Poo**

**Santiago, Chile**  
**2010**

<b>INDICE</b>	<b>2</b>
<b>PROLOGO</b>	<b>4</b>
<b>CAPITULO 1: SAN PABLO CON RADAL</b>	<b>5</b>
Ventura	6
San Pablo, vereda norte	8
Desde la esquina	10
El furgón blanco	11
El primo	12
Orlando	14
<b>CAPITULO 2: LOS DISCIPULOS DE MIGUEL</b>	<b>15</b>
Infiltración en las poblaciones	16
Un colegio	18
El MIR en tres partes	20
“Nos pasamos de la raya”	22
Otro colegio	24
Los hijos de Jomeini	25
Un voto para Pinochet	28
El comandante	30
A la Villa	34
El fantasma	36
Pascua feliz para todos	39
El cubano	44
Justicia por propia mano	45
Pizzoleo, Marillanca y La Tablada	48
<b>CAPITULO 3: POR QUE SI, POR QUE NO</b>	<b>52</b>
Tras los M-16	55
Entran los abogados	58

<b>A Managua, escala Buenos Aires</b>	<b>60</b>
<b>Carlos Renato Quiroz</b>	<b>64</b>
<b>La Oficina</b>	<b>65</b>
<b>Fluoxetina y alprazolam</b>	<b>67</b>
<b>CAPITULO 4: LA BRIGADA AZUL</b>	<b>69</b>
<b>Víctor Caro</b>	<b>71</b>
<b>“Desgraciadamente, me tocó ser policía en dictadura”</b>	<b>74</b>
<b>El último año de la CNI</b>	<b>85</b>
<b>CAPITULO 5: IVAN Y ERIC</b>	<b>96</b>
<b>Eric</b>	<b>97</b>
<b>La agonía</b>	<b>99</b>
<b>El 18 de abril</b>	<b>100</b>
<b>¿Por qué Iván?</b>	<b>103</b>
<b>Fuentes de consulta</b>	<b>107</b>

## Prólogo

Una torpeza permitió el inicio. El viernes 18 de abril de 2008 debía viajar a Barcelona, España, por razones laborales. Poco antes de subirme al radiotaxi que me llevaría al Aeropuerto de Santiago miré mi pasaporte. Estaba vencido. Era media tarde y decidí no volver al trabajo para evitar la vergüenza pública y preferí ocupar mi tiempo en algo eternamente postergado. Ese día se conmemoraban 19 años de la caída de dos jóvenes en San Pablo con Radal, Quinta Normal, en un supuesto enfrentamiento con la Central Nacional de Informaciones, CNI. Como era habitual, en la Plaza Simón Bolívar se realizaría un acto de conmemoración. Fue la primera vez que asistí a ese evento.

En 1989, cuando ocurrió la balacera, yo tenía 14 años. Desde mi casa escuché los nutridos disparos, me colé en la oscuridad de un pasaje, a dos cuadras de distancia, y divisé patrullas, luces, agentes de seguridad. Al día siguiente, antes de partir al colegio, crucé la Avenida San Pablo y caminé por donde habían caído abatidos Iván Palacios Guarda y Eric Rodríguez Hinojosa. El suelo estaba regado de sangre.

Muchos años más tarde conocí a un ex militante del MIR que en ese tiempo estuvo en la cárcel y me relató una historia que me recomendó escribir. Un agente de seguridad había formado en Pudahuel, Quinta Normal y Villa Francia un apéndice de la Resistencia y para ello había reclutado a una veintena de jóvenes, todos menores de edad, en su mayoría hijos de presos políticos del MIR. Descubierta la infiltración, la mayoría de los involucrados escapó hacia Argentina. Pero no todos. Iván Palacios y Eric Rodríguez se quedaron en Santiago. Ellos también habían militado en ese grupo, al mando de ‘Miguel’, el supuesto comandante del MIR que los dirigió durante meses, los instruyó en el uso de las armas y les ordenó realizar acciones y atentados. Ambos fueron los que cayeron en San Pablo. La conexión entre ambas historias era una gran historia por trabajar. Y decidí investigarla.

El 18 de abril de 2008 llegué a la conmemoración con la intención de contactar gente que conociera el caso. Reticentes, muchos asistentes se negaron siquiera a dialogar. Otros miraron desconfiados, con la misma desconfianza de los tiempos de dictadura. Una amiga de Eric Rodríguez habló en el acto y me acerqué a ella. Le relaté mis intenciones y prometió llamarme. Un mes después me contactó. El 21 de mayo de ese año tuve mi primera entrevista con un protagonista de esta historia. En los siguientes dos años entrevisté a más de 30 personas, entre militantes de la R, hoy todos bordeando los 40 años, presos políticos del MIR, abogados, ex autoridades y hasta ex agentes de la CNI. El relato que sigue es el resultado de toda esa investigación, que incluyó además revisión de varios expedientes judiciales, prensa de la época y bibliografía sobre el período.

Antes de este comenzar esta investigación periodística, inicié otros dos trabajos de tesis, ambos ligados a temas económicos, los mismos en los que he trabajado desde 1997, cuando egresé de la Universidad de Chile. Esta vez lo terminé, impulsado por el compromiso adquirido con los entrevistados, de contar su historia sin adornos, exageraciones ni omisiones. Probablemente, esto sea lo mejor que haya escrito hasta ahora en mi carrera de periodista. La historia que más me ha obsesionado.

## **CAPITULO 1: SAN PABLO CON RADAL**

Sobre la vereda y el pavimento de la avenida San Pablo, los detectives encontraron dos billeteras, una de ellas con un billete de mil pesos, polvo blanco que más tarde fue identificado como aluminio y nitrato de amonio, un monedero que contenía once pesos, una bolsa de mezclilla celeste, vacía, que en uno de sus costados tenía bordadas las palabras The Doors y Jim Morrison, un spray negro, dos encendedores rojos, una caja de fósforos Copihue, 19 cartuchos marca Famae y dos armas de fuego cortas. El cilindro del revólver Rossi calibre 38, de fabricación brasileña, tenía cuatro vainillas percutadas. En cambio, la nuez del revólver Llama, también calibre 38, de procedencia española, contabilizaba sus seis balas intactas. Los números de serie de ambas armas habían sido limados.

Más arriba del suelo, en una muralla blanca de ladrillo y cemento de diez metros de largo, se leía, en caracteres rojos, manuscritos, la siguiente leyenda: “Es tarea de todos. Octava Teleton”. Entre las letras, los funcionarios de la Tercera Subcomisaría de la Policía de Investigaciones contaron cuarenta orificios de bala. Eran profundos. Tan profundos que en las noches siguientes, en esos mismos orificios, manos anónimas injertaron velas encendidas. Los vecinos lo bautizaron como el paredón de San Pablo.

Esa noche, los 11 funcionarios de la policía civil que llegaron al lugar reconstruyeron pormenorizadamente el sitio de suceso. Eran dos subcomisarios, tres inspectores, tres detectives, un planimetrista, un médico y un fotógrafo.

El cadáver de Iván Gustavo Palacios Guarda, de 18 años, fue fotografiado desde distintos ángulos. Se revisó cada herida, cada prenda de su vestimenta, se midió la distancia que lo separaba de la vereda sur, de los dos postes, de la línea de edificación de la barraca de madera que, años después, cuando llegó el gran comercio a la comuna, se transformó en un supermercado.

La revisión reveló cuatro entradas de proyectil en el cuerpo inerte. Cuando terminaron su tarea, a las 23:10 horas, los investigadores concluyeron que Iván Palacios había muerto dos horas antes de un traumatismo encefalo craneano abierto por herida de bala. A ciento veinte centímetros de su cabeza, sobre un charco de sangre, descansaba el revólver que el fallecido, presuntamente, empuñó poco antes. Iván vestía pantalón de mezclilla, camisa blanca y una chomba de lana gris. Al cuello, tapando su mentón, le cruzaba una pañoleta negra, y de su brazo izquierdo colgaba una mochila azul, que cargaba una agenda, un lápiz pasta BIC, don envases de mantequilla de cacao y una chapa blanca con la imagen de Víctor Jara.

Iván Palacios no estaba solo esa noche, la última de su vida. Mientras se le iba el aliento, a su lado se convulsionaba por la metralla su amigo Eric Enrique Rodríguez Hinojosa, quien tuvo algo de mejor suerte, pero no suficiente: su cuerpo le regaló cinco meses más de agónica vida.

Era el 18 de abril de 1989. Ambos se retorcieron frente a dos postes que sujetaban en lo alto un transformador eléctrico, a menos de 100 metros de la intersección de las avenidas San Pablo y Radal, en la comuna de Quinta Normal, al poniente de Santiago.

La Central Nacional de Informaciones (CNI), el siniestro organismo de inteligencia de la dictadura de Augusto Pinochet, se atribuyó la operación y difundió a los medios de comunicación que se trató de un enfrentamiento.

La Central Unitaria de Trabajadores (CUT) había convocado para ese día a una jornada de protesta –una de las últimas realizadas contra la dictadura- por la relegación a regiones de dirigentes sindicales e Iván y Eric habían llegado a esa esquina con la intención de derribar el transformador en apoyo a las movilizaciones. Cuando ambos se acercaban a su objetivo, la luz se fue del lugar, varios automóviles los acorralaron y comenzó la balacera.

La CNI cifró oficialmente el tiroteo a las 21:20 horas. El fiscal militar Juan Arab Nessrallah llegó al lugar veinticinco minutos más tarde e Investigaciones lo hizo una hora después, cuando en el lugar todavía estaba herido de gravedad Eric Rodríguez y su traslado al Hospital San Juan de Dios aún no se iniciaba. Cuando la ambulancia se trasladaba con el caído, civiles armados intentaron llevárselo, reportó la prensa de la época, pero funcionarios de carabineros impidieron el secuestro. Probablemente, los civiles querían impedir que el joven hablara. No fue necesario. En los meses posteriores, Rodríguez pasó de herido a moribundo y jamás estuvo en condiciones de declarar a la justicia, según respondieron decenas de veces los doctores del hospital a la Quinta Fiscalía Militar, que caratuló la causa como muerte en enfrentamiento.

Tampoco pudo comunicarse fluidamente con sus parientes ni con Héctor Salazar, el abogado de la Vicaría de la Solidaridad que asesoró a su familia. “Era un guiñapo humano”, rememora Salazar. Eric le confirmó con movimientos de cabeza que era de izquierda y no mucho más. Al hospital ingresó con heridas de bala que le dañaron las dos piernas, el estómago, el tórax y la cabeza. En los meses siguientes, su estado se agravó irremediablemente y sufrió cuadros de septicemia, hidrocefalia y desnutrición. Su cuerpo redujo su peso a 44 kilogramos. Murió el 4 de septiembre de 1989, a las cuatro y media de la tarde, cinco horas antes de que la misma CNI que le disparó a él asesinara a unos de los voceros del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR, Jécar Neghme.

## **Ventura**

Las Ultimas Noticias reprodujo en forma íntegra el comunicado de la CNI. El texto de siete puntos tiene el mismo contenido que el oficio que esa misma noche envió el vice director nacional de la CNI, Marcos Derpich, al fiscal Juan Arab. Efectivos de la CNI, decía el texto reservado de Derpich, efectuaban un patrullaje preventivo en la comuna de Quinta Normal cuando en calle San Pablo sorprendieron a dos personas colocando artefactos explosivos en las bases de dos postes de alumbrado público. Se les ordenó detenerse, pero ambos sujetos extrajeron armas cortas desde sus ropas y abrieron fuego contra un equipo de tres agentes que repelió el ataque.

El escrito de prensa de la CNI informaba que el intercambio de balas dejó herido un agente de seguridad y cometía una imprecisión probablemente premeditada: “Conforme a las primeras indagaciones, el grupo terrorista realizaba acciones de colocación de cargas explosivas en tendidos de energía eléctrica y pertenecía a las autodenominadas ‘Milicias Rodriguistas’, dependientes del Partido Comunista”. En realidad, el presunto grupo no era más que una dupla. Y su adhesión política se acercaba más al MIR que al PC.

Más preciso y detallado en la relación de hechos debió ser el agente Gustavo Ventura Otárola, casado, 38 años, quien declaró ante el fiscal Juan Arab tres semanas después de los hechos, tras la presión mediática del abogado Salazar. Su declaración forma parte de la causa 544-89 que abrió el Segundo Juzgado Militar de Santiago.

Ventura comenzó su relato así: “El día 18 de abril, día de llamado a paro de la CUT, me encomendaron, como es habitual en esos días conflictivos, un servicio de patrullaje en el sector de Quinta Normal, cuya única misión es netamente informativa, respecto de los hechos que se susciten en la vía pública, tales como fogatas, barricadas, desórdenes en general. En circunstancias que nos desplazábamos por calle San Pablo en dirección poniente, nos percatamos que aproximadamente 120 metros adelante nuestro, en la intersección de una calle que después supe que era la calle Radal, había un grupo de aproximadamente 80 personas en evidente actitud de desórdenes callejeros y presencia de fogatas y barricadas. Ante esta situación, le ordené a mi conductor que tratara de aproximarse hacia el lugar lo más que pudiera, sin llegar a comprometer nuestra seguridad”.

“Fue así que nos desplazamos en la misma dirección unos cincuenta metros. En esos momentos, al efectuar una inspección ocular de la situación en general, pude percatarme que en la vereda sur de calle San Pablo, en la base de dos postes de alumbrado público, los que a su vez sostienen un transformador, se encontraban dos sujetos, uno en cada poste, en cuclillas, cubriendo sus rostros, lo que en ese momento a mi me parece gorros pasamontañas, con mochilas, en evidente actitud sospechosa. Al analizar más en detalle la situación pude comprobar, sin lugar a dudas, que ambos instalaban cargas explosivas procediendo, incluso en ese instante, a encender las respectivas mechas. Ante eso decido proceder a controlar a ambos sujetos y tratar de alguna forma de impedir el atentado explosivo en desarrollo. Acto seguido me bajo del vehículo en que nos movilizábamos, un furgón marca Suzuki, modelo utilitario, de color rojo, en compañía de un agente, avanzo por la vereda norte de calle San Pablo unos tres metros quedando casi al frente, un poco en diagonal, enfrentando a los sujetos y les grito: ¡Alto Policía!. Como respuesta inmediata, el sujeto que está ubicado en el poste oriente se endereza y sin poder precisar si extrae el arma o ya la tenía en su mano, efectúa dos disparos en contra nuestra, ante lo cual respondo el fuego, al igual que mi compañero, con mi fusil AKA, efectuando aproximadamente tres ráfagas cortas. En ese instante se produce un apagón quedando el sector totalmente a oscuras. En el intertanto, desde la esquina de calle Radal con San Pablo escucho detonaciones de armas de fuego, lo que me hace presumir que el grupo de contención en apoyo a la acción de estos dos sujetos dirigen el fuego en nuestra contra. No puedo preocuparme de esa acción, ya que los sujetos ubicados en los postes continúan disparándonos. En ese instante, yo efectúo un único disparo con mi fusil AKA y esta se

tranca, quedando inoperativo. Ante esto desenfundó mi pistola de carga CZ, calibre 9 mm. y efectuó una cantidad indeterminada de disparos, ya solamente hacia el lugar donde están los sujetos, ya que la oscuridad no me permite visualizarlos. Procedo a recambiar cargador, acto seguido también efectuó una indeterminada cantidad de disparos al aire en dirección a la esquina de Radal, con la finalidad de amedrentar a los sujetos que también hacían fuego desde esa dirección en contra nuestra. Hago presente que al momento de bajarme de vehículo sentí un fuerte dolor en mi pie derecho, haciéndome pensar que había recibido el impacto de un proyectil disparado en nuestra contra”.

“Una vez que cesaron los disparos, llegaron al lugar diversas patrullas de nuestro organismo, los que habían concurrido en nuestro apoyo en virtud a un mensaje radial emitido por este sentido por mi conductor. Vi a mi comandante de brigada llegar al lugar, el que se me acercó preguntándome detalles de la situación. Debido a la oscuridad, solicité que un vehículo alumbrara el sector de los postes y pude constatar que ambos sujetos yacían tendidos, aparentemente muertos. En ese momento, mi comandante se percató de la lesión de mi pie, pudiendo comprobar que tenía enterrada en la planta de mi zapatilla un objeto metálico, comúnmente llamados ‘miguelitos’. Ante esta situación ordenó mi traslado inmediato a la clínica, lo que hice en compañía de la totalidad de la patrulla, por lo que desconozco el resto del procedimiento”.

La declaración, de dos carillas y media, está en la página 30 del expediente de la justicia militar y fue acompañada de un mapa improvisado donde la mano de Gustavo Ventura ubicó los postes, las esquinas, el vehículo en desplazamiento y la fogata que, aseguró el agente, iluminaba la esquina de San Pablo y Radal.

Un relato similar al suyo entregaron ese mismo día al fiscal militar los otros dos funcionarios que integraban el equipo que dirigía Ventura Otárola: el chofer Marcos Fernández Maya, de 35 años, y el agente de 31 años Fernando Araya Santander. Las tres identidades eran falsas.

## **San Pablo, vereda norte**

Investigaciones ubicó el sitio de suceso frente al número 4870 de la Avenida San Pablo. Era la barraca y a sus costados no había viviendas. Al frente, en la vereda norte, las casas sí estaban habitadas y esa noche sus moradores escucharon y miraron. Nadie de la policía civil o uniformada tocó la puerta de esos testigos privilegiados. Ninguno de sus testimonios fue registrado por los encargados de la justicia. Tampoco esos testigos querían hablar. De seguro, por temor. Algo que tomó años en diluirse hasta desaparecer.

### **- ¿Puedo citar tu testimonio?**

- Sí, ningún problema. Ya no hay el miedo que había en esa época- responde exactos 20 años después, el 18 de abril de 2009, Fernando Riquelme, quien vivía frente al lugar donde cayeron Iván Palacios y Eric Rodríguez, en una casa esquina en San Pablo con la calle 3, un pasaje que se interna hacia el norte. Riquelme trabajaba entonces en la Tesorería General de



la República y ese día volvió antes a casa, para eludir la protesta. Sentado con su tía en el antejardín, sintió la luz desaparecer y luego los disparos.

“Apenas nosotros sentimos los balazos, nos metimos para adentro y después yo miré por la ventana y los vi: uno estaba vivo todavía, saltaba y alguien le pegaba”, cuenta cuando suma 49 años de edad. Riquelme dice que esa noche no había barricadas en Radal con San Pablo, ni protestas ni gritos, como informó la CNI. “Nunca hubo enfrentamiento (...) Está claro que fue una trampa”, asegura. Cuenta también algo que le extrañó: dos tipos, uno de ellos con el pelo largo, se ubicaron afuera de su casa, en el pasaje, mucho antes del presunto enfrentamiento. “Estuvieron toda la tarde ahí. No eran del barrio”. En ese mismo lugar se encontraron más tarde numerosos casquillos de bala.

En ese tiempo, en ese barrio, como en otros barrios, los vecinos no hablaban mucho con sus vecinos, ni se conocían ni intimaban. Pero esa noche les proporcionó algo en común: todas sus miradas confluyeron en el mismo punto.

Bélgica Ubilla, vendedora, tiene memoria precisa para describir el entorno de su ex residencia. Su vivienda era la de San Pablo número 4855, la entregó en persona la esposa de Gabriel González Videla, Rosa Markmann, la señora Miti, en 1947, y forma parte de la población Candelaria Pérez, un conjunto de 84 casas.

Desde la suya, agazapada, esa noche observó a escondidas. “Yo me puse a mirar cuando estaban disparándole a los cabros. Cayó uno ahí y lo trasladaron a la entrada de la barraca. Y al otro, al otro lado. No los dejaron juntos a los chiquillos”.

El 18 de abril de 1989 estaba con su hija Sandra y otros familiares en el antejardín. El ensordecedor traqueteo la hizo saltar a su casa y refugiarse en la escalera que daba al segundo piso. La señora guardó una certeza que controvierte la versión de la CNI y que también está presente en el relato de otros testigos. No fue solo el furgón Suzuki rojo que reconoció la CNI el que estuvo esa noche en ese lugar. Y tampoco fueron sólo tres los agentes que dispararon.

**- ¿Usted vio desde donde disparaban los agentes?**

- Es que aparecieron todos de un viaje. De todos lados.

**- O sea, pueden haber disparado desde la calle 1, la calle 3...**

- De todos lados. No fue de un solo lado, salieron de todos lados, por todas partes.

**- ¿Y usted como sabe eso, por el sonido, por los destellos o es solo su impresión?**

- No, porque yo vi como llegaron todos de un viaje a dispararle a los cabros.

Dos casas más al poniente, por San Pablo, vivía la familia de Luis Urriola. En esos días estaban en La Serena debido a la muerte de un nieto. Su hija Regina, profesora de 31 años en 1989, regresó antes a Santiago. Esa noche estaba con un amigo en la puerta de su casa. “En eso que estábamos conversando se cortó la luz y llegaron grupos de ambos lados disparando”, cuenta. Ex militante comunista, igual que su hermana Zoila y su padre, Regina recuerda haber visto a los dos jóvenes cerca de los postes, agachados, y asegura que distinguió a varios uniformados durante la balacera y, cuando cesaron los disparos, a civiles disfrazándose de mujer, no sabe por qué razón. “Yo vi después cuando hacían todo el show,

traían armas y las ponía ahí. Eso sí que lo vi”. No fue fortuito lo que ocurrió y la CNI tenía todo premeditado. “Ellos venían a eso”, afirma.

## Desde la esquina

El Leo trabaja ahora para la ley. Es actuario de un Juzgado de Policía Local en la Región Metropolitana y tiene 39 años. Hace veinte años, era cercano al rodriguismo y acostumbraba a participar en las protestas de su sector. Esa noche estaba en la esquina norponiente de San Pablo con Radal, fumaba y conversaba con un amigo. Esperaba que comenzara algo, que alguien hiciera lo de siempre, un mitin, una barricada. Alguien había intentado al parecer sin éxito prender un neumático. La noche se desplegaba en Santiago.

Juan Alonso, un mecánico que en ese entonces tenía 25 años y que estaba en la misma esquina, escuchó lo mismo que el Leo: la *Choli*, una mirista del sector, alertaba a los presentes que frente a El Cairo, una quinta de recreo que ocupaba la esquina sur poniente, estaba estacionado un furgón utilitario blanco. Sospechoso. Nadie alcanzó a prestar mucha atención. En diagonal a esa esquina, Iván y Eric cruzaron la calle y se acercaron al Leo.

“Nosotros éramos conocidos del colegio. El Iván me dijo: hola, te presento un amigo, el Eric. Hola, le dije yo, te presento un amigo mío. Me dijo: oye, vamos a cruzar al frente, vamos a apagar la luz, echai una miradita. Yo le dije: ¡oye, allá al frente hay un furgón!. No, no te preocupis, me dijo, si ya está todo resuelto. A lo mejor ya lo habían revisado todo, habían peinado la zona para saber si había gente o algo que podía obstruir la situación en sí, que era apagar la luz. Supuestamente era volar un poste para que se cayera el transformador”, cuenta Leo, sentado sin prisa en un oscuro pasillo de un tribunal santiaguino, en noviembre de 2008.

Iván y Eric cruzaron de vuelta, avanzaron al oriente, por la vereda sur, hasta la calle 3, ubicada frente a los postes de luz, y esperaron. Cruzaron San Pablo hacia los postes, alguien gritó alertando un peligro inminente y retornaron, deshaciendo su camino.

“Cuando cruzaron de nuevo, la segunda vez, se cortó la luz. Y el furgón que estaba en la esquina pega la carrera y se da vuelta. Y todos gritaron, ¡cuidado, huevón, los milicos! Yo me quedé en la esquina y siento que se abren las puertas del furgón, y ahí siento la balacera, las ráfagas. Aparecieron dos vehículos del otro lado y los encerraron”, dice el Leo.

“En el instante, primero nos tiramos al suelo, por las ráfagas, y después estos huevones le disparaban no a la gente, si no al aire *pa* amedrentar, *pa* que nosotros corriéramos. Y mi amigo se tiró al suelo y me dice, oye hay un huevón en el suelo, hay un huevón en el suelo. Los hicieron cagar (...) Yo vi cuando se golpea en la muralla uno de los dos, no recuerdo cuál era. En realidad se azotó en la muralla (...) Iván se metió detrás del poste a protegerse y el Eric cayó al suelo”, continúa uno de los testigos privilegiados de esa noche.

“Ellos (Iván y Eric) no hicieron absolutamente nada. Creo que, no sé, uno de los dos sí alcanzó a disparar, pero con suerte habrá sido un tiro, dos tiros, porque se vio una ráfaga desde el suelo, así como hacia arriba, como esas chispas de las pistolas cortas”.

## **El furgón blanco**

El furgón blanco no fue visto sólo por los jóvenes que estaban en esa esquina. También por gente que ocupaba otras ubicaciones. Una de esas personas lo dijo a Investigaciones y en los meses siguientes fue citada insistentemente a declarar por el tribunal militar que tramitó la causa. La policía nunca lo pudo encontrar en los años siguientes. Se llamaba Diocles Emeterio Zúñiga Cabrera, tenía 28 años y trabajaba como aseador y cuidador de la quinta de recreo Cabaret, en realidad conocida en el barrio como El Cairo. Vivía ahí. Ese 18 de abril estuvo todo el día en el local, pintándolo y refaccionándolo junto a otro testigo.

A las ocho de la noche, Diocles Zúñiga divisó un furgón blanco, marca Suzuki, con dos hombres en su interior, que se estacionó por calle Radal, en la vereda poniente. Quince o veinte minutos después, otro vehículo le llamó la atención: una camioneta cerrada, color blanca, se estacionó en la esquina nororiental, con tres individuos. La pareció que era una Fiat Fiorino.

A las nueve de la noche, cuando se fue la luz, Diocles Zúñiga miró por una rendija del local hacia la calle. Una llamarada en plena intersección de Radal con San Pablo salía de un neumático encendido. Un sujeto con pasamontañas, parka azul y mochila corrió hacia un edificio de departamentos y se perdió, declaró.

“En esos mismos instantes comencé a escuchar disparos, los que se prolongaron por espacio de unos diez minutos. Debo hacer presente que al momento que vi la llamarada del neumático me percaté que en el furgón se encontraban los dos sujetos, pero el que acompañaba al chofer se bajó, instalándose detrás de unos postes que se ubican en calle Radal y comenzó a disparar en dirección a la barraca de calle San Pablo, donde se ubican dos postes que sustentan un transformador eléctrico”, detalló el interrogado en su declaración extrajudicial a Investigaciones.

Finalizados los disparos, declaró, un hombre por altavoces pidió a la gente no salir de sus casas, ya que había subversivos en las inmediaciones. “Posteriormente se hicieron presente en el lugar numerosos vehículos, al igual que personal de seguridad. Desde mi lugar de observación pude percatarme que había una persona muerta frente a la barraca, ya que luego de ser examinada fue cubierto con un plástico color negro”.

La policía intentó ubicar al otro testigo, Marco Antonio Nieto Cabello, quien trabajaba esa noche con Diocles Zúñiga en El Cairo. Investigaciones llegó hasta su casa en Quinta Normal, pero estaba trabajando en el norte del país en una empresa de transportes. No insistieron. Hoy tiene 45 años y pese al tiempo transcurrido, ratifica lo que esa noche vio su circunstancial compañero de trabajo. “Efectivamente, había un furgón blanco desde una hora antes, no recuerdo bien. Tenía los vidrios polarizados”, dice ahora al teléfono. Nieto confirma eso sí que había movimiento de protestantes en la estratégica esquina. Por rendijas, miraban hacia afuera y recuerda que había encapuchados, panfletos. “El dueño del

local, don Carlos, dijo: ¡otra vez no nos van a dejar trabajar porque está quedando la caga en la esquina!”, explica.

Sobre los techos de El Cairo, testigos vieron esa noche a hombres sospechosos. La presunción de colaboración con la CNI dio vuelta en el barrio y un mes después desconocidos, en venganza, quemaron el local, asegura un imaginativo ex militante de izquierda del barrio. Nieto niega que el local se haya incendiado alguna vez. Y asegura que no hubo agentes en el tejado de El Cairo. “Imposible. La única persona que subió al techo esa noche fue Diocles. Y después de la balacera”.

## **El primo**

Dos abogados escucharon a dos primos de Eric Rodríguez y recogieron información documental. Su trabajo contribuyó a la convicción de otros. La Comisión presidida por Raúl Rettig, apellidada de Verdad y Reconciliación, incluyó dentro de las 2.298 muertos o desaparecidos contabilizados durante los 17 años de la dictadura a Eric Rodríguez e Iván Palacios. Doce de cada cien víctimas tenían entre 16 y 20 años. Al momento de su muerte, Palacios tenía 18 años. Rodríguez cumplió las dos décadas 18 días después de caer herido.

La Comisión llegó a la convicción de que ambos fueron víctimas de la violencia política y que cayeron abatidos en un enfrentamiento con efectivos de la CNI. Pero los clasificó en la categoría caídos por enfrentamientos reales.

En julio de 1990, diez meses de la muerte de su primo, ante la comisión testificaron Rubén René y Rudy Moscoso Quiroz. El relato lo protagonizó Rubén, quien vivía en ese tiempo en la población Simón Bolívar. “Yo fui testigo presencial”, dijo en aquella oportunidad. Pero no era cierto. Lo que contó fue lo que le contaron, lo que escuchó más tarde, los cabos que ató conversando en el barrio. En realidad, no vio lo que pasó esa noche. Hijo de un ex suboficial de Carabineros y hermano de un obrero y dirigente poblacional ejecutado en septiembre de 1973, en 1989 tenía 25 años y participaba en las milicias rodriguistas en la comuna de Pudahuel. El 18 de abril de 1989 se dirigía a esa esquina con otros cuatro jóvenes, todos montados en un microbús, cuando escuchó las ráfagas y ordenó el regreso de todos. El siguió hasta el lugar, pero no pudo acercarse lo suficiente para saber quiénes habían sido alcanzados por las balas.

A la Comisión Rettig dijo, sin embargo, que él estaba en la esquina jugando video cuando efectivos de civil rodearon la zona. Rubén se despidió de su primo y luego vio que dos autos le cerraron el paso. “Se armó un espectáculo increíble, tomaron a cuatro jóvenes, entre ellos, Eric, los llevaron por detrás y les pegaron, también le cambiaron ropa, le robaron sus pertenencias. Todo aquello yo lo vi. En ese momento, los otros jóvenes estaban heridos, Iván Palacios Guarda, que murió, de los otros no tenemos información, no eran del sector, se los llevaron a una pared de enfrente en una barraca, los colocaron en medio de los postes y de la mitad de la calle, tres hombres les dispararon, quedaron proyectiles en la muralla. Dos de los jóvenes quedaron heridos, ellos desaparecieron, uno de los efectivos se

acerca y remata a Eric y a Iván. Nuestro primo no murió, el otro sí”, declaró a la Comisión bajo reserva y secreto.

El relato, contenido en un documento confidencial que quedó en los archivos de la comisión creada por Patricio Aylwin, consigna otro hecho aparentemente inverosímil. “Carabineros de la 22 Comisaría llegó al lugar, ellos dispararon contra los efectivos de civil, se armó una balacera entre los civiles y carabineros, uno de los civiles cayó herido. Los carabineros hicieron sonar la sirena, por altavoz se comunicaron y comenzaron a discutir. Como nada se supo, nosotros suponemos que eran de la CNI. Luego de la conversación entre el mayor a cargo del bus, y los civiles, llegó la ambulancia, Carabineros transporta a los heridos y al fallecido, llegaron a la posta 3, donde se estampa la denuncia por Carabineros. En la posta tres los civiles intentaron llevarse a los heridos. Eric fue trasladado a la UTI del San Juan de Dios, los muertos fueron llevados al Instituto Médico Legal (IML)”.

Rubén Moscoso habló de muertos, pero esa noche hubo uno solo. Los caídos fueron dos y en ningún momento nadie vio que las potenciales víctimas fueran cuatro. La balacera fue larga, coinciden todos, y la versión del enfrentamiento entre las policías efectivamente circuló.

Regina Urriola recuerda que en medio de la intensa y prolongada balacera, probablemente al comienzo, se escucharon voces altisonantes de pobladores del sector. “Gritaban: cuidado, que allá está disparando un paco, cuidado, que ese es un rati...”, recuerda.

Lo mismo dice Marco Antonio Nieto, el trabajador de la quinta de recreo ubicada en la esquina: “Parece que había un dato y se enfrentaron Carabineros e Investigaciones. Eso se decía, fue la versión inmediata, a los 10 minutos de la balacera”.

Los investigadores de la Comisión Rettig citaron en su informe testimonios de vecinos que coinciden con lo que parte de la prensa publicó. El archivo clasificado que el comité preparó con los antecedentes del caso, y que no forma parte de su informe oficial, dice lo siguiente: “El día de los hechos en San Pablo a la altura del 4.400 se encontraban estacionados a lo menos dos vehículos extraños ajenos a la zona con civiles que hacían guardia. La balacera se desencadenó a las 21:10 horas, exactamente en el instante en que se cortaría la luz por efectos de los numerosos bombazos que dejaron a oscuras la ciudad. En dicha balacera tomaron parte a lo menos veinte efectivos de seguridad. Esta se prolongó por un lapso que varía entre 5 a 15 minutos, pero que igualmente es exageradamente prolongado. Hay numerosos impactos en la pared de la barraca junto a la cual cayeron ambos muchachos, pero no se aprecia ninguno en la dirección donde estaban los efectivos de seguridad. Posteriormente, efectivos de seguridad trataron de sacar a Eric Rodríguez de la Posta. ¿Por qué? Tanta constancia hay de ello que la Corte de Apelaciones acogió un recurso de protección y le concedió vigilancia policial”.

Rubén ejerce hoy el oficio de gáster y sigue siendo de izquierda. Admite ahora que no fue testigo presencial y explica así las imprecisiones de su declaración de 1990 a la Comisión. “Es lo que escuché, lo que me dijeron. Es la versión que había al principio”.

## Orlando

Pablo Palacios Trecañanco abrió una veta que la Fiscalía Militar no siguió. El padre de Iván Palacios Guarda declaró ante Investigaciones que dos meses antes del día en que murió su hijo, un día indeterminado de febrero, y cuando comenzaba a oscurecer, llegó hasta su casa en Las Encinas 1027, comuna de Lo Prado, un hombre que preguntó por Iván, pero que terminó interesado en la compra de un perro raza pastor alemán. Pablo Palacios se dedicaba a la crianza de ese tipo de animales en su domicilio, donde se instaló en 1984. “Este sujeto era de aproximadamente 37 años de edad, regular estatura, algo gordo, cabellos negros, pelo entrecano en sus sienes, ojos café. Vestía en forma deportiva, con blue jeans, y se movilizaba en un auto Charade color azul”, contó a la Policía de Investigaciones. Una semana después, el tipo volvió al domicilio, conversó con Iván durante 20 minutos y dejó 5 mil pesos a cuenta de un perro que retiró un mes y medio más tarde. Como Iván casi no recibía visitas en su casa y como el desconocido, que lo doblaba en edad, siempre preguntaba por él, Pablo Palacios pensó que el visitante tenía inclinaciones homosexuales.

Varias otras veces, con diferentes pretextos, el sospechoso regresó a Lo Prado: primero para preguntar por medicamentos para su nuevo perro enfermo y después con la excusa de buscar una casa en arriendo en la zona, por 36 mil pesos mensuales y por un lapso de seis meses. Molesto, en una de esas ocasiones, Iván fingió no estar en casa, pero su hermana menor, Cecilia, reveló involuntariamente su presencia al visitante.

Un día antes de su muerte, el 17 de abril de 1989, apareció de nuevo. Pablo Palacios relató que cerca de las 20 horas, el sujeto llegó conduciendo otro vehículo, un furgón utilitario amarillo. Iván no estaba, pero el desconocido lo esperó. “A los pocos minutos llegó Iván y comenzaron a hablar en la vereda y como yo estaba en el antejardín barriendo, estos se subieron al furgón y allí hablaron por espacio de media hora, aproximadamente, para luego retirarse el sujeto en su vehículo, para mi hijo ingresar a la casa”.

Pablo Palacios no volvió a tener noticias del individuo, de quien por boca de su hijo supo se llamaba Orlando y cuyo apellido olvidó. Esa identidad era de seguro un invento puntual, específico, destinado a ocultar para la ocasión otro nombre, también falso, por el que en realidad era conocido por una veintena de jóvenes de Quinta Normal, Pudahuel y Villa Francia: Miguel. El comandante Miguel.

## **CAPITULO 2**

### **LOS DISCIPULOS DE MIGUEL**

Tres meses antes de morir, Iván Palacios fue golpeado duramente por cinco asaltantes que cuchillo en mano robaron el efectivo que acumulaba la caja del local donde trabajaba. Lo amarraron firmemente, sin dejar espacio a dudas. Opuso resistencia. Iván se graduó de héroe y sus colegas de la galería comercial aplaudieron su arrojo, pero reprocharon su temeridad.

Fue por la mañana, los asaltantes sabían a qué hora encontrar algo de dinero. Sabían también que con Iván trabajaba la dueña del establecimiento, una señora de cierta edad. A ambos los ataron con los cables del teléfono. Todo duró poco, lo que deben durar los asaltos, cuando la adrenalina salta y agiganta los segundos. Los asaltantes estuvieron, como máximo, tres minutos en el lugar.

Iván tenía 18 años y trabajaba ahí en sus ratos libres, ayudaba en el aseo, los mandados y la venta. Los cinco asaltantes eran tan o más jóvenes que él. El mayor se hacía llamar David y con su metro ochenta centímetros se acercaba al metro ochenta y tres centímetros de estatura de Iván. Tenía 20 años, el pelo claro y le decían el rucio. En este asalto, como en varios otros que protagonizó, David portaba la única arma de fuego, lo que le daba el mando de la operación.

Sus cuatro acompañantes eran aún más imberbes: tres tenían 15 años y usaban como nombres falsos los de Marcelo, Javier y Claudio. El otro tenía 18 años y su nombre político era Sebastián. Al asalto llegaron empuñando armamento que denotaba escasa sofisticación: Claudio había propuesto la noche anterior armarse con un cuchillo cocinero, con la misma naturalidad, compara ahora, de quien compromete asistencia a un asado y ofrece llevar una botella de vino. No recuerda bien –nadie está seguro, 20 años después, de cada paso, de cada detalle- pero cree que sus amigos también portaban cuchillos.

Los cuatro más pequeños, Marcelo, Javier, Claudio y Sebastián, estudiaban en la misma escuela en la comuna de Pudahuel y compartían otra condición más decidora: eran hijos o parientes de presos políticos que militaban en el MIR. Sus familiares estaban reclusos en la Cárcel Pública y algunos de ellos habían sido condenados a muerte por tribunales militares.

David no tenía ningún pariente detenido por razones políticas, pero había adherido a la izquierda por herencia familiar y a esas alturas ya participaba en un grupo armado de resistencia a la dictadura. Como era el más robusto, David fue el encargado de someter a Iván. Fue el primero en entrar a la galería Consistorial, una hilera de locales venidos a menos a la que se entra por calle Monjitas, a media cuadra de la estratégica Plaza de Armas de Santiago. En el local vendían ropa interior de hombre y los asaltantes, además de robar el dinero, llenaron sus mochilas con camisetas blancas y calzoncillos.

En el forcejeo, David tiró a Iván al suelo y le regaló un fuerte puntapié en las costillas. La agresión, en todo caso, era calculada y había sido solicitada con insistencia la noche anterior por el propio agredido. El asalto estaba convenido por asaltantes y asaltado. Iván había propuesto a sus compañeros de militancia robar la tienda donde trabajaba. Y, para no ser descubierto, pidió excederse en la fuerza con él.

La planificación, el día previo, incluyó órdenes precisas de Miguel, el jefe del grupo de la Resistencia en el que los seis jóvenes militaban. La R, como la bautizó el MIR meses después del golpe militar de septiembre de 1973.

Terminado el asalto, concretada la nerviosa y separada huída a pie por callejuelas y pasajes del centro de Santiago, los participantes se reunieron en una vivienda que funcionaba como cuartel central. Repartieron ropas, entre ellas algunos calzoncillos largos que solo alimentaron la risa. Iván protestó con ironías por la golpiza y contó que la dueña del local premió su valentía regalándole mercadería. Era enero de 1989 y, ya está dicho, le quedaban solo tres meses de vida.

## **Infiltración en las poblaciones**

Ni Francisco Herreros ni Claudia Lanzarotti recuerdan 20 años después los reportajes que publicaron en abril de 1989 en el semanario Pluma y Pincel. Lanzarotti ya está retirada del periodismo. Herreros, quien años después se convirtió en director del semanario El Siglo, del PC, realizó muchos reportajes como ese. “No seguí en ese caso, no lo seguí investigando. Quedó ahí”, dice al teléfono. Pluma y Pincel también era un medio del PC, a fines de los 80. Y por esa condición, para evitar suspicacias varias, fue elegida por militantes del MIR para filtrar la médula de la historia. Y varios de sus detalles.

Pluma y Pincel gastó cuatro páginas en un reportaje amplio, titulado “Infiltración en las Poblaciones”, que se publicó en la edición del 20 al 26 de abril de 1989. El artículo aseguraba que un agente de seguridad se había enquistado en poblaciones del sector poniente de la Región Metropolitana, reclutó a una veintena de jóvenes y los hizo protagonizar acciones militares, poner bombas, ejecutar asaltos, intentar ajusticiamientos. Con el nombre de Manolo, y acompañado de un tal Julio, se había acercado a organizaciones populares cuatro años antes por medio de una dirigente de la zona, Brígida Bucari, la Vicky, quien le presentó a Marcela Ortiz, esposa de Humberto Trujillo, un preso político del MIR. Rebautizado como Miguel, el sujeto colaboró durante dos años con los familiares de los presos políticos, paseó a sus hijos, transportó mercaderías para los detenidos, colaboró con la impresión de documentos políticos. Miguel se ganó la confianza de Marcela Ortiz y con su ayuda inicial comenzó a contactar a mediados de 1988 a jóvenes de Pudahuel, Quinta Normal y luego, Villa Francia. Dirigió al menos cinco instrucciones militares, pidió los nombres reales a los nuevos militantes y los fotografió en varias oportunidades, con capuchas y sin ellas. Miguel evidenció profusión de recursos: a las escuelas guerrilleras llevó subametralladoras UZI, fusiles AKA y FAL, pistolas CZ Astra y Colt 45, además de abundante explosivo, TNT, estopines y mecha. Se movilizó en varios vehículos distintos, un charade azulino, el más socorrido, un Falcon café, un Toyota corolla



último modelo del mismo color, dos furgones Suzuki, uno blanco, otro verde, un Datsun blanco, otro negro, un taxi y tres motos. En los días finales de su operación, manejaba un furgón Subaru amarillo.

La base de la investigación de Pluma y Pincel fueron declaraciones juradas realizadas por varios de los militantes de la R, ya convencidos de la condición de infiltrado de Miguel. Las denuncias estaban suscritas, entre otros, por David, el chino, de la villa Francia, la propia Marcela Ortiz y Victoria Serna, nombre falso de una ciudadana argentina que autoproclamaba su antigua militancia revolucionaria en su país y que sembró algunas de las primeras dudas sobre el comandante.

Los ejemplares de la edición número 71 de Pluma y Pincel colgaron de los kioscos dos días después de la muerte de Iván Palacios, pero su contenido debió haber estado en la imprenta la misma noche de los disparos. El artículo lo firmó Claudia Lanzarotti. En el número siguiente, la misma reportera suscribió la secuela, junto a Francisco Herreros. El supuesto enfrentamiento de San Pablo con Radal, concluía el medio, confirmaba el episodio de infiltración denunciado siete días atrás, el que enumeraba “presunciones fundadas, precisas y concordantes” de la existencia de un agente de seguridad infiltrado en las poblaciones, quien, denunciaba Pluma y Pincel, había ordenado a Iván Palacios volar con explosivos los postes de luz donde lo acribillaron y en el que, decían testigos citados por la publicación, merodeaba una veintena de agentes de seguridad una hora antes de la balacera.

El segundo reportaje, también de cuatro páginas, detallaba una lista de acciones atribuidas al grupo que dirigía Miguel. Una de ellas era el asalto al edificio Consistorial donde trabajaba Iván. Las otras eran de diversa factura: tres bombas durante el aniversario del MIR, asalto a guardias azules de la Quinta Normal, una bomba contra la Dirección General del Metro, una bomba incendiaria contra la automotora Camaro, asalto a una tienda de andinismo en el parque Bustamante, bombas a iglesias mormonas, tres bombas en el funeral de Pablo Vergara Toledo, en noviembre de 1988, el asalto a una botillería en el centro de Santiago y tres intentos de ajusticiamiento contra militantes y dirigentes sociales de izquierda. Lanzarotti y Herreros decían que la misión de Miguel era montar provocaciones y desencadenar una guerra interna entre las organizaciones políticas de izquierda. Y que el epílogo ya tenía fecha, septiembre de 1989, cuando sus bases de la Resistencia harían su acción mayor: la toma de un regimiento chileno, emulando el asalto de la unidad militar La Tablada, en Argentina. Realizado el 19 de enero de ese mismo año por jóvenes militantes de izquierda del Movimiento Todos por la Patria (MTP), la acción resultó un fracaso, murieron 28 guerrilleros, nueve conscriptos y dos policías, y repuso con el fin de las explosiones la cohesión en las Fuerzas Armadas trasandinas, amenazadas por la nueva democracia que sucedió a la dictadura que gobernó entre 1976 y 1983. El MTP emprendió una acción delirante y versiones nunca comprobadas atribuyeron el ataque a una operación de inteligencia militar.

A Miguel lo desenmascararon numerosas contradicciones en su accionar, su trato verticalista y militarista. Las sospechas fueron creciendo y dos semanas antes del paro de la CUT, Miguel ya se sabía abandonado por varios de sus pupilos. Siguió en contacto con Iván y se reunió con él, por última vez, tres horas antes de su muerte.

Ninguno de los dos reportajes develó las verdaderas identidades de los subordinados de Miguel. Tampoco decía que la gran mayoría de ellos, aterrados por el descubrimiento del engaño y sus posibles represalias, ya no estaba en el país. Cuando Iván Palacios y Eric Rodríguez fueron acibillados en San Pablo, la mayoría de sus compañeros, casi todos menores de edad, habían cruzado la frontera, exportando su paranoia hacia Argentina.

## Un colegio

La placa de metal color blanco que se encontró en el lugar donde murió Iván Palacios homenajeaba su escolaridad. “Recuerdo LA-78 1988”, decía el grabado. Al día siguiente de la balacera, en el Liceo A 78, su directora María Loyola reunió a los profesores del establecimiento. El actual director, Pedro Montesinos Concha, cree recordar que, en esa reunión, Loyola atribuyó la caída de los ex alumnos Iván Palacios y Eric Rodríguez a sus propias acciones provocadoras. La asamblea duró poco y varios profesores respondieron ácidamente las palabras de la directora, una declarada partidaria del régimen militar. En la sala no sabían que el caso tenía más vinculación que la condición de ex alumnos del A-78 de los dos jóvenes. En realidad, siete miembros de la Resistencia formada y alimentada por Miguel provenían de ese liceo, ubicado a cuatro cuadras de San Pablo y Radal. Por orden de aparición, adhirieron a esa militancia Manuel, Pedro, Gerardo, Eric, David, Pamela e Iván. En pocas semanas, el A-78 contribuyó con una célula completa a Miguel.

Manuel, el chico, poblador de la población Che Guevara, cuyo nombre oficial es Santa Anita, fue el primer invitado. Manuel era rojinegro, pero se desencantó con el llamado del MIR Político a votar por el No, meses antes del plebiscito que terminó con los años de Augusto Pinochet, el 5 de octubre de 1988. Provenía del lumpen marginal, según propia definición, pero prefirió la vocación colectiva de la política. Participó en el centro de alumnos del A-78 y en el movimiento estudiantil secundario de fines de la década, cortando calles, construyendo organizaciones, parando el sector. Adhería al MIR, la acción directa y desconfiaba del método electoral. Integrante del Movimiento por la Vida Rodrigo Rojas, creado en la frontera de Quinta Normal y Pudahuel en homenaje al joven fotógrafo quemado vivo en julio de 1986, Manuel convivía con otras militancias. Pocos días después del llamado del MIR a votar por el NO, sus compañeros comunistas le recordaron con sorna, diario en mano, la orden partidaria del camino electoral. Su desilusión tuvo respuesta al día siguiente. Marcela Ortiz, cuya condición de esposa de un dirigente mirista encarcelado era por sí sola una confiable carta de presentación, lo esperó hasta el final de la reunión en el Rodrigo Rojas y le habló de un comandante del MIR que buscaba jóvenes para crear una milicia armada. No lo dudó un segundo. Manuel tuvo ese martes -porque la infiltración comenzó un martes, asegura- su primera cita con la guerrilla. A ella decidió ir acompañado de Pedro, un joven tan moreno como él, pero más preparado políticamente, su mentor en el MIR. Manuel y Pedro se reunieron a solas, en una iglesia, con un comandante que ocultaba su rostro tras una capucha y que les propuso trabajar juntos.

Pedro se comenzó a llamar así cuando conoció a Miguel y entró a la Resistencia. En el MIR Político de la comuna de Pudahuel, al que siguió ligado, siguió llamándose Carlos. Ambos nombres tributaban a la misma persona, Miguel Enríquez, el mítico secretario general del

MIR, muerto en combate el 5 de octubre de 1974. Enríquez usó ambos nombres, Pedro y Carlos, como chapas políticas, dice Pedro, que cuando entró a militar trabajaba en una empresa de aseo y fabricando espejos de automóviles. Encargado de la juventud del MIR en la zona, Pedro recaló en 1987 en el A-78, donde cursó el cuarto medio tras repetir ese mismo nivel en el liceo Alberto Hurtado, también en Quinta Normal.

En el A-78, Pedro se topó con Manuel y Gerardo, compañero de curso que se convirtió en su amigo, pero de quien se distanció, sin volver a hablarse más, en otro oscuro coletazo de la infiltración. Los tres, sumados a otros estudiantes, emprendieron la misión de democratizar el centro de alumnos y reemplazar a las organizaciones dictatoriales implantadas en los establecimientos de educación secundaria. Ya tenían algo de experiencia conspirativa y no era nuevo lo que escucharon de Miguel. La verdad, era la dirección a la que querían dirigirse.

Gerardo pidió insistentemente entrar al grupo. A diferencia de sus amigos, Gerardo no simpatizaba con el MIR, sino que con la Juventud Socialista. Igual que Eric Rodríguez Hinojosa. Los dos querían endurecer su militancia, agregarle metal y fuego y aspiraban a integrarse al Destacamento 5 de abril, la rama militar del PS de esos años. No resultó y Gerardo solicitó su incorporación al MIR de Miguel. Manuel y Pedro aceptaron, a regañadientes, y lo sumaron al grupo. Tiempo después el invitado fue Eric, otro decepcionado de la decisión del PS de llamar a marcar por el NO el 5 de octubre. Eric era uno de los mayores, tenía 19 años al ingresar al grupo y 20 cuando murió. Vivía a metros de la Plaza Simón Bolívar. Se rebautizó políticamente como Chelo, nombre político que homenajeaba a otro compañero del barrio, muralista, que se había puesto ese seudónimo en el PS. Eric atrajo a su vez a David, quien militaba en una base de las Juventudes Comunistas y que, asqueado por los vaivenes del PC y desalentado por su llamado a participar en el circo electoral, aceptó de inmediato. Eric y David habían egresado el mismo año, 1986, del liceo A-78, pero se hicieron amigos afuera, en el barrio, donde los separaban un par de cuadras. En 1987 estudiaron juntos análisis de sistemas en el mismo instituto: el Itesa. David no era de Santiago, vino del sur con su familia a terminar la educación media y a sus compañeros les contagió una moda de esos tiempos que trajo como marca de fábrica: bailar la guaracha, un baile campesino de exagerados movimientos de brazos.

Del A-78 sólo faltaba una mujer, quien se bautizó con el nombre político de Pamela. La norma impuesta por Miguel dictaba que si la pareja sentimental de un militante sospechaba su militancia, debía forzarse su incorporación. Pamela era, y es todavía, pareja de Gerardo. Intuyó los pasos de su pololo, lo descubrió en un par de mentiras y a la semana ya formaba parte de la Resistencia.

Pamela era compañera de curso de Iván Palacios. Introvertido, callado, Iván se aproximó a la izquierda cauto, pero decidido. Su inicio en la R coincidió con su último año de enseñanza media. Un día, cuando aún no ingresaba, Iván contó a sus compañeros que la noche anterior una bomba explotó en una iglesia mormona cercana a su casa. Manuel rió y repitió el comentario frente a Iván y Pamela, con malicia, como confesando descuidada y orgullosamente la autoría del atentado. Pamela le recriminó en privado su imprudencia.

- No te preocupis –le retruco el Mauro-, si el Iván está con una patita adentro.

## **El MIR en tres partes**

Encapuchado, en su primera reunión Miguel preguntó a Manuel y Pedro si tenían experiencia militar, si habían usado algún tipo de armamento y si estaban dispuestos a recibir instrucción. A los 10 minutos, en la misma iglesia donde se juntaron varias veces en las semanas siguientes, la Italia, en Pudahuel, Miguel se sacó la capucha y su discurso tomó velocidad: su crítica a la renovación mirista se vuelve inmisericorde y habla sin pausa de los sectores claudicantes, el objetivo a evitar y hasta combatir. Es la medianía de 1988. Dos años antes, el MIR se partió en dos. Y para esa fecha, ya se había subdividido en tres. Miguel se presentó a sí mismo como comandante de una de las facciones más duras, la que dirigía Hernán Aguiló, líder hasta el primer quiebre de la Comisión Militar del MIR. Aguiló ocupaba como nombre político Francisco, pero todos lo conocían como el Nancho. Su MIR era el MIR Militar.

Las diferencias en el MIR eran serias. La división de fines de 1986 y comienzos de 1987 incluyó amenazas, disputas por armamento, pero sobre todo desconcierto y desorientación. El cisma se acreditó en la cúpula y muchos militantes de base se enteraron de la ruptura cuando ésta ya se había oficializado y había que elegir pertenencia. La opción de muchos no siguió a su posición política, sino a la estructura donde militaban. Ex miristas dicen que la división fue obra de la dirección y que después la militancia rasa y llana fue escogiendo bando.

El primer y más rotundo quiebre lo simbolizaban Andrés Pascal Allende, el secretario general del MIR que reemplazó en el mando a Miguel Enríquez, en 1974, y Nelson Gutiérrez, integrante del Comité Central. Ambos habían participado en cargos de dirección del MIR desde sus inicios y en los 80 lideraron dos grupos que fueron separando posiciones, primero en forma difusa, de modo definitivo más tarde.

Las diferencias, sembradas a inicios de la década, tras sucesivos y sonoros fracasos militares y políticos, se dibujaron en un pleno del Comité Central de junio de 1985 y se terminaron de escribir en otro pleno, un año más tarde, en la primera mitad de 1986, en Buenos Aires.

El MIR había nacido dos décadas antes bajo el influjo de la Revolución Cubana y el marxismo-leninismo. Nucleó a una izquierda revolucionaria desencantada con los partidos tradicionales y su camino electoral y dotó de mística, reflexión y acción a una juventud que utilizó el ascenso de las luchas populares para insertar su propia vía, radical, política y militar, al ruedo de las fuerzas chilenas en tensión. Sus consensos iniciales se quebraron con la derrota, aún más prolongada, durante la década de la división.

A mediados de los 80, el bando de Nelson Gutiérrez defendía, a riesgo de simplificar, la lucha social amplia, las alianzas con otros partidos de izquierda y con sectores de la burguesía y la reconstrucción partidaria sobre la base de la reconstrucción del movimiento

popular. Su sector fue conocido como la minoría, dado su menor peso relativo en el Comité Central y pese a su dominio en el Secretariado Ejecutivo Nacional (SEN), que dirigía el Partido en el país.

Dos entrevistas evidenciaron esa asimetría. Tres miembros del SEN, Arturo, Maximiliano y Antonio, hablaron con la revista Cauce en junio de 1986, propusieron concertar las estrategias opositoras que privilegiaban, a su turno, ruptura y negociación con la dictadura, y acentuaron el carácter secundario, no principal, de la lucha armada. En agosto de ese mismo año, en una operación de prensa digitada por el periodista José Carrasco, miembro del comité central del MIR, asesinado un mes después, Andrés Pascal Allende y Hernán Aguiló repusieron en la revista Apsi el carácter político-militar de la organización y el protagonismo popular en la lucha armada. Eran matices que escondían discrepancias en el fondo. El intercambio de opiniones por la prensa escrita precedió a un nuevo plenario en septiembre: el comité central eligió un nuevo secretariado del que se excluyó el sector de Gutiérrez y la división se consumó. En marzo de 1987, El Rebelde, órgano oficial del MIR, que se mantuvo al alero de la dupla Pascal-Aguiló, informaba que un grupo de militantes encabezado por Nelson Gutiérrez y Pablo Buenaventura, chapa del dirigente Patricio Rivas, se habían apartado de la organización por desacuerdos con su línea estratégico-táctica.

A la hora del quiebre, los disidentes se denominaron MIR-Revolución, pero sus críticos adulteraron el nombre por Renovación. También conocido como MIR Político, la facción terminó acogiendo el apelativo y se quedó con el grueso de las estructuras partidarias: el Codepu, la Unión Nacional de Estudiantes Democráticos (Uned), el trabajo sindical, las direcciones de la zona sur y norte de Santiago, la cúpula de la Juventud Rebelde Miguel Enríquez (JRME) y buena parte de los dirigentes públicos, entre quienes sobresalían Jécar Neghme, Gastón Muñoz y Roberto Moreno.

En el MIR Histórico de Andrés Pascal Allende se mantuvieron militantes de la Coordinadora de Agrupaciones Poblacionales (Coapo) y las estratégicas estructuras internas. El MIR Político motejó a sus rivales como militaristas y los acusó de forzar la división para evitar la pérdida de sus posiciones en el IV Congreso, el que finalmente se realizó tras sucesivas dilaciones, y por separado, en 1988.

Antes de ello, el MIR Histórico se había vuelto a quebrar. Aguiló y la Comisión Militar dejaron el partido y en marzo de 1988, en su órgano propagandístico de reemplazo, El Combatiente, insistían en el derrocamiento de la dictadura a partir de la lucha armada, la que definían como “el eje y motor de todas las formas de lucha que se desarrollan en el proceso revolucionario”. Su propio Congreso de julio de ese año llamaba a crear un nuevo instrumento partidario para llevar adelante la tarea central de “hacer política con las armas”. Ya eran tres los MIR -dos años después, historiadores anónimos contabilizaban ocho orgánicas miristas distintas- y en ese electoral año de 1988 las cosas no eran fáciles para los outsider del juego político.

El Miguel que apareció por Pudahuel y Quinta Normal encarnaba con hechos las posiciones del Nancho, pero su discurso mostró grietas. Rehuía la discusión política y repetía irreflexivamente las diatribas contra los sectores que acusaba de claudicantes, replicando las mismas palabras de la crítica contra la renovación del MIR. Y cometió varios errores:

aunque adscribía en el papel al MIR Militar, en alguna ocasión dijo responder a Andrés Pascal Allende. Cuando comenzó a dirigir el grupo, repartió escritos políticos que a sus nóveles subordinados pidió leer. Casi ninguno lo hizo. Sí los revisó Pedro, quien ya los había leído. Los textos no concordaban con las tesis políticas del comandante: en realidad eran documentos que el MIR Político había distribuido entre su militancia al menos un año antes.

## “Nos pasamos de la raya”

Pedro todavía escucha la música que escuchaba en esos años. Concede horas de conversación y el derecho de preguntar sin censuras, pero él elige la banda sonora. Mientras cuenta su historia, lo acompañan Los Olimareños, Daniel Viglietti, Amparo Ochoa y Alfredo Zitarroza. Pedro habla rápido, pero con sentido, argumentando, justificando, no sólo disparando recelos o resentimientos. Sebastián asiente y complementa a ratos. Pero es Pedro quien lleva la conversación. Y acentúa, contextualiza, se gasta y se desgasta explicando que lo de ellos no fue solo una colección de desafortunados desaciertos, de guerrilleros aficionados, de pendejadas de infantes. También hubo corazón, dice. Y otras cosas.

**El MIR:** “Hay un Congreso paralelo, donde no se ponen de acuerdo ni el Andrés (Pascal Allende) ni el Nelson Gutiérrez, y Hernán (Aguiló) queda fuera: pónganse de acuerdo y me llaman, una huevá así, esa era la postura de Aguiló al final. Eso es lo que se sabe. No es que el Nancho salió con una postura. Se abstrae de la situación y dice, ya compadre, cuando ustedes se pongan de acuerdo, conversamos. Yo he estado con gente que ha conversado con Hernán y lo que he concluido ha sido eso. El supuestamente había quedado como la tercera parte, que decía este huevón, Miguel, que era como la tercera división. El MIR Gutiérrez dice que la posición del Partido, que era la de ellos, era la opción de masificar. Por otro lado, estaba la posición de Andrés, que no era tan diferente, sino que era la opinión más de cómo nació el Partido. Tampoco era una visión tan radical, no se puede decir que era lo opuesto a lo otro. Si era una huevá ridícula...”

**La generación:** “Nosotros veníamos realizando organizaciones en términos estudiantiles. Esa era la pega nuestra, que hoy día, conversando con mi hija, que está en la universidad, tiene básicamente las mismas disyuntivas que teníamos los jóvenes que estábamos saliendo de cuarto medio: qué hacíamos después. Muchos nunca pensamos en estudiar una profesión para lucrar, estábamos pensando qué vamos a hacer en el mundo popular. Esa era nuestra gran interrogante. No te digo la gran mayoría, pero en ese tiempo había un gran sector de jóvenes que decía: qué hacemos después de lo estudiantil, se nos va a acabar la organización estudiantil...”

**La herencia:** “Mi mamá siempre fue socialista, yo me acuerdo que de chico ella participaba en el tiempo de la Unidad Popular. Era de sensibilidad socialista, nosotros nunca fuimos partidarios. Es esa esencia de quienes siempre vivimos dentro de sectores populares, marginales, que es mucha gente que, aunque no lo declaren abiertamente a lo mejor, o no tienen idea de que la tienen, siempre es más bien de izquierda, gente que es

solidaria a concho, gente que ni siquiera sabe por qué lo hace, pero lo hace, le nace, y eso no tiene que ver con una formación ideológica, tiene que ver con una formación cultural, tiene que ver con la sobrevivencia del mundo popular. Mi experiencia personal con el tema tiene que ver con que llego a un mundo totalmente radical. Yo ya estaba en la Feses, la Federación de Estudiantes Secundarios. Y dentro de la Feses había sub grupos, que era por ejemplo en las marchas los que éramos encargados de seguridad, entre comillas. Encargados de cuantos andábamos, de cómo andábamos, de donde venía repre, como salir, como cortar el tránsito... Ya tenía militancia en la Juventud Rebelde Miguel Enríquez”.

**El A-78:** “Al A 78 llegué en el 87. Repetí y terminé el cuarto medio en el A 78. ¿Dónde está el centro de alumnos?, preguntaba. No hay. O sea, hay, pero no es democrático. ¿Pero cómo es esa huevía?, yo no tenía idea (...) Lo que más me llamó la atención cuando llegué a ese colegio es que todas las minas sacaban sus huevas con espejo y pintándose. Eso es lo que primero que me llamó la atención. Para mis compañeras de la Alberto Hurtado, de donde venía, nunca lo fundamental era pintarse. Me dije: esta hueva está medio trastocada, los valores están medio equivocados y ahí me empecé a meter de a poco en el mundo de cómo se estaba organizando el colegio, me empecé a preocupar de los cabros, mucha marihuana, mucha droga. Nosotros fumábamos marihuana, no te voy a decir que no, pero no traficábamos”.

**Vindicación:** “Perteneíamos a una generación de jóvenes que querían a lo mejor R, MIR, L, D, qué se yo, pero eran parte de un grupo que quería darle otra forma a la sociedad (...) A mí me interesa de este proceso que se respete la realidad y que perteneíamos a un proyecto. Yo digo claramente: la imagen de Iván y Eric representan a un sector de jóvenes de ese proceso, de mediados de los 80, que estaban interesados en un cambio que no era ni el que la sociedad estaba dando, ni los partidos, ni la izquierda, ni la gente de la ultraizquierda lo estaba dando. Ese es el punto que quiero resaltar. No quiero tampoco dejar a los tipos como que son los grandes héroes, pero tampoco quiero que los enloden... Sí nos pasamos de la raya en algunas cosas, pero sí nos pasamos de la raya también en términos de solidaridad, de ser compañeros, en términos que vivimos y pensamos que estábamos haciendo algo por el país, y yo creo que no lo dudaron ni un segundo. Iván yo creo que no lo dudo ni un segundo”.

**Quiénes:** “Nosotros ya habíamos formado un centro cultural, varios jóvenes, en una capilla, formamos el Ven y Seremos. Todavía estábamos estudiando. En el mismo año formamos el centro de alumnos y también el grupo juvenil, teníamos contacto con gente de los socialistas, la gente de la Jota, ellos son parte de la historia nuestra, de ese grupo de jóvenes que queríamos otra forma de participar y que estábamos dispuestos a inmolarlos y todo el show. El Partido no nos estaba cubriendo las necesidades que teníamos, no era un alegato, pero sí nuestra inquietud el tener otro tipo de organización, de actividad, que se te formara no solo en términos políticos, sino también militares. Cuento corto, cuando nosotros empezamos a hacer todo este tipo de exigencias, aparece este bandido (...) Este huevón maneja muy bien los conceptos, no la historia general, pero sí la historia interna, grupos, MIR Pascal, conceptos, y empieza a tratar de unir (...) La mayoría de los jóvenes venía con una estructura u orientación medio jerárquica, donde nadie hacía nada si nadie les decía algo. No eran formaciones libertarias, donde los jóvenes tengan la opción de decir qué quieren hacer o no. En ese tiempo no, tú estabas confiando en que alguien dijera algo, y

cae mi compadre del cielo, dando soluciones, se encuentra con hijos de presos políticos, sobrinos de presos políticos, familiares directos, muy radicalizados, y jóvenes, por otro lado, buscando alternativas”.

## Otro colegio

El primer reclutamiento de Miguel no ocurrió en el A-78, sino en otro liceo: Nuestra Señora del Andacollo, un colegio ubicado en calle Mapocho, en la comuna de Santiago. Su objetivo, sin embargo, no era el colegio, sino un grupo particular de jóvenes radicalizados, hijos y parientes de prisioneros políticos de la dictadura, militantes revolucionarios que, en su mayoría, escogieron el camino de las armas para combatir a Pinochet. Al igual que el A-78, el Andacollo proporcionó varios militantes. Siete, en este caso. Por aproximación, uno llevó al otro. Y casi todos eran parientes, hijos, primos, hijastros de militantes del MIR presos.

El caldo de cultivo era vasto y fecundo. Un abogado de derechos humanos recuerda que en aquella época la causa de los prisioneros políticos era popular y atrayente en la izquierda, sobre todo en una juventud que buscaba héroes. Un informe de la Fundación de Ayuda Social de Iglesias Cristianas (Fasic) contó a 433 prisioneros políticos en Chile a fines de agosto de 1988. El 89% eran hombres, sólo 16% había sido condenado, el 80% era juzgado por la Justicia Militar, 194 eran solteros y más de la mitad tenía entre 24 y 39 años. El 19% eran obreros especializados y el 14%, estudiantes. Entre los apresados había médicos, cerrajeros, sastres, peluqueras, decoradores de interiores, zapateros, buzos mariscadores, publicistas, jardineros, fotógrafos, modistas, químicos farmacéuticos. Del total, el 41% tenía hijos de entre 6 y 12 años y el 24% tenía entre 2 y 5 años. Los otros eran un poco mayores. Ahí apuntó la mira Miguel.

Marcelo, el guatón, era hijo de uno de esos presos, militante del MIR detenido en la Cárcel Pública. Marcelo fue uno de los que más conoció a Miguel, por la cercanía que construyó con su familia. Por lo mismo, tuvo prerrogativas especiales. Entre ellas, instrucciones personalizadas. El comandante y Felipe, un tipo moreno, más alto que Miguel, parecido a Palmatoria, dice Marcelo, pero sin los labios gruesos del afroamericano que era figura en el comic de Barrabases, lo instruían en armamento y le ofrecían premios en dinero para que armara o desarmara en menos de un minuto un fusil. Fue uno de los pocos que disparó de todo el grupo, pero lo hizo a la nada, en un sitio eriazado de Pudahuel donde Miguel lo llevó a calibrar su pulso.

Miguel le pidió a Marcelo, quien tenía alguna experiencia con la Juventud Rebelde Miguel Enríquez, el brazo adolescente del MIR, contactar a otros compañeros para formar un grupo armado para resistir a la dictadura y devolver los golpes que recibía el movimiento popular. Marcelo contactó a varios de los amigos de su edad que se hizo en sus asiduas visitas a la prisión. “En ese entonces, tenía como 15, 14 años. Yo teniendo un papá preso, el nivel de conciencia mío era superior al de los jóvenes de mi edad y me gustaba la huevía; yo lamentablemente fui siempre como más ultra, siempre me fui por el lado armado. Nunca me ha gustado la política”, relata ahora. “Yo los contacté por la cárcel, yo era amigo de los



locos y como eran de la misma línea mía, vamos”. Los del Andacollo eran también en su mayoría de Pudahuel. Así, la formación de dos grupos resultó natural, divisoria. Más tarde, ambos grupos, el A-78 y el Andacollo, la Quinta Normal y Pudahuel, se mimetizaron, se mezclaron, convivieron, militaron y operaron juntos.

Una tarde de mediados de 1988, Marcelo se encontró en las calles de Pudahuel a Sebastián, primo de un preso político. Y lo invitó a militar. Sebastián se vanagloria de su precoz militancia en el MIR, desde los 14 años. En ese rato tenía 17. Radical e hiperkinético, a Sebastián le interesó de inmediato el nuevo grupo y se inscribió como uno de los más decididos. Luego allegó a su primo, el Tribilín, y en el grupo se encontró luego con el Vampiro, otro estudiante del Andacollo, bien contactado, con nexos más allá de la comuna. Nadie recuerda muy bien cómo ni por qué, pero al parecer por intermedio del Vampiro se arrimaron al grupo otros dos militantes, también del mismo liceo: Gustavo, quien estuvo un tiempo breve y dejó la R de mala manera, y su pareja, Pamela, de nombre político Camila, la que también tuvo una corta militancia y meses después le cupo un involuntario papel en el frustrado ajusticiamiento de su pretendiente. Gustavo y Pamela eran un mal chiste cuando caminaban juntos: ella era bastantes, demasiados, centímetros más alta que él.

Los más precoces del grupo eran Marcelo, Claudio y Javier. Los tres cursaban en 1988 el primero medio en el Andacollo, pero en salas distintas.

Claudio, quien llegó invitado por el vampiro y por Marcelo, estudiante de tercero medio, simpatizaba y participaba en su escuela con gente de las milicias rodriguistas, un apéndice del Partido Comunista o del FPMR Autónomo, según el lado en que se hubiesen quedado tras la división del brazo armado del PC, en 1988. Era hijo de un militante del MIR que muerto en 1981 y cuyo rol en el Partido era logístico: en su condición de tornero, fabricaba silenciadores, probaba armas de fuego, cronometraba mechas para explosivos, todo con su hijo, de entonces ocho años, con quien vivía, a su lado, como testigo y aprendiz. Una imprudencia sin límites que se explica por esa visión medio romántica que contagió a los luchadores de esos años: tus hijos serán los herederos de tu lucha.

Javier, en cambio, también reclutado por Marcelo a sus 15 años, tenía a padre y madre, ambos dirigentes del MIR, encerrados en la Cárcel Pública. Una década después, y en otro país, Javier repetiría la desgracia familiar y agregaría largos años de encierro a su accidentada biografía.

## **Los hijos de Jomeini**

La casa de Sebastián en Pudahuel estaba sembrada de explosivos. La obligación de todo revolucionario era, además de ejecutar la revolución, preservar el éxito del proceso, la organización, sus cuadros. Y para ello, menester era no caer en manos del enemigo. Por ello, si la policía daba con su vivienda, Sebastián estaba preparado para hacerla volar. Con él y con su padre adentro si fuese necesario. Eso comentaba en la zona la gente del FPMR y del MIR Político. Pero no era verdad: Sebastián no tenía su casa tapizada de bombas ni pretendía hacerlo. Su fama y la de sus compañeros traspasó las fronteras que separaban las

verdaderas cosas que estaban dispuestos a realizar y que sí habían hecho de las que otros les atribuían con exceso. Les decían los ayatolas, en alusión a las autoridades religiosas de los chiitas islámicos, símbolos en occidente de ortodoxia y radicalidad. Era como pertenecer, ahora, a Al Qaeda, exagera Pedro ocho años después del ataque en Nueva York a las Torres Gemelas de 2001. “Los hijos de Jomeini”, agrega David, uno de los que, en aquellos años de fin de dictadura, se sentían orgullosos del apelativo. “No debe haber habido huevones más ultra que nosotros en esos tiempos. Si éramos tan ultrones, que trabajábamos para la CNI”, reflexiona otro día, a otra hora, Claudio, riendo del desvarío colectivo.

Sebastián asegura sin pruebas que el propio Hernán Aguiló hizo circular una carta poniendo al grupo como ejemplo y resaltando el arrojo de estos jóvenes que emprendían acciones con lo que tuviesen a mano, palos o cuchillos si fuese necesario.

Así se armaron en su primera gran acción conjunta, en la que estuvieron casi todos y fue planificada con tiempo, con chequeos previos, con planos en la pared, con distribución de roles. Fue la graduación. De noche, todos vestidos de negro, entraron por las rejas a la Quinta Normal, el parque de 40 hectáreas que da el nombre a la comuna. Pretendían asaltar la caseta donde se descansaban los guardias azules del complejo y arrebatárles su armamento. La operación de combate fue un éxito y un fracaso. Nadie los pilló y salieron indemnes. Aunque con las manos vacías.

Agazapados en la oscuridad, un grupo hizo contención entre los árboles, mientras otro ejecutó el asalto. Los más osados, entre ellos David, Pedro, Marcelo y Sebastián, entraron a la caseta de los guardias y encontraron adentro a dos funcionarios. Con tres armas de fuego, cuenta Gerardo con seguridad. David llevaba una colt que era difícil de preparar para el disparo, requería fuerza de brazos, corpulencia. Marcelo un 32 corto. Afuera quedó el resto del grupo: Gerardo y Manuel cuidaban los alrededores, con otros y armados con palos con clavos en las puntas. Miguel esperaba afuera del perímetro de la Quinta, en moto.

Los cuidadores pagados, uniformados, recibieron el estruendo de los asaltantes y uno gritó desesperado. Marcelo lo calló con un golpe de puño. Para sorpresa de todos, pedía indulgencia y reclamaba su condición de compañero. No mentía. Al revisar las gavetas de los escritorios encontraron una imagen de Salvador Allende. Estuvieron dos a tres minutos y no dieron con armamento. Uno de los que asistió al evento acusa que otro de los que entró al inmueble hizo algo que lo avergüenza: al no tener nada, nada que llevar, le robó un reloj a un guardia. Otros lo niegan. Fue de noche y el botín fueron solo un par de lumas. Chaplinesca, como muchas otras de sus disparatadas acciones, esta también tuvo lo suyo: Manuel, inquieto por la demora, golpeó la puerta y casi recibió un disparo de sus asustados compañeros. “¿Cabros, falta mucho?”, preguntó. En la retirada, tras escuchar el rogorio de los celadores y evitar el encuentro con otros cuidadores, de ronda en ese momento, los asaltantes saltaron las rejas, algunos tomaron micros, como si nada, por calle Santo Domingo hacia el poniente y otros caminaron una veintena de cuadras hasta la Plaza Simón Bolívar. Todo era a pie. Jamás robaron un automóvil para escapar en los asaltos, como era común en la izquierda armada.

Antes de la Quinta Normal, habían sido las bombas. Múltiples, fáciles de armar, fáciles de colocar. Esas, las primeras acciones de esta R, comenzaron, calcula un militante, en julio o agosto de 1988.

Los objetivos iniciales fueron dos. El primero eran centralitas telefónicas de la entonces estatal Compañía de Teléfonos de Chile (CTC), todas a ras de piso. La intención era replicar la suspensión premeditada de la luz artificial, común en el accionar subversivo, en las comunicaciones telefónicas. Y dañar al Estado con gastos fuertes, desestabilizadores. Cada central, recuerdan, costaba más de un millón de pesos en ser reparada. Un dineral en la época. Pusieron tantas, todas antes del plebiscito, que, supone Manuel, CTC recolocó todas esas centrales después de esa ofensiva y prefirió la altura al suelo.

El segundo objetivo, frecuente en esos años para la ultraizquierda, fueron las iglesias mormonas, nacidas en Estados Unidos, popularizadas en el país con la figura de extranjeros mensajeros rubios, de pelo cortísimo, uniformados siempre con pantalones negros, camisas blancas, corbatas y bicicletas. La imaginería popular izquierdista identificó a esos siempre jóvenes de sonrisa fácil como agentes de la estratégica Agencia Central de Inteligencia (CIA). Y los transformó así en enemigos.

Una de esas explosiones fue intentada por Eric Rodríguez, quien probó in situ la efectividad de los militares consejos de Miguel.

-Sujeta la pistola en el ojetillo del pantalón- le dijo. Si uno anda en una acción y corre, el arma se cae, se pierde.

Tras poner la bomba, Eric, que andaba con Pamela, corrió, saltó un muro de media altura y se vino al suelo. La pistola, proporcionada por Miguel, se mantuvo en su lugar.

Marcelo recuerda que la R operaba todas las semanas, ya fuera con rayados, instrucciones o atentados. Apenas inaugurada una iglesia mormona en la intersección de las calles Lo Prado y San Francisco, al fin de semana siguiente, “le metimos una bomba y la hicimos cagar”, relata telegráficamente. Esas acciones fueron las primeras y las realizaban de noche, para que la oscuridad ayudara al anonimato, pero nunca en madrugadas deshabitadas, sino que entre nueve y diez, a una hora en que no llamase la atención una caminata nocturna y la huída fuese tranquila. “No podía ser ni muy transitado, pero tampoco que quedaras aislado, solo en la calle”, explica David.

Varias iglesias norteamericanas fueron destruidas en paralelo, la misma noche, a la misma hora. Miguel los dividía en grupo y los asignaba a dedo: tú, tú y tú, allá, tú, tú y tú, acá, ordenaba. Casi siempre en grupúsculos de tres integrantes. El mismo número de integrantes en que se distribuían los equipos de la CNI.

Las canchas de fútbol tenían virtudes que los de la Resistencia supieron aprovechar: eran locaciones sencillas, despoblados, con cero posibilidad de daños colaterales. En el aniversario de la población Santa Anita saludaron el día con bombazos. Manuel aún recuerda que Miguel les consiguió cinco cápsulas de TNT, estopín, cordón detonante, armamentos y hasta una bandera del MIR que dejaron como una manera de adjudicarse la

acción. Eso los comprometió más con el comandante. También pusieron, ahí mismo, para el aniversario del MIR, el 24 de agosto de 1988, tres bombas de ruido.

Los ayatolas construyeron así su pequeña mitología, basada en acciones y en imágenes. Un retrato de esas noches los ilustra: unos pintaban un mural, largo, detallado, bien diseñado, otros protegían a los dos extremos a sus compañeros. Armados con palos y cuchillos, la escena atemorizaría a cualquier caminante circunstancial. Estaban todos encapuchados.

## **Un voto para Pinochet**

El 5 de octubre de 1988, Eric Rodríguez fue uno de los tres millones de chilenos que marcó la opción SI en la papeleta. Chile cumplía ese año 15 años de dictadura y Eric se había manifestado a favor de sumarle otros ocho años. Su voto tenía otras razones: Miguel había instigado a sus muchachos a inscribirse y votar por el SI; decía que el plebiscito sería la consumación del fraude fraguado por los militares, el que había que consolidar con más votos para Pinochet. Ello contribuiría además al viejo anhelo de los revolucionarios pro revolución verdadera: agudizar al máximo las contradicciones de la sociedad, inducir el quiebre social, hacer estallar el enfrentamiento de clases. La izquierda más radical no tenía dudas, Pinochet no sería capaz de admitir el triunfo del NO, defraudaría el resultado y generaría sin quererlo un escenario favorable para la oposición armada, legitimada ahora ante la gran masa y triunfante en su desconfianza irreductible a la dictadura.

Por todo eso, Eric volvió ese día con el dedo entintado, declarando con algo de vergüenza su pequeña acción revolucionaria. Ex compañeros escucharon que David, amigo cercano de Eric, también votó por el SI. David lo niega tajantemente 20 años después y asegura que, ante la papeleta, no pudo sino marcar el NO a Pinochet. Eric y David eran de los pocos del grupo inscritos en los registros electorales. Pero casi todos estuvieron disponibles esa noche. Para lo que fuera. Miguel les pidió dormir vestidos, preparados para cualquier eventualidad, dispuestos a salir a combatir el fraude. Unos durmieron en estado de alerta en sus domicilios, otros se acuartelaron en una casa en Peñaflor.

Con los años, sus subalternos presumen que Miguel pretendía usarlos como provocación armada ante el triunfo del Sí. Una renacida izquierda radicalizada, militar, justificaba respuestas igual de radicales, también militares. Su acción quizás podría servir para otros fines. El propio candidato comentó ese día a la prensa, a las ocho y media de la tarde, que le acababan de informar que estaba ganando el Si, pero que también recibió otras noticias no tan buenas.

-Me han llegado algunas informaciones inquietantes. Hay algunas personas que han visto a gente con pasamontañas y con armas, dijo Augusto Pinochet.

Paradojas de la política, no sólo Eric se desanimó con la ventaja del NO, que esa noche sumó 3.967.579 adhesiones, un 54,71% de los votos totales emitidos. “Ese día estuve en mi casa y debo haber sido el único huevón que lloré. No sé por qué, pero no de felicidad. Yo sentía que dentro del proceso, dentro del movimiento popular, no por los análisis de este

huevo, sino por los análisis que hacía yo, venía un proceso de desgaste e iba a ser muy difícil remontar lo que venía a futuro, que de hecho pasó”, recuerda Pedro. Su sentimiento no era único. La izquierda más radical sintió esa noche que el cambio que venía ya tenía conducción, que la socialdemocracia y la naciente Concertación de Partidos por la Democracia liderarían la transición y que la vía revolucionaria perdía fuerza.

Un mes antes del plebiscito, la R había sido más coherente y había demostrado su rechazo a la dictadura de otra manera. El 30 de agosto, el mismo día y a la misma hora en que la Junta Militar de Gobierno nombró a Pinochet como candidato para gobernar Chile por los siguientes ocho años, los enviados de Miguel quemaron dos microbuses en pleno centro de Santiago. Era una acción arriesgada, acordonado todo el perímetro que rodeaba La Moneda, los palacios de Tribunales, el Ministerio de Defensa, los bancos, el poder político, económico y judicial del país, una manifestación violenta ahí era una trampa sin salida. Las protestas de ese día y esa noche dejaron en todo el país más de 800 detenidos, 121 heridos y tres muertos.

Divididos en dos grupos, los ayatolas llegaron al centro de Santiago y escogieron cada cual su objetivo. En plena Plaza de Armas, actuaron Pedro, Gerardo, Eric y Manuel. Pedro recuerda que la acción fue decidida, planificada y coordinada por ellos y que Miguel no creyó que fuesen capaces de ejecutarla. Su micro se quemó pasada la Plaza de Armas, casi al llegar a San Antonio, en el corazón del país. El método era simple, pero riesgoso: llenaban bolsas plásticas con bencina, como globos de cumpleaños, las sellaban herméticamente, anudadas, y les agregaban mecha. Ya ubicados en la última corrida de asientos, las rompían, derramaban el líquido y prendían fuego. Tras una señal de Pedro, Eric y Gerardo se pusieron pañoletas en la cara e intentaron romper las bolsas. Manuel tocó el timbre y se instaló en la puerta entreabierta para impedir al chofer que la cerrara. Pedro seguía sentado, con la bolsa y la mecha. La prendió, la tiró y todo ardió. Uno recuerda que una señora y el bebé que sostenía en sus brazos sufrieron quemaduras leves. Grave error, no hicieron bajar a la gente y esperaron que todos arrancaran por propia iniciativa al ver el fuego. Cuando bajaron, estaban todos empapados, con olor a bencina, exponiendo el delito. Arrancaron a toda velocidad y Manuel cayó al suelo. Gerardo corría adelante y cuando se dio vuelta, vio retroceder a Eric Rodríguez, ayudar a levantarse al chico y animarlo a seguir. “Tenía un corazón grande. Yo, con él, a ciegas”, dice Gerardo sobre su amigo muerto. Corrieron primero, caminaron después, en dirección a Mapocho, al Metro Cal y Canto, donde Pedro se hundió en la red subterránea. Los otros tres se subieron a otro microbús. Esta vez era para huir.

El otro grupo eligió mal: su objetivo tenía asientos de plástico duro, difíciles de inflamar. David, Sebastián y Marcelo subieron al vehículo, que viajaba en dirección oriente-poniente; tras cruzar el centro de Santiago, hicieron bajar a los pasajeros e intentaron quemar el bus cerca de Catedral con Manuel Rodríguez. Encendieron la bencina, pero el objetivo no prendió del todo y la acción se frustró. Sebastián corrió atropelladamente y se encontró de frente con un carabinero que corrió en la misma dirección, arrancando. David y Marcelo escaparon juntos. Marcelo llevaba un bolso con olor a bencina y panfletos que debía botar en el lugar indicado y no donde lo hizo, en una acera interrumpida por trabajos viales. A Marcelo lo divisó y reconoció un gendarme desde una torre de vigilancia. Se habían detenido sin percatarse, alterados por la adrenalina, frente a la Cárcel Pública, la misma a la

que Marcelo iba cada semana a ver a su padre. A la siguiente visita, sin saber que lo habían identificado, fue retenido al entrar, lo llevaron a una sala y agentes de la CNI lo interrogaron y golpearon. Pasó el día en la sala de guardia, hasta que su madre, enterada de la detención, llegó con abogados al recinto, y su padre, también enterado de la detención, amenazó junto a sus compañeros con amotinar la cárcel. Marcelo, de 15 años, dejó de ir durante meses a la Cárcel Pública.

## **El comandante**

“Las explicaciones agravan la falta”, repetía Miguel a los militantes a su cargo. La frase reprochaba la tarea mal hecha o la acción inconclusa y se parecía más al lenguaje y la disciplina militar sin opción de disenso que a la convivencia de voluntarios a una misma causa. La adhesión a Miguel cada vez tuvo menos vías de salida. Sus frases hechas eran reiteradas, claras sobre la misión sin regreso encomendada: quien decidiera abandonar el grupo, decía, lo haría sólo en posición horizontal. Sin vida, para el que quiera leerlo en fácil.

La vida sentimental estaba limitada y restringida: “En la cama se cuenta todo”, decía Miguel. “Y si no, que lo diga el Gastón Muñoz”, agrega ahora Sebastián, aludiendo con malicia al alto dirigente del MIR que, en tiempos de clandestinaje, inició una relación con la periodista Pamela Jiles. El comandante prohibía los vínculos sentimentales entre militantes y lo justificaba ante eventuales momentos límites: si un compañero caía, su pareja podría tentarse de culpar a la organización de la baja y rebelarse en su contra. Prohibía esas relaciones, pero incumplía la norma: a Pamela, por ejemplo, se le insinuó más de una vez, pese a que era la pareja de otro compañero, Gerardo. A ella Iván le contó alguna vez que el comandante se había propasado con una militante de Villa Francia.

Miguel hablaba mal del MIR Político, de todos sus dirigentes, y hasta de los presos políticos, a quienes loaba por sus intenciones y criticaba por sus errores. “Por huevones están presos”, lanzaba. Y sirve más un tipo vivo que uno muerto, repetía antes de aconsejar evitar correr cuando estuviesen armados. Con un arma en el cuerpo hay que evidenciar serenidad y calma. Miguel ponía el ejemplo de dos combatientes de otro grupo que en moto derraparon y terminaron en el suelo. Al socorrerlos, carabineros encontraron una subametralladora.

Muchas de las instrucciones sonaban razonables para un grupo clandestino: por ejemplo, evitar la ropa artesanal, los morrales, la imagen típica del izquierdista típico. Por ello, muchos calzaban pantalones de vestir, no jeans. El rechazo al estereotipo incluía la prohibición de asistir a manifestaciones públicas que delataran simpatías y militancias. “Nunca anduve con el merchandising de la época”, relata Pedro.

También los forzó a todos a cortarse el pelo. Fue poco antes de la quema de los buses. Los amigos David y Eric tiraron a la suerte quien se cortaba primero sus largas cabelleras y fueron juntos a la peluquería. Antes de emprender acciones militares, los discípulos de Miguel se colocaban gorros para semejar, en sus cabellos recortados, la marca de quepis

militares. Muchas veces, testigos de asaltos u otras acciones testificaban luego que los autores eran militares, por sus cortes de cabello. “Fue un milico rubio”, dijo un manifestante a un diario una vez que explotaron varias bombas de ruido en una concentración, recuerda David. Era él.

Al inaugurar la militancia, Miguel pidió algo insólito, que nadie cuestionó: todos escribieron su nombre completo y lo depositaron en el maletín del jefe. Era, dijo, por seguridad, por si algo grave ocurría y se requería conocer sus identidades.

En un comienzo, los lugares de encuentro fueron iglesias. Usaron al menos dos en Pudahuel y Cerro Navia, las que conseguían por sus contactos con párrocos descontentos con el régimen. Marcela Ortiz, dirigente de la agrupación de familiares de presos políticos, era el nexo con una de ellas. La fachada era un preuniversitario poblacional en el que Miguel oficiaba de profesor. Cuando ya estaban dentro de las iglesias, reunidos para comenzar la instrucción, golpeaban la puerta, Miguel salía y regresaba con un gran bolso en sus manos que extraños, los supuestos encargados de la logística del MIR, le entregaban. Adentro venían fusiles M 16, UZI, Ingram M-10, pistolas CZ, TNT, mechas, detonadores. El material de estudio del preuniversitario era retirado una hora y media más tarde por los ayudantes invisibles. Miguel instruía sobre el uso, el arme y el desarme. Sebastián dice que tenía el récord: 12 segundos en separar todas las piezas de una CZ y volver a reunir las. Sergio, de la Villa Francia, dice que era el más rápido. David también se atribuye la supremacía. Miguel había caído en el lugar apropiado: todos sus reclutas renegaban de la elucubración prolongada y detallada de la discusión política y reclamaban sólo acción. Jóvenes sin experiencia sería en la política, la gran mayoría discutía nada y abría la boca sólo para proponer disparos e insultar a la izquierda amarilla, entreguista. La ausencia de debate era instigada por el propio comandante: era sólo un pajeo político, justificaba, propio de gente sin determinación.

Pedro era quien más le rebatía y por ello fue siendo relegado paulatina e imperceptiblemente por Miguel y sus disciplinados seguidores de acciones y encuentros. Su presencia fue apagándose y Miguel lo apartó encargándole tareas más abstractas y teóricas como formación, con una compañera que no recuerda bien cómo llegó y de dónde salió. Y aunque ahora todos reconocen que era el más sensato, el que ponía cordura en la discusión política, el mejor orador de todos, en ese tiempo sus aprensiones no eran populares. En una reunión, el vampiro lo cuestionó elípticamente por su escasa participación en ciertas acciones, por su amarillismo. Pedro se exaltó por el infantilismo de su compañero. “¿Quién piensa así aquí –reaccionó golpeando la mesa-, vos y cuantos más. Arreglamos la hueva altiro, porque si pensai así, te pesco y te saco la conchetumadre”, dijo Pedro frente a los otros. “Tranquilo, negro”, lo calmaba el resto, enfriando la situación. Todo ello lo miraba y lo estimulaba Miguel.

A Miguel nunca se le cuestionó en público. Salvo en una de las primeras reuniones en que un muchacho del que nadie recuerda el nombre disparó a boca de jarro a Miguel: ¿Y quién no me asegura que eres un agente de la CNI?. A la cara de sorpresa le siguió una reacción ágil: “Me gusta, dijo Miguel, la gente así, te pondré a cargo de los temas de seguridad”. Ese militante, quizás más agudo que el resto, no volvió más.

“Empezamos a operar tupido y parejo. Básicamente las reuniones eran para ver qué vamos a hacer, cuando, dónde, quiénes, ustedes hacen esto, ustedes esto otro, y después a analizar los resultados, cómo fue, cómo no fue, qué pasó, por qué no se hizo esto, por qué se hizo esta otra. Y así, básicamente fue operar regularmente”, cuenta David. Operaron y operaron y salvo una vez, nadie cayó detenido. Los ayatolas creen hoy que operaban al amparo de la CNI, pero se disculpan calculando que la protección era en realidad al 50%. En ese tiempo, recuerdan, Carabineros de Chile había cortado relaciones con la CNI porque muchos atropellos estatales sin identidad eran atribuidos a la policía uniformada, la que no gozaba de la libertad del aparato de seguridad que dependía directamente del gobierno que la creó. La única vez que uno de los ayatolas resultó detenido fue la policía uniformada la que actuó.

Miguel les exigía estar en condiciones físicas óptimas. La orden era correr, correr y correr. “La democracia nos hizo mal”, dice ahora Sebastián, mirando su abdomen. Manuel ha asegurado a sus amigos que en ese tiempo tenían la misma figura, sin imperfecciones, de los espartanos de la película Los 300. Exagera, dicen otros. Y por mucho. Manuel afirma que podían correr 30 ó 40 kilómetros al día. Afinando el cálculo, nunca fue tanto, pero de que corrían, corrían. “La idea era estar físicamente un siete”, dice David. “Eramos pura fibra”, vuelve a exagerar Manuel. Los entrenamientos fueron varios, en Quinta Normal, preferentemente y hasta en el Parque O’Higgins, en el caso del grupo de Villa Francia. Pedro se convirtió a veces en el entrenador oficial: sabía karate y había ganado campeonatos nacionales. Miguel, montado en una moto roja, los acompañó y dirigió en ocasiones. Una de ellas estuvo a punto de frustrarse: dos carabineros se acercaron al grupo y antes de hacer contacto, Miguel se acercó y les habló. Los uniformados se retiraron. Miguel relató luego que los engañó, que se presentó como un profesor de educación física haciendo clases a sus alumnos. Una de esas jornadas de ejercicio fue la primera actividad en el grupo de Iván Palacios Guarda.

Después de las iglesias, el lugar de contacto fue la casa de Marcela Ortiz, en Pudahuel. Los muchachos, y Miguel, la transformaron en su cuartel central. Llegaba día y noche. Los jóvenes lo esperaban en la estación de metro Neptuno, en calle San Pablo, para escoltarlo al lugar de reunión. Le gustaba movilizarse bajo tierra, era lo más seguro, decía. Otras veces llegaba en su charade, en furgón o en moto. En esa casa, Claudio conoció a Miguel, a quien le presentaron como un compañero respetadísimo, compañero de su padre muerto. También lo vieron ahí por primera vez los muchachos de la Villa Francia. La casa de Marcela Ortiz permanecía gran parte del tiempo con sus persianas cerradas.

“Yo lo veía como un compadre muy ultra, aunque es verdad que yo estaba con la ultra. Era un huevón inflexible, no le daba cabida a que el análisis podía estar errado. Era muy ansioso de hacer cosas, de que nosotros aprendiéramos”, relata Sergio, el primero de los jóvenes de la Villa Francia en sumarse a Miguel. Sergio se lo encontró una vez fuera del trabajo militante. Al cine Santa Lucía, el comandante fue a ver una película de guerra acompañado de una rubia. Al verlo, le hizo un guiño y se retiró nervioso.

“El huevón era milico. Con un trato súper duro, con poco cariño, utilizaba toda la semántica de que él era así porque tenía que endurecernos, hacernos poco menos que guerrilleros”, recuerda Claudio. Su trato psicológico era prolijo, cuidado, creen algunos ex subordinados



que aprueban su manejo grupal. Sutilmente, Miguel introducía cuñas en las relaciones internas, enemistaba a unos con otros, los hacía competir por el manejo de las operaciones. Abría conflictos ficticios enfrentando a ciertos compañeros por sus miedos a las armas o a los sabotajes callejeros con otros compañeros sin miedos a las armas o a los sabotajes callejeros. Extremó las cosas y los más extremos lideraban todo, mientras los más opinantes se fueron arrinconando en casi ningún espacio para el debate. Ponía a cargo a una operación a uno y luego a otro. Exaltaba a uno y luego a otro, contraponiéndolos con sus habilidades y experiencias. Algunos dicen que no fue premeditado, que a Miguel manejó todo así por casualidad y no por genialidad. No era brillante, sino más bien mediocre, coinciden dos o tres. Tampoco era carismático, pero sí tenía la personalidad que debía tener en esas circunstancias un agente infiltrado, sin timideces paralizantes.

Comenzó como broma, pero se transformó en una regla rígida: Miguel estimulaba la delación por la vía de los castigos. Si alguien incumplía sus órdenes, imponía la paga física, como los oficiales a los conscriptos. Si alguien iba sin permiso a una marcha o rompía su disciplina, Miguel lo forzaba a hacer 50, 100 o más flexiones, delante de todos. Los excesos comenzaron a ser varios.

El comandante vestía jeans y camisetas, casi nunca usaba poleras, aunque alguna vez alguien lo vio con alguna camiseta ancha que ocultaba el revólver al cinto. Andaba con una chauchera, de esas que utilizaban los choferes de micro para guardar documentos, billetes, monedas. Ahí ocultaba a veces su pistola de fabricación checoslovaca CZ, la misma que era también arma de servicio de los agentes de la CNI.

Los de la Villa lo vieron siempre como un jefe estricto, menos accesible y comprensivo que Felipe. Los de Pudahuel lo vieron más cercano, hasta cuidaron su sueño cuando dormía siesta y les encargaba su pistola. Nunca intimó con el grupo, no reveló detalles de su vida ni compartió en las actividades de esparcimiento de su grupo. Nunca, por ejemplo, fue a una peña folclórica, habituales en ese entonces para sus discípulos de Pudahuel y Quinta Normal, quienes también escuchaban a Silvio Rodríguez, Illapu, Inti Illimani y Mauricio Redolés, leían a Marta Harnecker, los uruguayos Eduardo Galeano y Mario Benedetti y el nicaragüense Omar Cabezas, sintonizaban radio Umbral, Cooperativa y hasta Radio Moscú por onda corta en las noches de preparación de panfletos. Miguel no compartió todo ello. Lo suyo eran las armas. Y la disciplina rígida, militar.

En dos ocasiones envió al grupo al cajón del Maipo a sobrevivir a la intemperie. El entrenamiento era autogestionado, autónomo. Miguel les pidió resistir un fin de semana completo, acampar en los alrededores del puente El Toyo, ir sólo con saco de dormir, un tarro de jurel y dos panes. Sebastián dice que Miguel le enseñó a hacer suero, con agua destilada, azúcar y sal, algo que después le sirvió en otros tiempos difíciles.

Según David, Miguel tenía ojos de sapo, redondos, saltones. Era gordo, colorado, pelo más bien liso, peinado hacia el lado, tenía una cicatriz y usaba barba de pocos días. Un metro setenta, calcula. Pluma y Pincel lo describía como un tipo de unos 37 años, contextura gruesa, un metro y setenta y cinco centímetros de altura, 75 a 80 kilos de peso, moreno, pelo liso, cara redonda con papada, nariz aguileña corta, ojos color café, frente amplia y una cicatriz que cruzaba su mejilla izquierda, desde la patilla hasta el borde del cuello.

Un tiempo usó bigotes y esa imagen sí que se grabó en la memoria de varios que dicen que su cara era idéntica, igual a la de Alvaro Corbalán, el sanguinario jefe de la división operativa más temible de la CNI. Si no fuera por lo descabellado de la idea de infiltrar un agente que en ese año era personaje público, un alto dirigente del extremo partido derechista Avanzada Nacional, sus ex pupilos no dudarían de identificar a Miguel con Corbalán, que en la CNI se hizo llamar Alvaro Valenzuela. “Hasta el día de hoy tengo la duda. Era idéntico”, asegura Sebastián.

## **A la Villa**

Los hombres van a parir por primera vez decía Miguel al ordenar el crecimiento orgánico. La orden era reclutar, agregar militantes, expandir el radio de acción. Primero fueron Pudahuel y Quinta Normal. Luego fue un área de historia rojinegra, la Villa Francia, zona ubicada al sur poniente de Santiago, en la comuna de Estación Central. El Vampiro fue el nexa con la Villa, pero todo lo precipitó un hecho fortuito: la muerte de dos jóvenes, Pablo Vergara Toledo y Aracelli Romo, el 5 de noviembre de 1988. Ambos eran militantes del MIR que dirigía Hernán Aguiló, fracción que en un comunicado reconoció la militancia de Toledo y Romo y relató que murieron en cumplimiento de una misión: colocar una carga explosiva en un poste del Cerro Mariposa, en Temuco, “para interrumpir las transmisiones de televisión y posibilitar la salida al aire de Radio Liberación, con una propuesta para un acuerdo de paz”. Vergara, de 25 años, era miembro de una familia emblemática en la zona. Dos de sus hermanos, Eduardo y Rafael, habían sido asesinados por Carabineros el 29 de marzo de 1985 en la misma Villa Francia, cuando tenían 20 y 18 años, respectivamente. Ese hecho originó el ahora nacionalmente conocido Día del Joven Combatiente. Los tres Vergara Toledo, junto a su hermana Ana y sus padres, Manuel y Luisa, formaban parte de una comunidad cristiana que no vio otra alternativa que la lucha frontal frente a la represión y la muerte. Manuel y Luisa no sabían que su hijo mayor, que salió en 1985 del país, tras la muerte de Eduardo y Rafael, había vuelto a Chile. Su funeral a fines de 1988 fue otro triste símbolo de la época y Miguel detectó la oportunidad para penetrar en una de las áreas territoriales más radicalizadas de la izquierda santiaguina.

Los ayatolas llegaron en masa a los actos de homenaje y ello les permitió un desembarco con honores a la zona. Lanzaron consignas, colgaron lienzos, pusieron bombas. Todo por Pablo Vergara. Todos con pañoletas rojinegras que fabricaba Marcela Ortiz de Trujillo. La Tercera tituló así un artículo: “Con un bombazo el MIR despidió a su militante”, en la edición del sábado 12 de noviembre. El día previo, Pablo Vergara había sido enterrado, pero no fue el MIR el que hizo estallar el artefacto explosivo, sino la R dirigida por la CNI. Ese fue el estreno en la calle de Iván Palacios: Gerardo dice que colocó una bomba de ruido con él, la que estalló cuando el cortejo dejaba la Villa Francia camino al cementerio. Pedro y Tribilín pusieron otra, también en la Villa. Apenas partió la caravana mortuoria, Iván intentó encender sin éxito la bomba. Fósforos, fósforos, fósforos y no prendía. Su acompañante tomó un puñado de fósforos que juntos hicieron el trabajo. Era en la calle Aeropuerto. Andaban a cara descubierta y en una precaución absurda intercambiaron entre ellos sus chalecos para ocultar su apariencia original. Tras la explosión, acompañaron la comitiva fúnebre al cementerio.

David también dice que ese día también él estuvo con Iván, y Pamela, en el Cementerio General, adonde habían llegado con un gran ramo de flores que entre sus tallos llevaba escondidos dos potentes calugas de TNT. Era la primera acción de sus acompañantes, quienes temblaron ante la masiva presencia de Carabineros, que sembró de efectivos el camposanto, incluso camuflados en furgones escolares. A Iván y Pamela los vencieron los nervios y fue David, que iba de apoyo, quien terminó colocando el explosivo. Ese día fue la primera vez de Iván. En el siguiente mes y medio, pondría varias otras. En esos mismos días, Eric Rodríguez decidió dejar la R. A ella volvió un día antes de morir.

Para llegar a la Villa Francia, el vampiro habló primero con Sergio, un militante mirista de la Villa Francia que siguió con el reclutamiento del resto. En menos de un mes, a diciembre de 1988, ya tenían un núcleo de más de cinco personas.

El crecimiento fue rápido. Muchos pobladores de la Villa Francia querían luchar, buscaban un referente en un entorno maltrecho, con la izquierda y sus organizaciones divididas, cuando llegó Miguel ofreciendo infraestructura y organización. Sergio había sido mirista y conoció a los hermanos Toledo, cuenta como un católico relataría que convivió con un santo cuando aún no era declarado como tal. “Nos estaban matando gente y había que asumir un enfrentamiento más directo”, relata quien en esa fecha trabajaba como carpintero en una mueblería y ahora sigue siendo un activista social de compromiso irreductible. Sergio asegura que Miguel tenía varios avales: la misma gente de la cárcel, que conocía su ayuda a las organizaciones externas de los presos, y el currículum de trabajo previo con la militancia de Pudahuel y Quinta Normal. “Cuando queremos y donde queremos, la hacemos”, decían los antiguos militantes de Miguel a los nuevos militantes villeros para presumir de su infalibilidad en acciones pasadas.

Los nuevos militantes de la R de la Villa tenían trabajo pasado con el MIR, pero aquí vieron una opción orgánica más formal. Miguel habló al corazón y utilizó la muerte de los hermanos Vergara Toledo para insuflar ánimos en la nueva militancia. Sergio reclutó a más gente y llegaron a ser cuatro estables, más otros periféricos que se acercaron, probaron y se fueron. Estuvieron Carla, quien hizo de secretaria del grupo y de Miguel, Raquel Sepúlveda, que años más tarde se suicidó quizás por resabios de esta misma historia, quizás por otras historias más personales, y el militante motejado como Garrincha. Otros pobladores con experiencia en la zona se acercaron y estuvieron a punto de ingresar. Sergio agradece que no lo hicieran. Miguel pedía contactos con otras orgánicas y Sergio coordinó una cita con un compañero que fue pareja de Raquel y que estaba vinculado al FPMR. Miguel y su interlocutor hablaron encapuchados, a la usanza de aquellos años en la izquierda clandestina, pero sobreactuada en sus símbolos ya a fines de la década. Se reunieron en una iglesia de la población Robert Kennedy. La contraparte de Miguel le solicitó contactos a nivel más cupular para vincular y coordinar a ambas organizaciones revolucionarias por arriba, no en la base. Luego se sumó a la R, pero dejó el grupo convencido de que algo raro ocurría. Los otros siguieron, creyendo que estaban en el mejor de los mundos.

Los nuevos compañeros de la Villa Francia tuvieron su primera instrucción en la casa de Marcela Ortiz. Vieron fusiles, granadas, mechas. Durante un par de meses, se prepararon,

hicieron simulaciones operativas, apoyaron y protagonizaron algunas acciones. En un canal de la Villa Francia iban y probaban mechas, rápidas y lentas. Los acompañaba Miguel. A la primera reunión en la Villa, Miguel llegó acompañado de Pedro, recuerda este último. Extrañamente, el subalterno fue quien dio el peso político a la cita y no su superior.

A fines de diciembre, Miguel se reunió con Victoria Serna. Argentina, vecindada en la Villa Francia, la precedía una historia revolucionaria en su propio país, donde la dictadura había concluido cinco años antes. A Chile llegó pidiendo contactarse con la izquierda revolucionaria local. Y el chino le presentó a Miguel. Al grupo se incorporó junto a su pareja, un chileno de nombre real Arturo, ex mirista de la Villa Francia y uno de los más experimentados del grupo. La cita de Victoria Serna con el comandante fue el 30 de diciembre de 1988. A Serna -que en realidad se llamaba Mónica- la acompañó un compatriota suyo, Diego, y a Miguel, quien se presentó como encargado zona del “grupo más puntudo del MIR”, Felipe, reportó la Pluma y Pincel en la reconstrucción inmediata de la historia de Miguel y el resto. Sergio recuerda que estaban encapuchados, que fue en la casa cuartel de Pudahuel y que tras Miguel descansaba un fusil. Los argentinos declararon experiencia probada en la instalación de radios de alcance comunal y ofrecieron abrir una para la R en el sector. Miguel y Felipe ofrecieron a cambio armas e instrucción. Ya en 1989, el 2 de enero, Miguel almorzó en un restaurant de Providencia con Victoria Serna, le comunicó que pondría a Carla a cargo del proyecto radial, pero insistió en que su interés prioritario era otro, buscar una coordinación con otros grupos armados de Latinoamérica. Victoria Serna presumió de sus vínculos regionales y le ofreció contactos con los colombianos del M-19, los Tupamaros uruguayos y los peruanos de Sendero Luminoso. Eso sí, le advirtió, las reuniones no podían realizarse en Chile, país militarizado y bajo dominio dictatorial. Le ofreció ir a Argentina. Miguel debe haberse sentido sobresaltado, eufórico, pero lo ocultó como un agente infiltrado debe ocultar su regocijo tras cada avance, pequeño o monumental, como este, ante sus despistados interlocutores. Miguel aceptó. Doce días después, cruzó la cordillera.

## **El fantasma**

”Yo era el fantasma”, dice lento, mezclando un sutil tartamudeo con el cuidado milimétrico de sus palabras. Gerardo tiene 40 años y trabaja en computación. Su pareja es Pamela, la misma de hace 20 años. Gerardo y Pamela guardan algunas fotos de aquella época. Una de ellas se tomó en la Iglesia donde se reunían todas las semanas, en un día y a una hora prefijados, a prepararse en el falso preuniversitario popular. La foto en blanco y negro presenta a ocho personas. Riendo, todos miran a la cámara. Atrás, sobre los bancos de la iglesia, aparecen abrazados Marcelo, Sebastián, Manuel, Marcela Ortiz, Pamela y Gerardo. Adelante, pegados al piso, los dos más altos, Eric y David, se encargan de la herejía: Eric sostiene una cruz y la sonrisa inunda su cara; David sujeta con ambas manos una imagen en madera del rostro de Cristo. En lo alto, una gran cruz.

Las fotografías fueron iniciativa de Miguel, quien los captó en varias ocasiones, encapuchados, armados, posando a una cámara antigua, pequeña y amateur. La escena prefabricada tenía la misma intención de otras similares que preparaba la izquierda:

propaganda. Las imágenes de combatientes bien armados, premunidos de armas largas, servían para boletines, panfletos y hasta para solicitar ayuda económica internacional para la resistencia a la dictadura. La R de Miguel tenía un boletín que nadie ya recuerda bien cómo se llamaba. Pedro dice que en los inicios se publicó un folleto y que el grupo se identificaba a su vez con el nombre de Mauricio Maigret, un joven miliciano de 18 años que falleció en un copamiento territorial en marzo de 1984 y que antes de morir, aseguraba la atrincherada prensa partidaria, se envolvió de manera heroica en una bandera del MIR y dio la orden de retirada a sus compañeros.

El ocultamiento de la identidad era norma primaria en la clandestinidad y solo algunas fotografías de Miguel respetaban ese axioma. Otras imágenes fueron captadas a cara descubierta, sin capucha, a veces de manera descuidada, casi bromeando, y otras ya sin pudores, de modo consensuado, voluntario. “Eran nuestras cápsulas de tiempo”, dice un ayatola para justificar el desliz.

Los negativos de las fotografías se revelaron y Miguel se quedó con ellos. Un día pidió a Gerardo trasladarlos en una extraña operación. Gerardo debió ir a una estación de Metro y encontrarse con un tercer militante, desconocido para él, quien le entregaría los negativos fotográficos ocultos en un barretín especial, una barra de pegamento de marca Stick Fick. Cuando llegó, Gerardo recogió sorprendido el encargo: junto a su contacto estaba el propio Miguel, conversando. A la noche siguiente, Gerardo debía devolver el tubo con los rollos de fotos al mismo Miguel, en la plaza Lo Besa, de Quinta Normal, en una transferencia sin mucho sentido que todavía no se explica. Gerardo llegó diez minutos antes de las once de la noche y entró a la plaza mal iluminada. No alcanzó a reaccionar, divisó por el rabillo del ojo a parejas sentadas que luego supo eran todos hombres y creyó ver a Miguel, pero antes de comprobarlo sus ojos se pegaron al suelo, fue golpeado con laques y acorralado con tipos con cuchillos, quédate tranquilo, tranquilo, mientras revisaban bolsillos, billetera, las plantillas de los zapatos, donde el jefe les había sugerido guardar secretos de papel que nadie debía conocer e incluso los negativos que le encomendó custodiar. El registro fue exhaustivo y se llevaron la barra de pegamento con las imágenes de todos. Y sus zapatos.

Tras el robo, Miguel montó en cólera y expulsó a Gerardo del grupo, medida que fue recibida con aprobación sincera de parte de los otros militantes. La pareja de Gerardo, Pamela, fue la encargada de oficializar la salida. El comandante le encomendó leer en público una carta que defenestraba a su compañero y lo tildaba de irresponsable y falto de carácter. Si te piden entregar a tu pareja, de seguro la entregas sin dilación, reclamaba la carta de expulsión. Miguel humilló a Gerardo frente a todos. Incluso, hizo escoger a Pamela entre su pareja y el movimiento, creyendo que elegiría la R y no a Gerardo, como lo hizo finalmente sin ser reprendida ni exiliada del grupo como ella suponía.

Semanas después, Miguel llegó con un boletín de pocas páginas, pero pródigo en imágenes. Las fotografías robadas a Gerardo. Para esto la izquierda ocupa las iglesias chilenas, se leía en el texto que acompañaba las reproducciones. El folleto sin firma era contra propaganda dura y pura, ilustraba con hombres y mujeres reales, armados y con pasamontañas, la instrucción militar que el MIR entregaba a sus milicias de la Resistencia. En iglesias locales. Una fotografía en particular era el símbolo máximo de la imprudencia: muchachos que sostenían fusiles amenazantes en un altar, ocultos tras pañoletas y pasamontañas, junto

a la bandera chilena intervenida con una R mayúscula, encerrada en un círculo, posando sin percatarse debajo de una fotografía que colgaba de la pared y que mostraba al padre Enrique Alvear, obispo fallecido en 1982, de inclinación obrera, lo que identificaba la iglesia que utilizaron para el adiestramiento. Pedro dice que las imágenes incluso fueron publicadas en la prensa de la época. Nadie más recuerda haberlas visto en diarios. Nunca más pudieron volver a esa ni ninguna otra iglesia de las varias que emplearon en ese tiempo y el cuartel central se trasladó, entonces, a casa de Marcela Ortiz, la que acogió a todos y formó así una familia postiza, alterna, formada por adolescentes que atentaban de noche, estudiaban de día y trabajaban en sus ratos libres en arpilleras y serigrafías para vender y costear sus movimientos.

Para los militantes, el robo de las fotografías fue mala fortuna, pura casualidad, un acto de delincuentes seguido de una hilera de hechos fortuitos que permitieron que a manos de los grupos de apoyo de la dictadura llegaran imágenes que debieron ser guardadas con mayor celo. No hubo mayor inquietud hasta meses después, cuando esta pieza de la historia encajó con las otras piezas de la historia y se formó un cuadro completo de incongruencias.

Tras su denigrante salida de la R, Gerardo se convirtió en el fantasma. Miguel lo reconectó y le pidió apoyarlo en misiones especiales, esas a las que llegan los más preparados o los más decididos. Gerardo cumplía la segunda condición. No temblaba cuando tenía que actuar y lo había demostrado.

Gerardo cree que todo fue un malentendido. A sus compañeros, Miguel les dijo que había reclutado a un fantasma, quien los escrutaría y vigilaría, que sería el control de cuadros en la oscuridad, invisible. Pero nunca cumplió esa misión, sino otras, asegura Gerardo. Miguel construyó un mito con el militante fantasma, hablaba con misterios, decía que el compañero misterioso haría acciones acompañado de alguno o algunos de los presentes. Gerardo sintió que su misión era más riesgosa y más intensa y el comandante le comunicó que participaría en acciones importantes, en los ajusticiamientos. Gerardo estuvo en uno. Fallido.

También le enhebró otros contactos, con jóvenes militantes de otras zonas. Con uno de ellos, un estudiante del Liceo de Aplicación, debía juntarse a una hora determinada el mismo día en que caminando por una calle predeterminada, viera con tiza blanca dibujada una cruz en un poste. Si nadie llegaba a la hora acordada, al lugar acordado, el punto se trasladaba automáticamente dos horas después, en otro lugar de Santiago. La conspiración parecía real y los conspiradores se creían de verdad conspirando.

Las dudas de los otros con Gerardo comenzaron, recuerda Pamela, con una visita. Pedro fue padre de una hija el 26 de diciembre de 1988. Para esa fecha ya estaba distanciado de su ex compañero de curso en el A-78. Gerardo y Pamela fueron a visitar a la pareja de Pedro al hospital y preguntaron por su ex compañero de curso. El hecho molestó a Pedro, quien acusó que sus ex amigos intentaron sacarle información a su señora. Eso escucharon Gerardo y Pamela más tarde. Pedro lo niega. Como sea, la distancia es aun recíproca. Gerardo todavía deja traslucir que su amigo hablaba bonito, largo y bonito, pero que en la acción no era fiable, que prefería estar con el Eric o el David, pero no con Pedro. Pamela cuenta que Miguel deslizaba dudas sobre Pedro y que, por sus retrocesos, instalaba la acusación de infiltración, algo que ella nunca creyó.

Pedro, por su parte, se enemistó con su ex amigo porque siempre lo defendió tras dejar el grupo, sabía que el que se marchaba arriesgaba represalias y por eso intentó varias veces reintegrarlo, pedirle a Miguel que lo reincorporara. Por eso se sintió traicionado más tarde, cuando se enteró que Gerardo operaba por fuera, que era el fantasma, mientras el mantenía inalterada su confianza, porque eran los más unidos, dice, los más partner junto a Manuel e Iván. Años después hablaron, pero ya no era lo mismo. Pedro nunca olvidó que Gerardo habló mal de él, que lo acusó de no haberles alertado cuando la infiltración se descubrió y los dejó desamparados ante el falso comandante. “No fue decisión mía a quien le avisábamos o no”, se defiende Pedro.

La condición de militante secreto también molestó a sus otros compañeros cuando, tras las sospechas, se enteraron de su doble vida. Con algunos no se vio ni habló nunca más. Los ayatolas se enteraron del rol de fantasma de Gerardo por Sebastián, que lo acompañó en un par de eventos. Primero, recuerda, lo vio en casa de Marcela Ortiz cuando fue a retirar un documento a petición del Miguel. Gerardo asegura que ambos fueron juntos a ajusticiar a un ex compañero a la Villa Francia. “El grupo se cerró y se encerró y quedan ellos no más, pero mi asunto fue que yo creí mucho en la amistad. Yo creí en la amistad, hasta en los duros, yo creí”, dice casi con pena Gerardo al analizar su trayectoria en la R.

La mala espina con él tuvo larga duración. “De ese loco siempre desconfié”, dice Marcelo hoy. Cuando supusieron que Miguel no era quien decía ser, todos planificaron la huída, pero a Gerardo no le dijeron nada. Y tanto creció el rumor que se corrió la voz de que Gerardo era derechamente un infiltrado de la CNI. A uno de ellos se lo contaron y, enardecido, encargó a delincuentes de su barrio que si veían a Gerardo cruzar la Santa Anita, no lo pensarán un segundo y lo liquidaran. Por suerte, alcanzó a tiempo a dar la contraorden y frenar el asesinato, alertado del error por otros dos militantes que desconfiaban, pero que no dudaban de su buena fé. De todo ello, de los anticuerpos generados, Gerardo no supo hasta meses después. “Yo me enteré después, estando en Argentina. Nunca nadie habló conmigo, nada, nada, nada. Nada de nada”.

## **Pascua feliz para todos**

Media hora antes del inicio de 1989, en la última noche de 1988, el sábado 31 de diciembre, Segundo Eduardo Achurra, de 64 años, esperaba en la esquina de Alameda con Bandera el bus Granja Montijo que lo llevaría a su casa en Cerro Navia. Sorpresivamente, se sintió lanzado por los aires y rebotó en el piso pesadamente. “Sentí que me quemaba entero y que en la espalda me había golpeado algo tan pesado como un tronco de árbol. Después no supe más, desperté en la Posta”, contó al diario La Tercera el 2 de enero.

Segundo Eduardo Achurra fue la única víctima grave de las tres bombas que en distintos objetivos de Santiago Centro colocaron esa noche los ayatolas, por orden de Miguel, y como un distante y casi incomprensible homenaje a la Revolución Cubana, que ese año cumplía su aniversario número treinta.

David y Marcelo pusieron la bomba en una pala mecánica de una máquina retroexcavadora ubicada en calle Serrano, la calle que corta de manera perpendicular la Alameda, y cuya onda expansiva elevó de su centro a Segundo Eduardo Acharra. El objetivo era el Ministerio de Vivienda, más precisamente el Servicio de Vivienda y Urbanismo (Serviu), aunque nadie aún entiende por qué exactamente.

A la misma hora, también ahorrándose el abrazo de Año Nuevo con sus familia a cambio de sus misiones revolucionarias, un grupo de la Villa Francia intentaba poner un explosivo frente a la Dirección General del Metro, la empresa estatal de transporte metropolitano subterráneo de Santiago, mientras Iván Palacios Guarda, con otra célula, hacía estallar los vidrios de la sede de la empresa automotriz Derco, también en la calle principal de la ciudad, en la avenida Libertador Bernardo O'Higgins.

La idea era, a nombre del pueblo pobre sin casa y sin auto, golpear al Estado y al gran capital, a las automotoras que lucraban y avalaban a la dictadura, al Metro que cobraba pasajes onerosos a los santiaguinos, al ministerio que no debía ofrecer y no ofrecía solución habitacional a la gente.

Apenas pusieron su bomba en el Serviu, David y Marcelo corrieron y, al doblar la esquina, caminaron. Marcelo recuerda que a la altura de la Llama de la Libertad sintieron el estallido y que, algo poco probable, se levantaron del suelo con la magnitud de la explosión.

En el Metro, entre las diez y las once de la noche, Sergio con dos compañeros cruzaron el frontis en la Alameda de la Dirección General e instalaron a la rápida, y mal, el explosivo. Sergio arrancó cuando vio recogerse a sus acompañantes y poner el explosivo por calle Lord Cochrane. Raquel escapó y él hizo lo mismo, sin percatarse que su otro compañero tardó más de lo previsto en prender la mecha, que vecinos de un edificio captaron algo raro, lo increparon y persiguieron. La fallida operación concluyó con las ironías de Miguel contra Sergio, a quien comparó, según mal recuerda, con los generales argentinos que arrancan antes de tiempo, en una alusión probable a la guerra con Inglaterra por las Islas Malvinas de 1982, lo que iluminaba en el comandante obsesiones más bien militares que guerrilleras.

Las automotoras financiaban a la CNI, dijo Miguel sin ningún fundamento, para justificar el ataque a Derco. Lo que no sabían los ayatolas es que Derco, empresa fundada en 1959, no era de un partidario del régimen, sino todo lo contrario: su controlador era José Luis del Río Rondanelli, un democristiano que hasta ayudó en 1988 a la campaña del NO con generadores eléctricos aportados por otra de sus empresas, la cadena de materiales de construcción Sodimac. Para saludar a la revolución cubana por intermedio de una automotora, Sebastián recuerda haber preparado una de las bombas más contundentes que fabricó: en un tarro grande, de metal, colocó, calcula, unas diez cápsulas de TNT, cada una de 500 gramos, cinco kilos en total. Las rellenaban con tuercas o ladrillo picado para producir esquivarlas más o menos dañina, según el objetivo potencial, les ponían una cápsula detonante, mecha rápida o lenta, y las envolvían con alambre para generar una explosión aún más fuerte tras la primera contención. Esa bomba la colocó Iván Palacios, con temor, con angustia. Sebastián le ordenó encenderla una cuadra antes de llegar al objetivo. Iván no creyó: estai loco, le respondió. Sebastián insistió. Iván caminó una cuadra con la mecha,



larga, calculada para la caminata, encendida. La colocó mal y Sebastián lo obligó a devolverse a ponerla bien. “Quedó con cagadera”, recuerda. Luego escaparon al denominado paso mecha lenta. Era un paso seguro, a buen ritmo, pero no delator. A velocidad suficiente para estar lejos cuando el explosivo explotara.

En Dercó hicieron apoyo de seguridad Pedro y el Tribilín, con quienes Sebastián e Iván se encontrarían después del estallido. No se reunieron quizás por qué razones y debieron regresar en parejas a sus hogares. Pedro y Tribilín se acercaron al lugar de la detonación, cerca de Alameda con República, miraron, se mimetizaron con los curiosos, y caminaron luego al punto de encuentro predeterminado, Alameda con Avenida Brasil. Sus dos compañeros no llegaron. Esperaron hasta que pasó la Plaza Egaña-Lourdes, el taxibús 11-B, y decidieron subirse y emprender la retirada. Despidados, Pedro y el tribi se dieron el abrazo de Año Nuevo en el bus cuando aún no era la medianoche, mientras Sebastián e Iván hacían lo mismo, en la Plaza Brasil.

Preparar las bombas era un arte y Miguel decía que las suyas quedaban óptimas. No como las que mataron a varios miristas muertos colocando explosivos y cuyas muertes –entre ellas las de Pablo Vergara y Aracelli Romo- todavía generan dudas de infiltración. En una ocasión, Miguel se cortó con el alambre y desató el pánico de una militante de la Villa Francia. La bomba no explotó, los organismos de seguridad la encontraron y temía que la sangre que Miguel vertió sobre la bomba los descubriera a todos. Nada pasó.

Cuando las preparaban, usaban solo utensilios de madera. Nada de metal con metal, error que cometieron, dice Sebastián, dos subversivos de Villa Portales que explotaron en 1987 porque usaron cucharas metálicas, provocaron estática y saltaron por los aires.

No fueron las del 31 de diciembre de 1988 las únicas acciones con escaso sentido político que acometió el gran grupo de Miguel. Antes los militantes recibieron órdenes que sin mucha interrogante ni mucha explicación obedecieron. Un día, el comandante les ordenó quemar un corral municipal de automóviles ubicado en Renca o Pudahuel, no recuerdan bien. Como a Gerardo, según propia confesión, le gustaba el fuego, era número fijo en el espectáculo. De noche, agazapado, llegó junto a David, Marcelo y Sebastián al objetivo. Sin preguntar nada, lentamente, lanzaron una tras otra las bombas molotov que fueron cayendo sobre los autos, sobre la choza de la que segundos antes había salido un cuidador, de ronda. Hasta hoy, ambos creen que Miguel pidió la acción en venganza por algún asunto personal; un parte, un auto retenido, algo que mereciera un desprecio violento.

David recuerda otro incidente sin mucha explicación. Por orden de Miguel, fueron hasta la calle Luis Thayer Ojeda, en Providencia, saltaron un muro, rociaron un auto con bencina y lo encendieron. Jamás supieron de quién se trataba ni por qué lo hacían.

Ese diciembre fue uno de los meses más activos. La noche del jueves 15 actuaron en paralelo varios equipos. Uno de los objetivos fue un local de la automotriz Pompeyo Carrasco, ubicado en Carmen 78. “Pasadas las 22 horas, un grupo de unos cuatro a cinco sujetos ingresó sorpresivamente al establecimiento, y luego de rociar con combustible los vehículos que se encontraban en reparaciones en el interior del taller, lanzaron a lo menos dos bombas molotov que detonaron en el acto, según contaron las propias víctimas,

produciendo un espectacular incendio”, reportó La Tercera del día siguiente. Heridas resultaron nueve personas, dos con quemaduras graves, las otras con daños leves y diagnósticos de mediana consideración.

Esa misma noche, la comercial automotriz Camare, ubicada en Irrazával con Salvador, fue incendiada con dos artefactos explosivos, siniestro que concluyó con dos heridos y pérdidas por más de doce millones de pesos y cinco modernos vehículos destruidos. La prensa consignó otro atentado incendiario en las cercanías de este último objetivo: varios locales comerciales ubicados en calle Seminario, a la altura del número 800.

Sergio recuerda que los atentados a las dos automotoras se hicieron con bombas con mecha lenta, preparadas con un margen de 30 segundos cada una, entregadas listas para la detonación el jefe de la R. Ni siquiera probaban los implementos y ahora reflexiona que si Miguel hubiese querido, los despachaba en ese mismo instante, haciendo pasar mecha rápida por una lenta. A esas acciones iban bien vestidos, ordenados, pero como jóvenes colegiales, transportando las bombas en sus mochilas, en el tren subterráneo de Santiago. ¿Quién te iba a controlar en el Metro?, pregunta con razón Sergio. Esa vez, Sergio y otros compañeros chequearon previamente los movimientos de sus objetivos, algo que pocas veces hacían porque Miguel advertía que estaba todo bajo control, que otros equipos habían hecho ya el trabajo previo de análisis y que esos equipos, más experimentados, los apoyaban y protegían, desde lejos, cuando estaban in situ en las operaciones. Ahora suponen que actuaban bajo resguardo de la CNI. Sergio se recuerda que al huir, caminando, desde una automotora, un tipo parado en una esquina los felicitó al pasar, tras oír el estallido. “Les salió buena, cabros”, lo sorprendió, riendo.

La acción que para Pedro y los otros tuvo lógica, sentido y explicación fue la colocación de una bomba a la Dirección General de Gendarmería, en Rozas 1274, a cuerdas de la cárcel pública. Para hijos de presos políticos, y no familiares también, accionar contra la institución que reprimía a sus familiares no merecía cuestionamiento. Esa bomba, de hecho, se colocó tras una represión sin cuartel, según uno, o para apoyar una huelga de hambre, recuerda otro, o después de advertir perentoriamente a Gendarmería que no siguiera golpeando a los presos, lo que no hicieron, justifica un tercero. Pedro encabezó esa acción, a la que recuerda haber ido acompañado de Iván Palacios. Sebastián rememora que un diario publicó al día siguiente una entrevista al Monteaguilino, un artista de campo que en esos tiempos vivía en Santiago, justo frente al edificio de Gendarmería, quien quedó estupefacto y un poco sordo con la detonación.

La peor de todas las acciones, y de la que más se arrepienten todos, fue una seguidilla de artefactos colocados en el Paseo Ahumada, vértebra del centro de Santiago centro, siempre transitada, saturada de peatones. Fue antes de Navidad, recuerda un recluta, porque Miguel exhortó así la acción: no habrá Pascua Feliz Para Nadie, dijo, contrariando con ello la publicidad de Falabella, cadena comercial que popularizó en ese tiempo un jingle que prometía una Pascua Feliz Para Todos. La idea era colocar varias bombas en pleno centro de Santiago. De ruido, pero dañinas. En tarros de basura. Colocaron una y la estampida en el centro de Santiago fue brutal. Los carabineros iban hacia el punto de detonación y en el otro extremo, sonaba otra. Sincronizadas para explotar en cascada, querían desorientar a la fuerza pública, hacerla sentir inmovilizada en una ciudad ingobernable.

Pedro y Marcelo debían colocar una de esas bombas, pero se resistieron a hacerlo y volvieron con el artefacto a casa. Les pesó la conciencia y pasearon por Santiago con una mochila con explosivos sin atreverse a detonarlas. Marcelo dice que pensó en los niños, las mujeres, los inocentes que transitaban en la zona. Podía efectivamente dañar algunos carabineros, pero, ¿y los inocentes?, se preguntaba. Pedro, afirma, convenció a Marcelo de retroceder y no ejecutar esa acción. Siempre cuestionaba el sentido político de lo que hacían, algo que todos reconocen pero que a sus ex compañeros no basta como explicación. Si se oponía a hacerlo, Pedro no hubiese llegado con la bomba hasta el objetivo; simplemente no va, dice uno de ellos. Pedro, uno de los mayores del grupo, cercano a los 20 años en ese año, discutió fuerte con Miguel tras esa operación: “No hubo heridos, pero fue una huevía donde podía haber pasado algo más que eso. Fue terror puro, no hubo ningún objetivo así claro”, recuerda.

Otros sí pusieron esas bombas. Mauro y Sebastián relatan que un tercer compañero depositó una bomba de ruido dentro de un tarro de basura, frente al Eurocentro, en Paseo Ahumada con Moneda. Sus amigos quisieron que experimentara la adrenalina en ebullición, que protagonizara alguna acción. Le ordenaron entonces colocarla a él, pero los nervios lo volvieron torpe y la bomba cayó adentro del tarro. Debía ponerla arriba, a la vista de todos, que solo hiciera ruido. El fuego ahumó el basurero y la explosión hirió a inocentes. Con conocimiento del caso, Sebastián enseña que las bombas no lastiman; sino sus esquirlas. Y que esta bomba hizo estallar un basurero de aluminio que generó esquirlas que se esparcieron en la calle peatonal. Los protagonistas recuerdan que una señora resultó lesionada. Era pinochetista y el propio Pinochet la visitó esa noche, para beneplácito de los ayatolas.

Gerardo puso otra, tipo ocho, nueve de la noche, en el pasaje Philips, frente a la radio Santiago, por casualidad, sin premeditación. La debía colocar en otro lugar, en el paseo Ahumada, pero vio tantos ojos mirándolo que decidió cambiar de locación. Estaba, dice, con Iván Palacios.

Otra bomba, nadie recuerda quien ni quienes, se depositó frente a Los Pollitos Dicen, un local de comida rápida que estaba por el mismo Paseo Ahumada, a una cuadra de la Plaza de Armas. Pamela escuchó luego el relato de su asustada madre, que le contó que esa tarde tomó onces en el Café Paula cuando escuchó la detonación.

Miguel se sorprendió del arrojamiento de sus pupilas y los utilizó en forma persistente. Atentaban una y otra vez. Sebastián asegura que, en esa época, el 80% de los atentados en Santiago eran obra y gracia de la R. Miguel llegó a decirle que tenía tanto explosivo como para hacer volar todo Santiago. Fue tal su compenetración con su rol activista que Sebastián llegó a exigir a Miguel descanso tras dos semanas de colocar bombas y bombas, casi todos los días, acompañado de Iván. Los ayatolas descansaron sólo en Navidad; el resto del tiempo, actuaron. “Siempre teníamos que hacer algo, siempre estábamos ahí. No faltaba el motivo, no faltaba la fecha”, recuerda David, quien coincide con los otros en que el grupo era casi el único operando, en esa fecha, en Santiago. El resto de la izquierda armada estaba dividido, confundido por el escenario político abierto por el plebiscito, divagando lo que se venía. Los únicos que seguían actuando de verdad eran los del Frente, pero sus acciones

eran de mayor tonelaje. La R era una milicia de menor envergadura, pero más regular en su operatoria, flexible, con militantes jóvenes ganando experiencia. Dirigida por la CNI.

## **El cubano**

A Javier le decían el cubano. Tenía 15 años, hablaba con acento caribeño y tenía la piel más dorada que su color de origen. Una larga temporada en Cuba lo tiñó de ese país. Salió en 1973 por el golpe de Estado, antes de cumplir su primer año de vida. Había nacido el 12 de junio. En Cuba vivió con sus dos hermanos, Jaime, el mayor, y Lumi, la menor, y una abuela que, según otros chilenos también asilados en la isla, no los trataba muy bien. Allí estuvo, en el denominado proyecto hogares, una locura que no puede ser desligada de su contexto: el MIR se atribuía una causa superior que obligaba a sus militantes a dejarlo todo por la revolución. Hijos incluidos, a quienes instalaban en un edificio en la zona de Alamar, en las afueras de La Habana, Cuba, al cuidado de otros compañeros o familiares, mientras ellos volvían a retomar la lucha en Chile. Eso ocurrió con Rodolfo Rodríguez y Miriam Ortega, militantes históricos del MIR, quienes dejaron a sus tres hijos en la isla caribeña. Integrantes de la Fuerza Central del MIR que a inicios de los 80 activó con ahínco la lucha guerrillera urbana, ambos cayeron en prisión el segundo año de esa década, en un dominó que arrastró a varios ilustres combatientes. Javier era su segundo hijo. Su nombre verdadero era Marco Rodolfo Rodríguez Ortega, quien regresó a Santiago con sus dos hermanos en enero de 1988 y se ubicó en casa de su tío Víctor Ortega y en las aulas del Liceo Nuestra Señora del Andacollo. Ahí le decían el cubano. Y se reían de él cuando, por ejemplo, usaba el caribeño coño en lugar del chilénísimo mierda. “El loco hablaba cubano. No tenía pinta de chileno”, resume en pocas palabras uno de sus compañeros de entonces. “Habla bien *culiao*”, dice Pedro que le decían en broma por sus modismos caribeños.

En sus frecuentes visitas a la cárcel, Javier se hizo amigo de otros hijos, sobrinos o hijastros de presos políticos, por lo general de su misma edad. Por ellos llegó donde Miguel. A sus 15 años, era el más pequeño de todos, además de introvertido y callado, en extremo tímido, dicen sus ex amigos. Con el grupo fue sacando el habla, la cancha. Claudio dice que Javier había acumulado odio suficiente para volver a Chile a pelear, pelear y pelear. Sin otro objetivo en mente, difícil era contradecirlo. Razones tenía: sus dos padres presos estaban condenados a muerte por la dictadura.

Con lo que se puede discernir a los 15 años, Javier y Claudio ya discutían el meollo del asunto. Simpatizantes primero de un grupo más popular en aquellos días, las milicias rodriguistas, ambos discurrían si lo conveniente para Chile era la Guerra Patriótica y Nacional (GPN) que inauguró en octubre de 1988 el Frente Patriótico Manuel Rodríguez autónomo o la Guerra Popular Prolongada del MIR Militar. El debate era de niños, sin profundidad, carente de método y sistematicidad.

En la R, Marco, entonces Javier, participó en el asalto al local donde trabajaba Iván, puso las bombas de las automotoras de Irarrázaval y estuvo en un frustrado asalto a una botillería, en pleno centro de Santiago. Esa fue su primera detención. La única caída de todo el grupo formado por Miguel.

Una noche de diciembre de 1988, buscando dinero fácil para la causa revolucionaria, Javier entró con David y Sergio, de la Villa Francia, a una botillería y apuntó a la señora que atendía tras el mostrador. Los gritos lo paralizaron y Javier no tuvo reacción. Un señor apareció desde el fondo del almacén para resistir el atraco y forcejeó con David, el más espigado del grupo operativo.

David enumera ahora los errores. Frente a la botillería, ubicada en Catedral con Amunátegui, estaba Raquel, también de la Villa. Junto a ella había otra mujer que vio todo y asustada caminó hacia el oriente, justo donde estaba, a una cuadra, el Edificio Norambuena, cuartel general de Carabineros. Raquel no hizo nada. Mientras, en el estrecho espacio que dejaban licores, vinos y gaseosas, David resolvió todo con un trompazo, deshaciéndose de la pegajosa resistencia de su oponente. David identifica entonces el otro error: el chequeo operativo no detectó que quienes trabajaban en el local eran también sus dueños, lo que siempre incrementa la probabilidad de resistencia y baja la de la sumisión.

El tercer error fue más pueril. Arrancando en duplas, Sergio caminó con David y Javier huyó con el Pato, un militante de la Villa Francia. Los primeros cortaron en perpendicular hacia la Alameda, en contra del tránsito. El charade azul de Miguel los recogió por la avenida principal de Santiago, casi al llegar a Ricardo Cummins. Los segundos lo hicieron hacia el poniente, en la misma dirección de los escasos vehículos que andaban a esa hora esa noche. Craso error: a los pocos minutos, los carabineros apostados en el edificio institucional llegaron en una camioneta que habían detenido en plena calle. Javier cayó armado. El Pato tenía cuentas pendientes y, a recomendación de Miguel, se hizo pasar por delincuente común y se ganó un tiempo tras las rejas. Javier, en cambio, quizás por su escasa edad, quizás por alguna interferencia secreta del comandante, salió libre a los pocos días. Por casualidad, cuando cayeron, Pato y Javier dieron una dirección cercana al lugar de residencia de David. Por precaución, Miguel, tras alabar la capacidad operativa, pero aconsejar jamás dudar en una operación, le ordenó esconderse. David se tiñó el pelo de un negro azabache y estuvo una semana en una casa de seguridad, cercana al Estadio Nacional. La leyenda interna cuenta que Marcela prendía velas a un santo antes de cada acción. Marxistas leninistas encomendados a símbolos católicos, ríe de la paradoja Sebastián. Esa noche, la de la botillería, la única que terminó con detenidos en todos esos meses, Marcela Ortiz había olvidado encender las velas.

## **Justicia por propia mano**

Puso cañón de la pistola en la frente de Gustavo y apretó el gatillo. Desafiante, quizás creyendo que la CNI lo ajusticiaba en represalia por sus ideas, Gustavo alcanzó a retar a su agresor. ¡Dispara!, espetó. Pero el arma se trabó, la bala no salió y el amenazado reaccionó de inmediato. Gritó, llamó a los suyos y cuando sus amigos de la Villa Francia salieron en su defensa, los agresores precipitaron la huida, a mil por hora, corriendo ahora entre disparos. David, que había puesto el cañón en la frente de Gustavo, corrió acompañado por Marcelo y Sebastián. Marcelo recuerda que Miguel ordenó matar a Gustavo porque se había retirado del grupo. Gustavo provenía de Pudahuel, estudiaba en el Andacollo y se

había alejado del grupo luego que Miguel se insinuara a su pareja. El vampiro también tuvo arte y parte en la historia. Promovió su ejecución por las mismas razones que Miguel: Gustavo era un traidor que se fue, habló mal de la R, contó afuera más cosas de lo que era prudente decir. En realidad el vampiro tenía otras razones ocultas que a los protagonistas del caso les cuesta pronunciar: guardó rencor contra Gustavo por un simple lío de faldas, según se enteró el resto después de los afortunadamente frustrados intentos de matarlo. No solo David, Marcelo y Sebastián lo intentaron una vez. Sebastián fue otra vez, pero junto a Gerardo, enterándose así, de golpe, que el expulsado seguía colaborando por fuera y que en realidad el fantasma era un viejo conocido. Sebastián y Gerardo lo esperaron en un paradero de micro. Iban casi al lanzazo, a lo que viniera. No lo encontraron, por suerte, asegura Gerardo.

Sebastián fue en otra ocasión encapuchado a la Villa Francia. Cuenta que a Gustavo lo tuvo a tiro de cañón, pero que el miedo que le dibujó la cara lo hizo recapacitar y le ordenó que se fuera. Le exigió que no se metiera en huevadas y lo empujó. Mientras arrancaba, Sebastián percutó una bala al aire. Pero no salió: Miguel le había gestionado un arma con tiros malos. Más tarde, Sebastián le puso balas propias y el revólver funcionó. Miguel, mostrándose sorprendido, le respondió que reclamaría a logística por el desperfecto, por entregar munición en mal estado. Mucho más tarde, Sebastián comprendió que Miguel tampoco tenía intención de asesinar a Gustavo y que era parte de todo el show.

Gustavo, rememora con dificultad Sergio, vivía con el cura Roberto Bolton, párroco de la comunidad Cristo Redentor de la Villa Francia, la misma donde los hermanos Vergara Toledo habían iniciado su compromiso político diez años antes. El sacerdote católico era conocido por la izquierda y conocía minuciosamente a la izquierda. Incluidos algunos de los muchachos que militaban en la R. Esa cercanía, y su prestigio, sirvieron a los ayatolas para salir inmunes de una inesperada encerrona. Los protagonistas creen recordar -los recuerdos a 20 años plazo se diluyen, se buscan detrás de otros recuerdos- que fue en una de las últimas concentraciones por el NO antes del plebiscito, en la avenida Vicuña Mackenna, partiendo desde la Plaza Italia hacia el sur. Llevaban bombas de ruido y molotov en sus espaldas y tenían previsto también cortar cortinas de tiendas para saquearlas. Andaban con pañoletas. David puso una bomba de ruido y no se percató de la batahola que se generaba a sus espaldas. Eric puso otra. Sebastián y Gerardo aguardaban cuando vieron pasar corriendo a Marcelo y corriendo tras él una turba con cañas en sus manos y patadas volando por los aires. Se sumaron a Marcelo y de espaldas a un muro, cuatro o cinco ayatolas se pusieron en posición de pelea frente a sus agresores, mayoritariamente comunistas que resguardaban el acto, que los acusaban a viva voz de infiltrar la masa y provocar, de ser agentes CNI de pelo corto, sapos. Eric se comió una patada y Pamela un tirón de pelo. Una versión menos épica sitúa a los activistas acorralados, sin mucho que hacer, más bien humillados que desafiantes. El escándalo fue grande y estuvo a un paso de convertirse en batalla. Hasta que Marcela Ortiz llegó con Roberto Bolton. Intercedieron y el cura obrero habló luego al gentío: “Los compañeros son de unidades militares, hay que sacarlos de aquí”, explicó. La frase fue una llave que abrió el enjambre de personas y creó un pasadizo artificial por el que pasaron veloces, y ahora casi entre aplausos de la izquierda desarmada, los ayatolas en fila india, escondiendo el rostro y la vergüenza. Bolton sacó casi escondido a Marcelo, a quien ubicaba como hijo de un preso político. Miguel miraba todo desde lejos.

El otro intento de ajusticiamiento tuvo como objetivo no un igual, sino un ex superior de algunos de ellos. Carlos Moreno, encargado zonal del MIR Gutiérrez en el sector de Las Barrancas, en Pudahuel, había sido jefe de Pedro y Manuel y tenía un historial político en el barrio. Tras conocer a Miguel, ambos le preguntaron a Carlos Moreno por el comandante. No teman -les respondió-, no es infiltrado y lo conozco desde hace años, incluso imprimió El Rebelde en una época, pero es loco, no se acerquen a él. Miguel no supo lo que dijo de él, pero sí tuvo ocasión de vengarse de esos comentarios. También ordenó matarlo. Los ayatolas –Gerardo, Manuel, Pedro y David- lo siguieron hasta su casa. Uno de ellos llevaba una daga con una cinta rojinegra en la cacha. La idea era enterrársela en el corazón. Lo siguieron durante varias cuadras hasta que se enclaustró en una casa. No volvió a salir. Sus aspirantes a asesinos lo esperaron, pero no regresó a la calle. Todavía hoy presumen que Carlos Moreno detectó el intento de ajusticiamiento y se recluyó, se cuidó y no salió más. Otro cree que en realidad Carlos Moreno nunca supo que estuvo a punto de morir, porque siguió siendo cercano a algunos de ellos y jamás, años después, preguntó por el episodio. Con él, Miguel repitió el mismo discurso: representante de los sectores que entrampaban el proceso revolucionario, merecía morir. David dice que hubo más de un intento fallido de intimidación.

Miguel tenía una lista negra que también incluía al Walo, otro ex compañero de la R a quien alguna vez siguieron, y la monja Helena Chain, militante activa del MIR, aseguran ex ayatolas. Cuando Miguel leyó la lista, y nombró a la religiosa, Manuel, quien tenía un especial afecto por ella, supo que ya no debía estar ahí. A la monja la fueron a esperar a la zona donde ella trabajaba, pero afortunadamente no la encontraron.

Los fallidos ajusticiamientos ocasionaron las primeras grietas palpables. Adscritos a la ultraizquierda sin remilgos, matar a ex amigos, ex compañeros, a gente que se ganó la estima de uno antes de pensar distinto, cuando pensaban parecido, contradecía hasta los instintos de los ayatolas más ultraizquierdistas. ¿No hay nada mejor que matar a un amarillo?, se preguntaba Claudio. ¿Para qué vamos a hacer cosas chicas como matar a Carlos Moreno?, se preguntaba Pedro para anular la opción de atentar contra su ex jefe y amigo y abrir otra opción mejor, con más sentido político: atentar contra el cuartel que la CNI tenía en calle Loyola, en Quinta Normal, una casona de muros altos, de ladrillos y alambrada, desde donde salieron, según testimoniaron agentes de seguridad en juicios posteriores, armas para la matanza de 12 frentistas en junio de 1987, en la denominada Operación Albania, y rieles que se adosaron a los cuerpos de los últimos cinco detenidos desaparecidos de la dictadura antes de lanzarlos al mar, en septiembre del mismo 1987. El terreno ya sin el uso de antaño fue destinado en 2007 a la construcción de soluciones habitacionales para 72 familias de la zona. Pedro dice que lo propuso. Pero quien en realidad primero lo propuso, hastiado por los ajusticiamientos ordenados sin razón, quizás también buscando la confirmación de la coherencia revolucionaria del jefe, fue Manuel. El chico tenía todo estudiado, nos colocamos aquí, cortamos la calle con granadas de mano cuando pidan refuerzos y asaltamos el cuartel, imaginó. No nos metamos con ellos, esa familia es muy grande, respondió Miguel para objetar la proposición. Hay cosas más baratas que causan el mismo efecto, agregó el comandante. Qué cosa, preguntó Manuel. Un par de pacos en una esquina, respondió.

Manuel, que un año antes había sido detenido y torturado tras participar en protestas estudiantiles y que sienta por seguro haber estado vendado en el cuartel Loyola, sintió que no era eso lo que quería hacer cuando entró a militar y decidió alejarse del grupo. 1989 estaba terminando y Miguel les comunicó a todos que Manuel había sido expulsado por mala conducta. Pero no se olvidó de la sugerencia de comenzar a matar carabineros.

## **Pizzoleo, Marillanca y La Tablada**

“El Iván participó en eso. O sea, es lo que él me dijo. De hecho, llegó muy mal ese día. Llego muy mal porque hasta el momento había... él solamente había visto atentados, volar cuestiones, pero llegó mal, porque quitarle la vida a dos seres humanos, o sea, en el fondo serán pacos, pero son seres humanos. Nosotros, con la mentalidad que teníamos, nosotros no estábamos de acuerdo, imagínate. Nosotros teníamos, existía una doctrina que era la del hombre nuevo, cachai. Nosotros en el fondo éramos como más agallados, como más perros en ese sentido, nosotros estimulábamos a los compadres que tenían esa doctrina, y el Iván era un hombre nuevo, en ese sentido. Puta, por eso yo cacho que quedó tan mal, o sea, y por eso la rabia que tengo, lo hizo hacer huevas que el cabro no se merecía, si era el más inocente de todos, y en la hueva que lo metió, poh, matar dos pacos, si matar pacos no tenía... No, no, no, no cuadraba con nosotros. De hecho, el siempre trató de hacerlo, que la unidad se encargara, porque a la hora yo cacho que los chiquillos enganchan, ¡cuantos pacos hubieran muerto!, Hubieran sido todos estos, porque, digamos, el tipo de adoctrinamiento que el tenía sobre todos nosotros era así...”

Lo cuenta Manuel, el único que dice haber escuchado a Iván revelar su participación en la muerte de dos carabineros. Ningún otro miliciano de la Resistencia lo sabía ni lo escuchó. Ni en confianza ni frente a una grabadora alguno lo admite. Piensan que no es así, que Iván Palacios nunca pudo haberlo hecho. Que el grupo jamás hizo algo tan perturbado. Manuel dice que Iván le contó que estuvo allí, pero como vigía, que no disparó, que estuvo resguardando, desde lejos.

Miguel atribuyó la acción a sus bases de San Miguel, a los pitufos, un grupo que los ayatolas desconocían y que formaba casi una unidad de elite. Miguel hasta mostró una carta de Ramiro, su supuesto jefe en el MIR, felicitando el atentado a los dos carabineros. Ocurrió el 8 de febrero de 1989: el teniente José Luis Pizzoleo, de 27 años de edad, y el cabo segundo Leonardo Marillanca Gárate, 29 años, ambos de la Tenencia de Quilicura, fueron acribillados en la mañana de ese día en esa comuna por cuatro individuos que les arrebataron, tras acribillarlos, un revólver y una ametralladora UZI. La Comisión Rettig los incluyó dos años después en la lista de víctimas de violaciones a los derechos humanos cometidas por particulares que actuaron bajo motivos políticos.

Un mes antes, Miguel había comenzado a hablar de asesinar carabineros para acopiar armas, lentamente, en progresión hacia algo mayor.

Fue después de viajar a Argentina con Victoria Serna. Estuvieron en Córdoba, donde junto a otros revolucionarios argentinos hicieron entrenamiento de sobrevivencia y prácticas de



tiro en la sierra. Miguel interrogó a su anfitriona sobre el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), los Montoneros y la lucha armada en ese país; y le propuso más tarde realizar un campamento en Argentina con militantes chilenos de la R: los trasandinos pondrían la formación política, Miguel el armamento y la instrucción militar. El comandante, que había viajado junto a Carla, de la Villa Francia, volvió el 18 de enero a Chile y acordó mantener contacto telefónico con la argentina. Cuatro días después, militantes del Movimiento Todos por la Patria (MTP) atacaron La Tablada. Aunque no tenía vinculación con el ataque armado, Victoria Serna había tenido relaciones con el MTP y entrevistó a uno de sus líderes, Enrique Gorriarán Merlo. Intuyó una represión brutal y adelantó su regreso a Chile. Mientras, Miguel reunió a sus muchachos y les informó que serían instruidos, ahora en serio, en las artes de la guerrilla. En el país del Ché Guevara.

Miguel habló de una escalada que comenzaba y que ya no tenía vuelta atrás. Habló de recuperar fierros cortos a carabineros, de bombas en el Metro y de atentados incendiarios a cines, con espectadores y todo. Algunos ayatolas alcanzaron a proponer incluso como objetivo el cine Las Condes, que tenía sus butacas distribuidas con una pequeña inclinación: mientras más alejados de la pantalla, más altura. Ideal, decían, para descargar bencina de atrás hacia adelante, encender un fósforo y arrancar con el fuego a las espaldas. “Nos transformó en tipos sin ninguna misericordia”, reflexiona Manuel. El siguiente escalón eran los asesinatos de carabineros, le seguían matanzas selectivas de líderes de la izquierda reformista y de autoridades del gobierno de Augusto Pinochet. Todo concluía en septiembre de 1989, con la inspiración venida del otro lado de Los Andes. Repetirían La Tablada en Chile. No lo dijo con esas palabras, pero la idea era esa: asaltar un regimiento y empujar la lucha a su expresión máxima. Lo mencionó unas veces de manera explícita, clara; otras de modo oblicuo, casi en clave, escondiendo la enorme magnitud de lo que se preparaba, ampliando en la imaginación de sus subordinados los límites de su militancia voluntaria hasta las fronteras de la inmolación colectiva. “La idea era ir matando pacos así como a escala, cada vez más, haciendo una serie de acciones, era como pasar a una fase de mayor envergadura, no me acuerdo los términos que usó, pero era una segunda fase mucho más agresiva, y terminar, o por lo menos hasta ahí eran los planes que nos contó, terminar con una Tablada chilena, con la toma de un regimiento”, recuerda David 20 años después de La Tablada original, la argentina.

Los objetivos futuros requerían recursos y los ayatolas fueron enviados a sus últimas acciones para acumular pertrechos. En pocos días, asaltaron dos tiendas de artículos de camping y alta montaña. Una, en Avenida Diego Portales, pasado Matucana, hacia el oriente, en la comuna de Santiago. Pedro hizo el chequeo operativo previo a la acción, ver quienes entraban, quienes salían, cuánta gente había dentro, sentado por la vereda del frente, anotando en una hoja de cuaderno. El local era en realidad una vivienda mal señalizada como establecimiento comercial que atendía una pareja de ancianos que allí vivía. Entró uno, lo siguió otro, después otra. Era una mañana. Los redujeron y cuando cargaban mochilas con los objetos del robo, cortaplumas, carpas, mecheros, los viejitos sentados en el suelo, sonó el timbre. Salió Pamela, ignorando la sugerencia de la dueña, que reclamó que sus compañeros encomendaran a la única fémina del grupo abrir la puerta para dotar a la escena de aparente normalidad. Las mujeres no servimos para eso, protestó la señora desde el suelo. Pamela apretó los dientes y entreabrió la puerta de calle. No hay tebo, señor, respondió a los dos hombres que preguntaban por los gusanos utilizados en la

pesca. Mis abuelos no están, agregó. Hasta hoy Pamela cree que los visitantes eran hombres de Miguel, los pitufos de Miguel.

El segundo robo fue en Plaza Italia. Mismo método, entraron de a poco, en parejas. Era un departamento en las alturas de un edificio, al que solo llegaban quienes sabían que allí se vendían implementos de andinismo. Al rato ya estaban todos, cuchillos en mano, sin planificación ni estudio previo, golpeando, arrodillando y reduciendo a los dependientes. Aquí estuvieron dos militantes de la Villa Francia, Sergio y Arturo, los mayores de los cinco que protagonizaron la operación. De ambos asaltos sacaron implementos para la guerrilla. La montaña, decían los guerrilleros de entonces y de antes de entonces.

En ese enero de 1989, Miguel escogió a cuatro militantes chilenos para viajar al campamento de instrucción guerrillera que instalaría en Argentina. Convocó a David, Pedro, Marcelo y Javier, pero el día en que debía llegarles el dinero para el viaje, sorpresivamente, Miguel no apareció. En su lugar llegó Pamela, quien trajo consigo una carta que retiró de la casilla número 10167 de Correos de Chile, abierta a nombre de Miguel Díaz, donde el comandante le había ordenado que retirara instrucciones. Desde el sur la llamó y le pidió que fuese a la casilla. Ahí encontró la carta misiva que, saturada de errores ortográficos, suspendía todo hasta nuevo aviso.

*Pamela:*

*Recibe un saludo revolucionario de todos los que hemos asumido esta tarea. Sé que te encontraste de la noche a la mañana enfrentada a grandes problemas y decisiones en tu vida revolucionaria.*

*Espero que todos los cros. estén actuando en forma consecuente contigo y estén más unidos que nunca.*

*Pero me imagino que deben estar muy confundidos por la decisión de no viajar hasta nueva orden.*

*Sé que te dirán o te sacarán en cara que sacrificaron todo para ir o que dejaron de hacer algo importante para viajar y otros dirán que debieron dejar a su familia y es más también habrá quien te diga o saque en cara que han hecho esto y lo otro y que no les he recompensado (...)*

*Oye corazón, nadie te ha dicho que yo me pude fundir con el \$ 1.000.000 que me asignaron, quiero que tú entienda, el problema no fue la plata, el problema es otro que tú algún día lo sabrás y los cros. también, pero ningún oportunista trata de sacarme de mi línea y como yo no quiero exportar cadáveres, mientras no me aseguren la seguridad no saldrán, además de situaciones de aprovechamiento que se fueron dando a última hora, me fueron poniendo medio desconfiado, yo y la organización se esmera y fuerza por nuestros cbttes. y solidariza con el resto, pero no acata exigencias oportunistas, claro que nuestros cros. no se dan cuenta de eso ya que están fazinados (sic) por viajar, sin importarles los riesgos. Bueno, pero no hay que desesperar ya faltan menos días para salir, espero que nada de lo que pienso esté ocurriendo a tu alrededor.*

*Bueno, nosotros bien hasta el momento, pero la B.H está muy cerca en Concep. Y Stgo. por lo que tomamos el camino más seguro: exportar la mercadería, estamos esperando que llegue el comprador para embarcarla, felizmente y aparte del frío aquí no ha llovido, el problema más preocupante es que tenemos de todo hasta el miércoles, de esa fecha en*

*adelante será de angustia ya que uno de los productos está perforado y requiere reparación, ojalá salga todo bien, porque sería muy arriesgado volver.*

*Bueno, Pamela, haga llegar un saludo revolucionario a todos y cada uno de los cros. de ambos sectores y para ti un abrazo fraternal.*

*Solo la lucha nos hará libres.*

*Cúidense mucho y progresen.*

Tras enviar esa extraña carta, Miguel desapareció por varios días. Su ausencia permitió que se sembraran las primeras semillas de la desconfianza. Unos militantes se reunieron con otros y hablaron sobre sus dudas. Esos otros se juntaron con otros, por separado, en grupos, y luego prácticamente en asamblea, casi todos juntos, y tras darle vueltas al asunto, discutir detalles, contrastar versiones, concluyeron, sin certeza, pero con una altísima probabilidad, que Miguel no era el Miguel que él decía que era y que en realidad estaban siendo dirigidos por un agente de los organismos de seguridad y no por un comandante de la lucha guerrillera chilena.

## CAPITULO 3

### POR QUE SI, POR QUE NO

Javier abrió descuidadamente la guantera del charade azul y vio un radiotransmisor. Tamaña tecnología en esos años era exclusiva de gente de mucho poder o de muchos recursos. La izquierda chilena no tenía ni lo uno ni lo otro. El auto de Miguel vomitó una de las primeras de las varias sospechas que juntó en secreto cada militante y que reunidas, una sobre otra, dieron pie al ahogo.

A Sergio le inquietó la disciplina dictatorial que impuso Miguel, que les exigiera nulo contacto con otras gentes, que tuviesen la obligación de relatar todo lo que hacían y decían. Era más estricto de lo habitual para un jefe en la clandestinidad y no ofrecía discusión política, solo acción militar.

A Pedro le asombró que el comandante del MIR más radical de todos ordenara la inscripción en los registros electorales y el voto por el SI y que le pidiera acompañarlo a sus primeros encuentros en la Villa Francia para que fuese él, y no el jefe guerrillero, quien hablara de política, quien representara en su voz al grupo.

A Gerardo no le gustó que Miguel pidiera, por poco comprensibles razones de seguridad, los nombres reales y completos de todos por escrito. También le extrañó la forma de correr de Miguel, como paco, dice, sin explicar convincentemente cómo corre un carabinero y cómo lo hace la gente común y corriente.

A Marcelo no le cuadraba el terrorismo a secas que el guía promovía, con bombas en un sobre poblado Paseo Ahumada y con futuros explosivos e incendios en estaciones de Metro y cines. Tampoco, como a la mayoría, le resultaban razonables los aniquilamientos que Miguel instruyó.

A Arturo, la pareja chilena de la argentina Victoria Serna, le sorprendió la mala planificación de algunas acciones y, sobre todo, que disparara como militar, empuñando el revólver con ambas manos, de frente al objetivo, y no como lo hacían, justificó, en el MIR Militar, de pie y de costado, con un solo brazo extendido, escondiendo el torso y reconociendo de antemano la eterna inferioridad de fuerzas ante el enemigo.

A Sebastián también le incomodó cierto lenguaje militar que meses después descubrió en su sentido real: Miguel, por ejemplo, hablaba de paisas para referirse a los civiles, del mismo modo, asegura, como lo hacían los militares.

Todos sumaron señales que por separado podían ser solo rarezas de un jefe sin apego por la tradición o incoherencias de un trastornado. Era febrero de 1989 y las incongruencias se fueron coleccionando una a una. Por ejemplo, que prohibiera las relaciones intra Resistencia y se insinuara a las compañeras o el extraño reclutamiento por fuera de un expulsado. A algunos, Miguel les dijo que había estudiado medicina. A otros les comentó

que era asistente social. Dijo que venía de Concepción y hasta que tenía una hija de la que no entregó seña alguna.

Las sospechas se facilitaron con el quiebre entre Miguel y Victoria Serna, la argentina que llegó buscando revolución a la Villa Francia. Tras volver de su viaje formativo a Argentina, ambos difamaron en secreto. La cordobesa cuestionaba sus procedimientos, su militarismo y Miguel puso en duda su condición de verdadera revolucionaria, molesto por su reticencia a transferirle sus contactos guerrilleros internacionales. Más leña al fuego cayó con Javier, quien tuvo un pequeño romance con Victoria Serna, lo que ramificó el problema hasta Arturo, pareja de la argentina, y Miguel, quien validó con hechos concretos la pertinencia de su prohibición a las relaciones entre militantes. El único lugar donde se cuenta todo, repetía, es en la cama. Quizás por esas fricciones, o quizás por una legítima duda sobre los métodos de Miguel, Victoria comenzó a preguntar.

La contrainteligencia también comenzó en paralelo, quizás antes, en Pudahuel. No fue un proceso de un día o una noche, sino que por etapas, urgente, pero no inmediato. Cuando ya no era percibido igual que antes y encontraba en sus propios amigos más caras malas que buenas, Pedro supuso que algo pasaba. Reunido un día con Marcela Ortiz, con la que se habían construido confianzas mutuas, ella planteó sus dudas. También estaban Mónica y Arturo. Y ahí se encendió la chispa, asegura Pedro. “Cuando dijimos todo, todo, y la Marce tiró toda su huevá, el Arturo tiró toda su huevá y yo tiré toda la mía, ahí nos fuimos con tutti. El Arturo dice: ¿cómo resolvemos esta huevá?. Pesquémoslos de a uno. Pesquémoslos, sentémoslos y que nos den su opinión”, recuerda Pedro.

Los interrogatorios comenzaron con los más autocríticos, los menos expuestos al fuego de Miguel. Cada cual verbalizó sus impresiones y fueron sumando lentamente a unos y otros. En esas reuniones se enteraron de cosas que todos no sabían: por ejemplo, que Gerardo era el fantasma. O que Pedro estaba siendo aislado y desinformado por expresa orden de Miguel. O que Miguel había ido a casa de los padres de los hermanos Vergara Toledo a contar cosas que supuestamente sabía sobre la muerte de su hijo Pablo y que Luisa Toledo y Manuel Vergara lo expulsaron a gritos, acusándolo de ser agente de la CNI, cuando intentó conseguir de ellos, más que proporcionarles, información.

La bola creció y se fue de las manos. Los militantes con parentela en la cárcel lo contaron allá y muchos entraron en desesperación. “Los PP sobre reaccionaron”, dice Pedro. Algunos de ellos enviaron de inmediato a sus hijos fuera del país.

Claudio supone que todo se desenmarañó de a poco tras la muerte de Pablo Vergara, cuando escuchó decir a su padastro, militante del MIR Gutiérrez, que el MIR del Nancho estaba infiltrado hasta el tuétano. Lo comentó con Javier. En el verano del 89, cuando Miguel se había ido de vacaciones, Javier volvió a casa de Claudio con otro compañero, David, y le pidió que repitiera lo que le había dicho tiempo atrás. La madre de Claudio, que escuchó todo eso y más, entró en pánico.

“De ahí todos los huevones, me acuerdo clarísimo esa huevá, sentados en el living de la casa de la Marcela Ortiz, cada uno más cagado de miedo que el otro, empiezan a contar la cantidad de huevas que este huevón les había hecho hacer a cada uno. Eso que te saquen

fotos con tunas, de que entrégame tu nombre con tu carné de identidad, del tipo de acciones que estaban haciendo, las veces que no se quien lo había visto en un auto solo, pero que no le permitía hablar con el otro, pero que en ese auto tenía una radio, una radio de comunicación, y ahí empezamos todos a cachar en qué hueva estábamos metidos...”, recuerda Claudio.

Asesorada por conocedores de la historia mirista, Victoria Serna hizo un par de preguntas claves a Miguel. Simulando mera curiosidad, la argentina lo interrogó sobre las circunstancias de la muerte en 1971 de Luciano Cruz, uno de los fundadores del MIR, y de Miguel Enríquez, en 1974. El comandante respondió con inexactitudes. Dijo que Cruz había muerto por inhalación de monóxido de carbono, cuando en realidad su fallecimiento lo provocó una estufa de gas, y dijo que Enríquez había sido abandonado en el enfrentamiento de calle Santa Fé, en San Miguel, por Andrés Pascal Allende, quien quería quedarse con el partido. Pascal no estaba el 5 de octubre de 1974 con el entonces secretario general del MIR.

En las discusiones ya ampliadas se barajaron al menos tres hipótesis: o Miguel era un loco; o dirigía o pertenecía a una fracción de fracciones en el MIR; o era derechamente un agente de la CNI infiltrado en el mundo revolucionario. Las dos primeras fueron descartadas por su inconsistencia. Nadie financiaría con esa abundancia de recursos a un desequilibrado o a un militante desprendido del tronco originario.

No todos supieron de la infiltración ni fueron advertidos del peligro. La mayoría votó por no decir nada a Gerardo y Pamela. Eric se había descolgado meses antes. También Manuel estaba sin militancia orgánica. Al vampiro lo marginaron del asunto y tampoco le informaron en un comienzo a Sergio, a quien Miguel alababa por su trabajo en la Villa Francia y por ello todos suponían cercanía y adhesión, y a David y Sebastián, quienes se matriculaban entre los más ultras de los ultras. Todos ellos se integraron al análisis colectivo cuando la neblina despejaba. El caso se mantuvo a puertas cerradas, sin notificación pública. Pedro se salió del protocolo al final y buscó a Manuel para comunicarle los descubrimientos y advertirle que se fuera.

Tras el pánico, hubo medidas. Chequearse rutinariamente, modificar hábitos y hasta cambiarse de casa. Marcela Ortiz se trasladó con su familia a las tres de la mañana a una nueva vivienda que no conocía Miguel. La policía allanó su antigua casa, el cuartel general de la R, tiempo después, con escándalo y excesos. A la nueva morada llegaron varios, Mónica, Arturo, Javier y Marcelo, entre otros. Sergio viajó a la playa. Pedro y David se ocultaron varios días en el lugar más impredecible de todos: la casa de los padres de los hermanos Vergara Toledo, en la Villa Francia. Precisamente donde nunca los buscarían por lo obvio del escondite. Estuvieron algunos días y Pedro decidió irse cuando su anfitriona los comenzó a confundir, dice, con sus hijos muertos y concluyó que su estadía la estaba afectando emocionalmente.

Sólo unos pocos mantuvieron los vínculos con Miguel. Marcela Ortiz, Iván y David, por el sector poniente, Sergio por la Villa. La rutina se intentó mantener, pese a que era evidente que el comandante ya oliscaba algo raro. Cuando saludaban a Pedro, los últimos días que estuvieron en contacto con él, Miguel y Felipe lo registraban sutilmente, abrazándolo o

palmoteándolo para cachearlo en busca de armamento. ¿Por qué se está distanciando la gente?, preguntaba Miguel a Sergio antes de reactivarlo moralmente con sus últimos llamados a la acción.

“Me comentó que para lograr objetivos más grandes y empezar a mover los cimientos de la dictadura y la capacidad operativa del pueblo había que prepararse para hacerlo como La Tablada”, cuenta Sergio, quien en esos días se hizo el tiempo para ir al Estadio Nacional a ver a la Universidad de Chile, dirigida entonces por Manuel Pellegrini, empatar con Cobresal y descender por primera vez en su historia a la Segunda División del Fútbol chileno. Eso fue el 15 de enero de 1989 y el hito le sirve para recuperar fragmentos desde su memoria.

Miguel mostraba ansiedad por la falta de gente y ya en abril le repetía a Sergio que había que hacer algo, demostrar grandeza, ejecutar un copamiento territorial, juntar a todos los que se pudieran reunir y destruir un transformador en San Pablo. El mismo donde murieron Eric e Iván.

Las dudas nunca se fueron por completo y siempre quedó un pequeño espacio para la interrogante más feroz: ¿y si Miguel era un genuino revolucionario al que le estaban preparando un entierro definitivo, desacreditándolo sin opción de defensa?. La claridad se puso más clara desde la cana: el MIR, todos los MIR, mandaron un mensaje: los ayatolas, supuestos militantes miristas, orgullosos milicianos de la Resistencia, no tenían en realidad ninguna relación con ninguna de las orgánicas y estructuras existentes. El desamparo, a esas alturas, fue total y absoluto. Y el miedo se propagó.

## **Tras los M-16**

Marcela Ortiz fue la primera que abrió las puertas a Miguel en el MIR y una de las primeras en cerrarlas, cuando la infiltración traspasó la mera sospecha. Murió en 2005 de un cáncer al peritoneo. Su marido era Humberto Trujillo, detenido por Carabineros en diciembre de 1983 mientras hacía entrar en la cajuela de un taxi al conductor del vehículo. Con otros miembros del MIR pretendía utilizar el automóvil en otra acción, regalar una ráfaga de disparos a un cuartel del Ejército, en las inmediaciones del Parque O'Higgins. Descubiertos en su tentativa, se trenzaron a balazos con la policía y en la persecución cayeron dos de cuatro. Uno de ellos fue Humberto Trujillo.

A fines de 1988 y comienzos de 1989, Trujillo vivía con Pascual. Por decirlo de alguna manera. Ambos compartían celda en la Cárcel Pública y la conversación diaria era inevitable. Pascual era uno de los tres miembros de la dirección del MIR Político en prisión y se enteró por boca de su compañero de sueño sobre la existencia de un nuevo grupo revolucionario que promovía la instrucción militar, empleaba armamento pesado y que para todo ello había reclutado a hijos de prisioneros políticos. A Pascual le pareció que, de alguna manera, eso rompía reglas no escritas de la prisión política: con los hijos, no. Menos aún con menores de edad. Le extrañó que hubiese castigos físicos, que se prohibieran las relaciones sentimentales en el grupo, que viajaran a la precordillera.

Marcela Ortiz le pidió a los muchachos que integraban el grupo que dejaran a Miguel, pero la negativa fue tajante y hasta acompañada de amenazas: ¡Marcela, ándate mejor, que nos mandaron a hacerte la boleta!, le decían según recuerda Humberto Trujillo.

Pascual inició las pesquisas y pidió hablar con uno de los muchachos involucrados. Inicialmente renuente, Marcelo se entrevistó con él. Se negó a hablar y Pascual debió subir el tono: le recordó que era miembro de la dirección del MIR y que si no confiaba en él, pues ya no podía confiar en nadie.

Tempranamente, el investigador ad hoc se percató que todo era una locura, que ninguna estructura regular del MIR podría haber ideado un grupo como aquel, con jóvenes que no eran clandestinos, sino demasiado expuestos, con visitas constantes a la cárcel, con familiares directos detenidos, procesados o condenados. Pascual quedó a cargo, por parte de la Dirección, de hacer la indagación, compartimentada y reservada. Y llegó a contar siete u ocho parientes de presos políticos involucrados en la infiltración. Pese a la evidencia, persistían dudas, pues la profusión de grupos descolgados, sin dirección alguna, haciendo o intentando reorganizar la actividad revolucionaria, hacía difícil la identificación certera de Miguel y su Resistencia.

Pascual entrevistó también a Marcela Ortiz y conversó con abogados del Comité de Defensa de los Derechos del Pueblo (Codepu), en ese tiempo hegemonizado por el MIR Político, pero que incluía otras militancias y estructuras partidarias. Pascual tampoco recuerda con precisión -como todos, dos décadas después-, pero asegura que el caso lo discutió con el MIR extramuros, probablemente con Jécar Neghme y Osvaldo Torres, reconocidos dirigentes del partido.

Una de las primeras medidas fue chequear con las otras organizaciones de izquierda en prisión si reconocían paternidad sobre Miguel y su trabajo político. En la cárcel hablaron con las otras direcciones. Lo primero a despejar era el MIR Militar. Pascual habló con uno de los dirigentes de esa orgánica en prisión, quien le negó que vinculación con el sospechoso. Lo mismo respondieron el FPMR y el Movimiento Juvenil Lautaro. Un poco más costó con el MIR de Pascal Allende, donde no había información orgánica cierta en las afueras de la prisión y se admitía la opción de un comandante desconocido operando sin conocimiento del resto de la organización. Tras averiguaciones internas, también se descartó. Pascual escribió un informe detallado con las incongruencias del caso y lo entregó a Fernando Zegers, presidente del Codepu, para su difusión.

Los otros muchachos también relataron sus experiencias a sus familiares detenidos. Fue Javier a hablar con su padre y Sebastián con sus primos. Sebastián asegura que lo que sorprendió al MIR carcelario fue la existencia de una Ingram M-10, un subfusil pequeño con alto poder de fuego que ninguna organización de izquierda chilena tenía en su poder y que Miguel había llevado a más de una instrucción. Ninguna orgánica de izquierda la contabilizaba entre sus pertrechos. A Pascual también le extrañaron las armas exhibidas. Y eso que en su organización los había. “Eran las paradojas de la división. El MIR Político era el que tenía más fierros”, cuenta con años de distancia.



Pascual habló con militantes miristas en libertad y pidió colaboración para una misión reservada y peligrosa. Dos ayudistas aceptaron intentar fotografiar a Miguel en las calles. Marcela Ortiz accedió a su vez a coordinar un punto con el comandante para, en una operación sigilosa, simulada, retratarlo desde lejos. La acción nunca prosperó: a Pascual le dijeron que las circunstancias no se dieron, que había movimientos extraños en la zona, que eran insuficientes los medios técnicos, los lentes, las máquinas fotográficas. Más de un ayatola jura y re jura que las fotos se tomaron, pero nadie tiene registro de ello y ningún otro testigo guardó en su memoria alguna imagen en papel de Miguel.

La otra operación conducida desde la Cárcel Pública fue la salida masiva del país. La cárcel colaboró con recursos. Sacaron dinero del economato que utilizaban para financiar cosas propias y agregaron al esfuerzo otra gestión más significativa. Ahí actuaron los tres miembros de la dirección del MIR Político en prisión, citaron al encargado de financiamiento del Codepu, le contaron a grosso modo el caso y le pidieron entregar todo el dinero que tuviese disponible en la caja del organismo.

- Pero negro, ¿y la Dirección del Partido qué dice? ¿Y qué va a decir el PC? ¿Quién va a responder por esto? - dijo con cara de estupefacción.

- Nosotros, respondió Pascual, conciente de la expropiación de dineros al Codepu, para una causa mayor.

El contacto efectivamente entregó el dinero y Marcela Ortiz organizó la repartición del efectivo para la salida, por buses o aviones. Unos primeros, otros después.

Poco antes del cierre de ese capítulo, Miguel intentó otra operación aún más audaz: fijar contactos con el FPMR en la cárcel. Escribió de su puño y letra mensajes minúsculos que ocultó en calugas, pequeños envoltorios que Marcela Ortiz, la intermediaria, ocultaba entre sus ropas al entrar a prisión. El destinatario era el Sacha, Juan Moreno Avila, uno los fusileros que el 7 de septiembre de 1986 atentó contra Augusto Pinochet en el Cajón del Maipo, el primero en ser detenido tras esa acción y quien habló bajo tortura, ganándose el recelo y la desconfianza de sus compañeros de organización. Miguel buscaba a través de un rodriguista conocido, emblemático, acceder a las armas internadas también en 1986 por Carrizal Bajo, en la III Región del país, y que no habían sido requisadas por la CNI ni los militares. En su primer mensaje, Miguel contaba que dirigía un grupo revolucionario, formado por jóvenes dispuestos, entregados, convencidos de la lucha sin cuartel. Su segunda misiva era más directa: derechamente pedía acceso a parte del arsenal oculto del rodriguismo, a los fusiles M-16, esenciales para una acción de factura mayor, el ataque a un regimiento. Miguel solicitaba vínculos fuera de la cárcel y probablemente no sabía que su intercambio era interceptado. Cada vez que entraba con una caluga, Marcela la entregaba primero a su marido, quien abría cuidadosamente cada epístola, la reproducía y la volvía a empaquetar antes de entregar al Sacha. El MIR Político seguía en detalle el intercambio y su dirección informó reservadamente a los superiores del Sacha en prisión, la dirección del FPMR Autónomo, sobre la naturaleza del intercambio y las sospechas sobre su interlocutor externo. El Sacha jamás respondió afirmativamente a los requerimientos de Miguel, cuenta Trujillo. Otra versión, más cinematográfica, pero probablemente menos verídica, apunta

que el contacto en el exterior estuvo a un paso de realizarse y que Miguel tuvo al alcance de la mano, y de la mira, los fusiles de Carrizal. Y la puerta abierta al FPMR.

## **Entran los abogados**

Fernando Zegers ponía el ejemplo de Mahatma Gandhi y su oposición pacífica a la dominación británica en la India cuando discutían en el Codepu sobre la defensa legal de los presos políticos. Abogado de la Universidad de Chile y militante mirista, Zegers era partidario de sus métodos, pero no en cualquier circunstancia. "¿Los métodos de lucha del Mahatma habrían sido viables con Adolfo Hitler?", preguntaba en voz alta en las discusiones con los otros abogados y dirigentes del Codepu. "Yo pienso tajantemente que no", se respondía.

A principios de los '80, la Vicaría de la Solidaridad defendía a varios presos políticos, pero se negaba a patrocinarlos a todos. La ex presidenta del Codepu, Fabiola Letelier, recuerda que mientras la Vicaría se negaba a defender a los presos involucrados en hechos de sangre, en atentados a la vida, el Codepu enarbolaba la tesis de la defensa universal. "Levantamos el derecho a defensa amplio", dice Letelier.

El primer caso fue el de Guillermo Rodríguez Morales, el ronco, militante de la Fuerza Central del MIR acusado de asesinar a un agente de la CNI. Zegers lo defendió en un Consejo de Guerra en el Regimiento de Artillería Motorizado Número Uno Tacna. A ese juicio siguieron decenas. Centenas. El Codepu -que no era sólo un staff de defensa jurídica, sino un vehículo para promover la reconstrucción de las organizaciones de masas y contribuir a la rearticulación social- asumió la representación legal de muchos de los presos políticos del MIR. Por ese vínculo llegaron los ayatolas a las oficinas de calle Bulnes, en el centro de Santiago.

Hiram Villagra, abogado de derechos humanos que acumulaba en ese 1989 uno o dos años en el Codepu, dice que los jóvenes llegaron tras las dudas de Marcela Ortiz, la que, impulsada por el MIR en prisión, buscó asesoría legal y política especializada.

La olla se destapó a fines de febrero. Villagra se ayuda de un hito nacional para datar las remembranzas. El lunes 13 de marzo de 1989, Estados Unidos comunicó que había descubierto dos granos de uva contaminados con cianuro provenientes de Chile. La mayor economía del mundo suspendió todas las importaciones y comercialización de fruta chilenas. El jueves de esa semana, el mismo día en que el miembro de la Junta de Gobierno y comandante en jefe de la Armada, José Toribio Merino, acusaba que el caso era una acción malévolamente contra Chile, cocinada desde el interior por los comunistas, y que en las calles se distribuía gratuitamente la fruta no exportada, en la sede del Codepu estaban escondidos varios militantes de la R programando su salida del país. Hasta ahí habían llegado veinte días antes, afirma Villagra.

Zegers se encontró dos o tres veces con los muchachos, a quienes describe con un miedo infinito, aterrador. El caso lo manejó directamente con Villagra y lo encomendó a los asistentes sociales y al departamento jurídico.

Lo primero que hubo que distinguir era si era un genuino episodio de infiltración o un evento de exceso de radicalización. Rápidamente se concluyó lo primero. Villagra cuenta que las organizaciones milicianas de ese tiempo no tenían los fusiles proporcionados por Miguel y que tampoco involucraban en forma tan irresponsable a menores de edad. Pero lo que inclinó la balanza sin dudas fueron las fotografías. En sus manos, Villagra recuerda haber tenido una imagen, impresa en papel fotográfico, con dos jóvenes encapuchados, cada uno con un fusil, frente a un púlpito de una iglesia, delante de un retrato del padre Enrique Alvear. La intención era clara: la CNI estaba construyendo el andamiaje para futuros allanamientos y represalias. “Esto no tiene dos lecturas”, les decía la gente del Codepu a los aún dudosos revolucionarios.

En paralelo, igual que en la cárcel, pero ahora fuera de ella, se hicieron contactos con las cúpulas de las organizaciones políticas, sobre todo de las varias facciones del MIR y hasta se preguntó a los respectivos voceros en el exilio por su conocimiento del tema. Ninguna orgánica reconoció a Miguel ni actividad operativa en las áreas donde la R funcionaba.

Los profesionales del Codepu entonces decidieron replicar en este caso una práctica habitual de los organismos de derechos humanos, constituir pruebas previas de un eventual delito futuro vía declaraciones juradas. Varios de los militantes de la R accedieron a hacerlo. Relataron sus experiencias a los abogados, las que luego fueron legalizadas ante notario, con la fecha de su realización y los nombres reales de los militantes. Se cuidaron, por recomendación legal, de exponer en sus declaraciones autoinculpaciones de las acciones militares realizadas, las instrucciones militares en la Iglesia y el objetivo final de asaltar un regimiento. También se omitió la intención de atacar contra las oficinas del Fasic, la Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas que también defendió con ahínco los derechos humanos en los años 80, y contra Jécar Neghme, algo que Miguel planteó en cuatro ocasiones, en la última de las cuales extrajo un arma cortante de sus ropas antes de exhortar: “Hay que matarlo con este corvo”. Las declaraciones pre documentaban con antelación la existencia de algo irregular. Así, si algo grave ocurría en mayo o junio, el Codepu podía demostrar que en febrero o marzo ya un presunto agente de inteligencia digitaba todo desde la clandestinidad. Los seis o siete textos, de una carilla y media cada uno, fueron guardados, por precaución, fuera de las oficinas del Codepu y cada muchacho se llevó consigo una copia. En el organismo no tienen hoy respaldo de esas declaraciones.

Lo que siguió fue una operación en la que el Codepu intervino, pero en la que pidió colaboración a cuadros externos, a su red de apoyo: la salida organizada de los militantes y la divulgación de la infiltración. Villagra dice que esto último fue una decisión política y que ex profeso se decidió publicarlo en Pluma y Pincel, ligado al PC, y no en Página Abierta, medio vinculado al MIR Político. Los abogados del Codepu revisaron el artículo, antes de su publicación, para evitar que se deslizaran datos comprometedores, y tras chequear que había salido del país la mayoría de los involucrados.

“Lo de la Pluma y Pincel no era parte del acuerdo”, reclama con 20 años de tardanza David. Molesto aún con Fernando Zegers, dice que en el Codepu les aseguraron que las declaraciones juradas eran respaldos en caso de muerte y que serían utilizadas sólo si alguno caía sin posibilidad de volver a levantarse. No estaba en los registros de ninguno, agrega, que fuesen publicados extractos de sus relatos.

También cuestionan el rol del Codepu en la preparación de la salida: que el organismo estaba dispuesto a financiar sólo el escape de los familiares directos de presos políticos del MIR y nadie más. Por eso, aún a la distancia, y ya sin ella, aplauden sin dudas la actitud de Marcela Ortiz, quien forzó al Codepu y al MIR a ayudarlos a todos, a asumir que todos los jóvenes que estuvieron dispuestos a dar su vida por la causa revolucionaria, tuvieran o no ascendencia en la cárcel, merecían ayuda. “Peleo, peleó, peleó, y dijo que ella no salía si no salían todos”, recuerda David. Marcela Ortiz fue la última en irse, por avión, poco antes de la muerte de Iván y Eric. Villagra admite que la tesis inicial era sacar a los más comprometidos en la infiltración, los hijos de los presos políticos, pero que finalmente imperó la idea de sacar a todos los que quisieran y pudieran. Entre medio, incluso Miguel ordenó acciones menores, asaltos de poca monta, que el Codepu conoció, pero que no pudo evitar para no afectar las apariencias y ganar tiempo para reaccionar.

Pedro también recuerda un episodio tenso y difícil. Fernando Zegers era partidario de destapar todo el caso con ruido y altavoces, llevar la causa a la justicia, la prensa y los partidos políticos. Para ello se requería la principal prueba: el relato y asistencia de sus protagonistas. Los jóvenes querían abandonar todo y dejar Chile. Pedro dice que la discusión con Zegers fue dura. “Si estuviese un hijo tuyo involucrado, de seguro estaría fuera del país”, les espetaron Pedro y Arturo con rabia.

Zegers reconoce hoy que hubo dos opciones: “Abrir la olla, asumir y enfrentar el tema desde el punto de vista legal, formal, judicial, con todas las consecuencias, o atender a aquellos factores que podían tener relación con la vida, la libertad, la seguridad de los jóvenes y con su disposición real a perseverar o no del camino judicial”. Los ayatolas impusieron la urgencia de borrarse del país.

En los días previos a la publicación de la Pluma y Pincel, conscientes de sus inminentes consecuencias y esperando hacer retroceder, descubierta en público la operación, a la CNI y a Miguel, y establecer con ello un cortafuego para proteger a presos políticos, familiares y estructuras del MIR, Hiram Villagra dice que el Codepu avisó a los que quedaron en el país que se escondieran y se alejaran de Miguel. Incluso supieron que el comandante los había citado a San Pablo el 18 de abril, a la ratonera donde cayeron dos de sus discípulos. La recomendación fue no ir, dice Villagra. Iván no hizo caso.

## **A Managua, escala Buenos Aires**

La paranoia era mayúscula. Cuando salían de casa, jamás lo hacían solos. Siempre caminaban de a dos o tres. Gerardo está seguro de haber visto, junto al Garrincha, de la Villa Francia, a Felipe, el supuesto jefe revolucionario de Miguel, sentado en un bus en

Mendoza. También creyeron ver a Miguel en una plaza de esa ciudad, adonde habían llegado en la escapada. La sicosis generó reacciones incontrolables, desconocidas. La auto persecución mental continuó pese a que ninguno estaba en Santiago y que Miguel aseguraba a esas alturas su propia impunidad a cientos de kilómetros de distancia, en el caso de los refugiados chileno-mendocinos, a 1.590 kilómetros de los refugiados chileno-bonaerenses.

El primero en salir de Chile, producido el descalabro, fue Claudio, a fines de febrero o comienzos de marzo, en avión, vía Lima, hasta Cuba. Se fue solo. Su madre, en shock por el temor a represalias, decidió enviarlo de inmediato al exterior: ya había perdido a su marido y su hermano en la lucha con la dictadura y no quiso agregar el cadáver de su hijo a sus visitas al cementerio. Claudio llegó con un mal contacto a La Habana y por casualidad terminó en una casa en Alamar, refugio de los chilenos exiliados en Cuba, por varios años.

Le siguió Sebastián, otro con parentela en la cárcel, quien huyó con destino a Argentina, donde el grueso de la R se reunió tras la salida. Se fue, dice con precisión milimétrica, el 13 de marzo. Viajó en avión, días antes que su primo, el tribilín, quien no tenía aún en esa fecha permiso de sus padres. Arrancó con urgencia, porque por el partido supo sin comprobarlo que la policía lo buscaba por la muerte de dos carabineros. Y también salió por aire. Fue la primera oleada, los casos más urgentes, los más estrechamente vinculados a la cárcel. Entre ellos también estuvo Javier, quien partió con rumbo desconocido y dejó a padre y madre en prisión. Luego vino el resto.

David se fue en bus con el chino, de la Villa Francia, el 4 ó 5 de abril, dos días después de su último encuentro con Miguel. Otros dos se fueron ese mismo día en otro bus y al día siguiente, otros, todos con destino a Mendoza. Siempre en parejas, jamás en solitario. Marcelo se fue en avión con Pedro también en esos días. Cuando cumplió los 21 años, el 6 de abril, Pedro ya estaba en Buenos Aires.

La última del núcleo Pudahuel-Quinta Normal en salir fue Marcela Ortiz, en los días en que Pluma y Pincel se aprestaba a publicar el artículo que desbarataba todo. Era la edición datada el 20 de abril, dos días después de que mataran a Iván y Eric. David dice que a Marcela le entregaron dos pasajes en avión y le dijeron: vete ya, que esto se publica en dos o tres días y ya no lo podemos parar.

En esa misma fecha, Mónica y Arturo tuvieron dificultades para salir porque, reza el mito, no tenían dinero para hacerlo. Otro mito peor dice que para financiar el escape vendieron información a la revista Pluma y Pincel, que en su segundo reportaje enumeró una detallada lista de acciones que protagonizó esta R, enumeración que no estaban incorporada en las declaraciones juradas. Alguien había contado de más. El Codepu no quiso financiar la salida de una extranjera en la que no podían confiar a ciegas, dicen los ayatolas. Ex periodistas de la Pluma y Pincel dicen que jamás la revista pagó por información.

Antes de salir definitivamente hubo un frustrado intento de cruzar la frontera. En buses, cuatro jóvenes intentaron viajar a Argentina atravesando el Paso Los Libertadores, pero uno de ellos levantó sospechas por no portar dólares suficientes para su efectivamente falsa

condición de turista. No lo dejaron entrar y todos decidieron, entonces, devolverse y volver a intentarlo después.

A los que estaban desvinculados de la R no había urgencia de sacarlos del país. A varios, antes de irse, se les avisó lo que ocurría. Esa misión también se reservó Iván, quien decidió quedarse porque su padre, pinochetista declarado, tenía problemas al corazón y un notición de ese tonelaje podría dañar irremisiblemente su salud. Así pasaron algunos meses antes de que los otros ayatolas, los descolgados, pudieran irse de Chile: Pamela y Gerardo cruzaron la frontera en la última semana de mayo de 1989, ayudados por el PS, y Manuel partió en julio, con apoyo del MIR Gutiérrez.

Al llegar a Buenos Aires, Pedro y Marcelo no sabían dónde ir, qué hacer. Siguieron la recomendación de una pareja en el aeropuerto y los acompañaron hasta su hotel, donde se mantuvieron durante días hasta que se percataron que el escaso dinero que llevaban consigo se les agotaría rápido, dado el alto costo de las habitaciones que ocupaban. Ninguno de los ayatolas manejaba, en país ajeno, las proporciones del dinero y la moneda local.

Todos, en uno u otro tiempo, fueron acercándose a Buenos Aires. Llevaban puntos y conexiones entregadas en Chile por gente del partido, pero pocos contactos resultaron, o no los encontraban o no conseguían ayuda alguna. La mayoría recurrió, más temprano o más tarde, al Caref, una asociación sin fines de lucro auspiciada por cuatro iglesias evangélicas dedicada a la ayuda a migrantes y refugiados. Desde ahí lograron ubicar trabajos remunerados e insertarse en la capital trasandina. A otros los ayudó un organismo de Naciones Unidas.

Al cabo de algunos días en Buenos Aires terminaron instalándose en una casa tomada, de tres pisos, en el centro de la ciudad, cerca del obelisco y el corazón comercial de la capital. Un chileno, al que llamaban el abuelo, y su pareja habitaban el lugar. Era una ocupación ilegal que nadie reprochaba, habitual en el Buenos Aires de fines de los '80. Los ayatolas fueron agregándose uno a uno y ya para la segunda quincena de abril había varios viviendo en la misma casa, acostados en el suelo, uno al lado del otro, con sacos de dormir en el piso, casi como un regimiento. Estando ahí se enteraron de la muerte de Iván y Eric y cayeron en un sopor colectivo. No recuerdan si fue por televisión o por periódicos que supieron del enfrentamiento en calle San Pablo. La consternación nubló los ojos de todos. Pedro recuerda haber llorado en el balcón, solo. En la misma casa ya estaban Pedro, Marcelo, David, Marcela Ortiz, Sergio, Mónica y Arturo. En la casa tomada estuvieron hasta octubre, cuando debieron dejar el lugar y reubicarse por separado en distintos lugares. Varios se fabricaron rutinas nuevas, distintas de sus hábitos chilenos. David y Pedro comenzaron a trabajar en la Universidad de Buenos Aires en labores administrativas. Javier llegó luego al grupo y junto a otros, como Marcelo, retomaron sus estudios secundarios. Ambos bordeaban recién los 16 años y se habían convertido en fugitivos por razones políticas.

En Buenos Aires, mientras convivían con la hiperinflación de Raúl Alfonsín, reactivaron conexiones con la izquierda chilena y se reunieron con delegaciones del MIR y del FPMR interesadas en conocer la historia, buscar sus debilidades, recopilar información. Algunos

de esos grupos les ofrecieron ir a Cuba a prepararse, comenta Sergio. Otros ofrecieron otro destino: Nicaragua.

Los ayatolas alcanzaron a robar cosas para preparar el viaje desde Buenos Aires a Managua. No fueron grandes asaltos, no fueron bancos ni camiones de transporte de valores. Fueron supermercados, no sus cajas registradoras, sino las góndolas, de a poco, como hormiga, uno a uno. Desodorantes, pastas de dientes, cosas menores que en la capital de Nicaragua no abundaban. Los ayatolas se habían impuesto la misión de seguir la inacabada guerrilla chilena a miles de kilómetros de distancia, en la centroamericana revolución sandinista. Visitaron la esmirriada embajada nicaragüense en Buenos Aires y la respuesta fue: con mucho gusto, entrenamiento guerrillero, claro está, pero financien su viaje hasta allá. Mónica estimuló un periplo a lo Ché Guevara, saliendo de Argentina y remontando el mapa hacia el norte por tierra. Sus planes encontraron ahora frontal oposición de parte de Marcela Ortiz, que abortó sus planes arrastrando a los jóvenes que todavía la seguían a desembarcarse de la loca aventura. La profesionalización guerrillera, en todo caso, y sin que ese fuese el objetivo, por cierto, la aniquilaron de manera definitiva los mismos sandinistas, quienes perdieron las primeras elecciones tras diez años de revolución en febrero de 1990 a manos de Violeta Chamorro. El golpe a los revolucionarios centroamericanos alcanzó también a los seguidores sudamericanos, que esperaban seguir su carrera en Nicaragua. Los ayatolas chilenos debieron conformarse con seguir bajo Carlos Menem en Buenos Aires, que reemplazó antes de tiempo a Raúl Alonsín.

El único que llegó a Nicaragua fue Claudio. Desde Cuba, a principios de los 90 integró una brigada internacional que viajó a Managua a cortar caña de azúcar y café. Un día, con otro joven chileno, hijo de un comandante del FPMR, dejó su brigada y fue a una jornada de instrucción militar. Por primera vez, lejos de Santiago de Chile, disparó, de verdad, armamento de guerra. Ahí lo recorrió el afán de quedarse, de emprender la irregular vida revolucionaria. Hoy agradece que no lo hayan dejado hacerlo. “Un mes después pierden las elecciones y se acabó todo, se empieza a caer el muro y todo lo demás”, recuerda Claudio.

Otras opciones internacionalistas más cercanas estuvieron al alcance de la mano. Manuel había vuelto a entrar y salir de Chile dos veces desde Mendoza. Cuando regresó a radicarse a Santiago, en noviembre de 1989, se vinculó con el denominado bloque mirista y tomó una decisión que pudo cambiar su futuro: ir a Perú a combatir junto a organizaciones revolucionarias de ese país. Estuvo a dos semanas de partir, pero dos hechos lo impidieron: su pareja quedó embarazada y en Perú detuvieron a un conjunto de militantes chilenos ligados al Movimiento Revolucionario Tupac Amaru. La perspectiva de la cárcel fuera de casa anuló cualquier intento por resucitar su motín guerrillero.

Desde Buenos Aires comenzaron el retorno un año después. Justo un año después. David fue el primero. El 3 de abril de 1990, cuando no terminaba el primer mes de gobierno de la Concertación de Partidos por la Democracia, con su primer Presidente, Patricio Aylwin, decidió sin más gastar el dinero que mes a mes le daban por su trabajo universitario. Su padre le había escrito instándolo al retorno y recordándole la llegada de la democracia. Por curiosidad, David fue hasta la Terminal de buses y consultó precios. Calculó cuánto debía a otros y apartó ese dinero, compró un par de cajetillas de cigarrillos y pagó el pasaje de regreso a Santiago. Esa noche, en torno a una mesa en la que tomaban mate y jugaban

dominó o cartas, David anunció que volvía a la patria. Nadie le creyó y tuvo que mostrar el pasaje de regreso. Al día siguiente, subió al bus que lo trajo a Chile.

## **Carlos Renato Quiroz**

“Los compañeros Alfredo Canales Moreno y Marco Rodríguez Ortega son militantes del MIR e integrantes del EGP-PL, destinados a tareas internacionalistas de nuestra organización (...) Nuestros compañeros, junto a Mauricio Hernández Norambuena, militante histórico del Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), han sido tomados prisioneros en Brasil, al ser vinculados indirectamente y en su fase final, con una acción partidaria que en nada está emparentada con la delincuencia propia de los grandes ladrones y usurpadores del sistema. Una acción política, necesaria y compleja, pues para nosotros el sufrimiento humano no hace parte de nuestras propias utopías”.

La declaración pública la firmaba en mayo de 2002 el Ejército Guerrillero de los Pobres-Patria Libre, una de las varias vertientes del MIR, nacida a principios de los años 90 como otro apéndice de la matriz común. Tres meses antes, Canales, Rodríguez y Norambuena habían sido detenidos y acusados del secuestro de Washington Olivetto, dueño de W Brasil, agencia que controlaba en ese tiempo buena parte del mercado publicitario de ese país. La prensa intentó reconstruir algo de sus biografías. Alfredo Canales, unos pocos años mayor que Marco Rodríguez, había viajado en 1991 a Nicaragua a un curso de guerrilla y participó un año después en un asalto a un banco en Coquimbo. Militaba en el MIR EGP-PL. Mauricio Hernández no requería mucha búsqueda. Mítico integrante del FPMR, militante en su juventud del Partido Comunista en la V Región, el denominado comandante Ramiro participó en el frustrado atentado a Augusto Pinochet el 7 de septiembre de 1986 y fue acusado más tarde de ordenar el asesinato del senador UDI Jaime Guzmán y el secuestro de Cristián Edwards. En diciembre de 1996 se fugó de la cárcel en un helicóptero.

Marco Rodríguez, el tercero, ya no se hacía llamar Javier, como cuando militaba en la R de Miguel, a fines de los 80. Ahora tenía una identidad falsa más elaborada: Carlos Renato Quiroz, ciudadano argentino.

El fiscal Marco Antonio Ferreira acusó a los tres chilenos, más dos colombianos y una argentina que cayeron en febrero de 2002, de tener secuestrado a Washington Olivetto durante 53 días en una pieza de un metro y medio por tres, sin luz natural ni ventilación, impedido de tener contacto incluso con sus plagiadores. Pidieron 10 millones de dólares de rescate y al día siguiente del rapto enviaron un ramo de rosas que escondía el reloj del publicista a su mujer. Fue el inicio de las negociaciones, las que siguieron con recados de motoristas contratados para entregas simuladas y, tal como en el secuestro de Edwards, en Chile, con mensajes publicados en avisos económicos de la prensa brasilera. El procurador del caso acusó también a otros chilenos de haber cometido el delito: los frentistas Pablo Muñoz Hofmann, también rescatado por aire en 1996 de la Cárcel de Alta Seguridad, y Raúl Escobar Poblete, alias Emilio, acusado de matar a Guzmán, y el mirista Cristián San Martín, a quien Ramiro llamó por teléfono cuando fue apresado ordenando la liberación de Olivetto.



La acusación de la fiscalía brasileña identificó a Hernández Norambuena como el jefe de la operación, a Canales como su segundo y a Rodríguez como el encargado de informática. Los colombianos y la argentina estaban a cargo del transporte y la búsqueda de los inmuebles. San Martín arrendó el lugar de cautiverio.

A los seis meses de la detención, una jueza condenó a 16 años de prisión a los seis involucrados. Un tribunal superior cambió la condena en noviembre de 2003: 30 años para cada uno. Desde esa fecha, todos están encerrados en diferentes penales brasileiros.

En el juicio, reportó la prensa chilena, Hernández Norambuena contó que en 1998, dos años después de escaparse de la CAS en Chile, se encontró con Canales en Buenos Aires. Más tarde se les sumó Marco Rodríguez. Hasta esa fecha, Marco tuvo una ruta desconocida. Tras abandonar Chile en 1989, arrancando de Miguel, estuvo en Argentina con los ayatolas. Compartió casa con ellos, se ligó a un comité de ayuda a inmigrantes y volvió a estudiar. Sus compañeros dicen que se obsesionó con la fotografía y que en esos tiempos quería continuar sin límites el camino de la revolución. Marcelo recuerda una conversación de dos: Marco le propuso alistarse juntos en las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc). “Yo era soltero. Lo quedé mirando, nos fuimos a comer una pizza y le dije: sabe qué compadre, estoy aburrido de esta huevá, quiero puro irme a mi país, quiero terminar de estudiar y no saber ni una huevá más”. Otro recuerda que Marco se fue a Brasil y Claudio dice haber recibido en Cuba -donde iba frecuentemente a preguntar a Cubana de Aviación por la probable llegada de su amigo- fotos suyas en playas de Rio de Janeiro. Más tarde, Marco volvió en Chile.

Una mínima reseña de su vida que circula en internet dice que en los 90 tuvo una activa participación en organizaciones populares en el sector sur-poniente de Santiago, trabajando durante años en la radio Villa Francia. Estudió en la Universidad Arcis y de un día para otro sus ex amigos le perdieron la pista. Todos se enteraron, por distintas vías, que Marco se había ido al sur, a trabajar en una empresa forestal, a vivir la vida de campo. Todos creen que no estuvo allá. O que si estuvo, fue poco tiempo, trabajando políticamente en zona mapuche, algo que el EGP-PL promovía. Todos creen que, en realidad, había dirigido sus pasos hacia la guerrilla colombiana, la que lo acogió hasta que se topó con Ramiro, Olivetto y la cárcel de alta seguridad en Brasil.

“Encuentro sin nombre todo lo que le pasó. Más encima, esta hueva que le pasó ahora: se va a podrir en una cárcel brasileña, ¿sabes lo que es esa huevá?. Es un tormento del infierno. No sé que habrá hecho en la vida anterior para merecer la vida que tiene ahora. La cagó. Me sorprendió que no hubiera aprendido. O a lo mejor yo estoy equivocado y no había nada que aprender”, reflexiona Claudio, sin ocultar su pena y su rabia en un café en el Barrio Brasil, dos décadas después de conocer a Javier en el Colegio Nuestra Señora de Andacollo.

## **La Oficina**

Nadie nunca más supo de Miguel y en torno a su destino se tejieron especulaciones y mitologías. En el MIR se decía que el supuesto agente de seguridad siguió infiltrándose en

otras zonas de la Región Metropolitana meses después de descubierta la operación mayor. Coinciden en ello dos militantes orgánicos de aquella época. Pascual supo desde la cárcel que Miguel había intentado replicar el mismo esquema subversivo en la zona sur de Santiago, incluso en contacto con ex PP que fueron citados desde la prisión para aclarar el asunto y nunca se reportaron. Miguel había sido visto en la Población Cardenal José María Caro, en la comuna de Lo Espejo. Hiram Villagra, del Codepu, escuchó lo mismo siete u ocho meses después. Miguel se siguió mostrando en la zona sur, tratando de organizar grupos y atribuyendo la acusación de infiltración a una infamia del MIR Político destinada a desacreditar a las organizaciones verdaderamente revolucionarias. “Eran rumores confirmados, fundados. Cabros que lo conocían decían: Miguel se apareció en el acto X y llamó a tal cosa”, cuenta el ex jurista del Codepu.

De vuelta en Santiago, Marcela Ortiz, con su marido ya fuera de prisión, fue la única que volvió a ver al comandante. Trabajaba como niñera en la casa de un compañero del MIR y un día, de tránsito por Ñuñoa, Miguel se le acercó en una moto. Se sorprendió, pero no se asustó y lo encaró: “No te tengo miedo”, le dijo. Miguel respondió que si hubiese querido dañarla, ya lo habría hecho. La halagó, alabó su inteligencia y le propuso trabajar con él. No le dijo en detalle en qué tareas, pero la invitó a colaborar y la citó a un futuro encuentro en la estación de Metro Los Héroes. Marcela Ortiz se inquietó de verdad cuando Miguel hizo aspavientos de la cantidad de información que manejaba, sabía dónde vivía ella y los suyos -una casa esquina grande, en Lo Prado, le dijo-, que su marido Humberto Trujillo seguía vinculado al MIR y lo que hacían sus ex subordinados. Marcela Ortiz preguntó por qué había matado a Iván y Eric y el infiltrado respondió que había sido un castigo, dice David que Marcela contó después sobre el encuentro premeditado.

Marcela y su marido decidieron hacer algo. Humberto Trujillo visitó al entonces diputado PPD Jorge Schaulsohn -a quien conocía en su calidad de ex vocero de los presos políticos, cuando en el Congreso se discutieron leyes a favor de la excarcelación- y le pidió consejo. Schaulsohn le consiguió una cita con Marcelo Schilling, quien dirigía la Oficina de Seguridad Pública, el organismo de inteligencia creado por el gobierno de Patricio Aylwin, instalado en La Moneda desde el 11 de marzo de 1990. Al palacio presidencial fueron Trujillo y su esposa. Trujillo cuenta que Schilling dijo conocer la historia de Miguel por lo que había publicado Pluma y Pincel en abril de 1989.

- ¿Qué quieren que haga?, les preguntó Schilling cuando escuchó el relato.

- Que nos acompañen a lo lejos, con una filmadora o una cámara fotográfica, y fotografíen e investiguen al tipo, de qué rama proviene, si es un agente del Estado- respondió Trujillo.

El ex mirista cuenta que Schilling le respondió algo insólito. Que se reunieran con Miguel, que pidieran otro punto, una semana después, y que él intentaría buscar un equipo de confianza para chequear al supuesto agente. “Eso me pareció raro; si estoy a cargo de un organismo de seguridad del Estado, tengo gente de confianza y los medios suficientes para filmar a cualquier persona. Le dijimos que bueno, no más. Salimos y la Marcela me dijo: estai huevón, vamos a ir donde el Miguel y nos va a matar a los dos, mejor no vamos. Y si nos quiere matar, que nos mate no más, ¿qué vamos a hacer?, si ya no podemos hacer nada

más. Así que no fuimos al punto y no volvimos a ir donde Schiling y donde Schaulsohn”, afirma Trujillo.

Schilling no recuerda ahora el episodio, aunque concede que puede haber sido cierto y dificulta con vehemencia que haya habido un amago siquiera de investigar el asunto desde La Oficina. "La política era que a los ex presos políticos no había ni que pescarlos y sólo que debían reinsertarse (...) Por norma, ninguno de esos huevones debía participar en desarticulación de nada", dice al teléfono.

**- ¿La Oficina investigaba en esa fecha si había ex agentes de la CNI operativos?**

- No, porque era muy riesgoso. No teníamos ni los medios ni las competencias, asevera el hoy diputado PS.

Años después, Trujillo escuchó otro rumor. Un abogado le dijo, a mediados de la década del 90, que Miguel estaba en Carahue, en la IX Región, en plena zona mapuche. Nunca más escuchó hablar de él.

## **Fluoxetina y alprazolam**

A todos les quedó algo. Claudio siente que recuperó su adolescencia en Cuba y que aprendió una lección vital: lo único importante en la vida es la familia, a los hijos no se les puede abandonar en nombre de nada. La parte de su generación que hizo una apuesta total por la conjunción entre política y armas quedó diezmada, malherida. Claudio lo resume así: "La gente que trabajaba conmigo, que tenía mi misma edad, que trabajábamos en la Feses y todo, los que no terminaron en la Cárcel de Alta Seguridad, terminaron traumatados, locos, pal pico, con historias familiares de destrucción, que siguieron hueviando después de la llegada de la democracia".

El reproche personal de varios ayatolas es el mismo: cómo, disculpando su condición de jóvenes inexpertos, inmaduros, fue posible que cayeran tan irreflexivamente en un juego tan macabro, tan evidentemente falso, tan burdo. Sergio dice que les faltó formación política, determinación en sus ideas, firmeza para no dejarse llevar y arrastrar sin cuestionamientos. No se arrepiente de lo que hizo -que una vez hecho, hecho está, dice- sino de lo que no hizo.

Marcelo se conduele de haber entregado tanto, de creer estar haciendo lo correcto, por el país, por la sociedad, por su futuro, y no haber tenido rédito, haberse quedado sin futuro, sin la oportunidad de estudiar que otros de su barrio sí tuvieron por no optar por la militancia a una edad en que la militancia no debiese tener ese sentido mesiánico, definitivo y total que en esos años tenía para los revolucionarios profesionales. A una edad, la verdad, que no es edad para militancias.

A todos les quedó algo. A David, el gusto por el mate, a Sebastián, el odio por los tallarines, que comió en abundancia en tiempos difíciles, a Gerardo le dejó menos amigos que antes. También cosas menos anecdóticas, más graves. Sienten que la democracia los

dejó cesantes, sin poder ejercer el oficio aprendido. Muchos requirieron apoyo psicológico, pasaron por períodos de adicción y enfrentaron fracasos sentimentales. A algunos les recetaron litio. A otros alprazolam, un ansiolítico usado para combatir ataques de pánico, o fluoxetina, un antidepresivo. A Sebastián le diagnosticaron estrés pos traumático. Y duerme poco, anormalmente poco. Cada vez que se junta con Manuel se preguntan mutuamente cuántas pastillas están tomando o cuánto están durmiendo por las noches. Varios de ellos pasaron por salas de tortura y con años de retraso testificaron en la Comisión Valech y pudieron, becas mediante, volver a estudiar. El paso de los años hace difícil, eso sí, la continuidad en los estudios, el hábito del aprendizaje, la mezcla de universidad y subsistencia diaria, hijos incluidos.

A otros les dejó la sensación de haber interrumpido un episodio que estaba predestinado a cambiar la historia naciente de la transición chilena. Lo dice el abogado Hiram Villagra: el asalto a un regimiento era parte, cree, de un plan mayor destinado a abortar el proceso de transición chilena. Un hecho de esa envergadura pudo justificar en seguida una represión feroz, la reposición del Estado de Sitio, la suspensión de las elecciones de diciembre de 1989, la eternización de Augusto Pinochet.

También lo cree así el ex preso político Humberto Trujillo, quien dice que la fase final del plan de infiltración tenía como condición clave la recolección de los fusiles M-16 del FPMR. Trujillo saca cuentas: Miguel tenía la gente, la preparación, pero sobre todo, la cobertura ideal, no habría duda de la militancia de izquierda de los atacantes al regimiento. Eran hijos de presos políticos o de ejecutados políticos, acopiaron fotografías de ellos armados, en entrenamientos secretos. Agréguesele fusiles importados por la izquierda vía Carrizal. La conclusión sería evidente y indubitada para un tribunal escasamente independiente y una opinión pública enmohecida: la izquierda armada seguía teniendo fuerza, ánimo y recursos para actuar. Por ello todos sienten que, aunque murieron dos ex compañeros, la masacre pudo ser más abultada, demasiado peor. Miguel no pudo terminar lo que empezó y desapareció del mapa, sin contactarse con nadie más que Marcela Ortiz.

### **¿Nunca volvieron a ver al Miguel??**

- No. Y él sabe que si nos encontramos es de vida o muerte- responde con tono amenazante Sebastián.

- Está claro eso. Tiene claro lo que sembró- complementa a su lado Manuel, otro ayatola que desafía con sus palabras al inubicable comandante Miguel.

## CAPITULO 4

### LA BRIGADA AZUL

Jécar Antonio Neghme Cristi supo que lo querían matar varios meses antes de ser abordado, el 4 de septiembre de 1989, a las 21 horas, por dos sujetos que le descerrajaron 18 tiros. Caminaba por calle Bulnes, en el centro de Santiago, hacia la Alameda, cuando un auto que viajaba en dirección contraria se detuvo a 60 metros de distancia. Llovía. Luis Arturo Sanhueza Ros y Pedro Javier Guzmán Olivares descendieron del taxi marca Toyota que conducía Silvio Giovanni Corsini Escárate y caminaron a su encuentro. Guzmán abrió fuego y Sanhueza lo siguió con su arma. Antes de volver a su automóvil, dispersaron panfletos manuscritos donde se leía: “Por traición a la lucha revolucionaria y al pueblo. Amarillo burgués”. La idea había sido de Enrique Leddy Araneda, quien así intentó dirigir toda sospecha hacia las facciones más radicales del MIR, en un ajuste de cuentas interno entre rojinegros. La tesis la suscribió al día siguiente el último ministro del Interior de Augusto Pinochet, Carlos Cáceres, quien recordó que el MIR se había dividido en grupos violentos y moderados y que Jécar Neghme se vinculaba más con los últimos. “Ello habría originado una serie de tensiones al interior del MIR y probablemente han conducido a este asesinato tan violento que, evidentemente, la ciudadanía lamenta”, interpretó Cáceres.

Los asesinos eran todos agentes de la CNI. Luis Arturo Sanhueza Ros se hacía llamar Ramiro Droguett, pero le decían el Huiro. Era el jefe de la Brigada encargada de perseguir e investigar al MIR y que tenía más de dos decenas de agentes. Enrique Leddy era el segundo hombre de la CNI, con el estratégico cargo de jefe de la Agencia Metropolitana. Pedro Guzmán era asesor directo de Leddy, como oficial de análisis y operaciones. Silvio Corsini era jefe de uno de los equipos de la brigada MIR, igual que Jaime Norambuena Aguilar, quien esa noche siguió a Neghme y describió sus movimientos por radio al resto del equipo. El sexto agente de la CNI involucrado, Manuel Allende Tello, ayudante de Leddy, estaba sentado en otro automóvil, en la Alameda, como apoyo. Todos ellos fueron condenados casi 7 años después por el ministro en visita Hugo Dolmestch, tras reconstruir el caso minuciosamente y forzar la confesión de los condenados.

Jécar Neghme era vocero del MIR Político, tenía 28 años y un hijo de menos de 5 años. Su figura era inconfundible: a su metro y noventa centímetros sumaba marcados rasgos árabes, tez morena y bigotes. Meses antes, había conversado sobre su propia muerte con su pareja, Agueda Sáez, y su hermana, Fahra Neghme. El dirigente supo por boca de los subordinados de Miguel, el comandante infiltrado en Pudahuel y la Villa Francia, que estaba dentro de los objetivos de aniquilamiento del grupo.

Farah contó al juez que investigó la muerte de su hermano que en esos años se había alejado de él porque, aunque militaban en el mismo partido, trabajaban en espacios distintos y Jécar se perfilaba como un destacado dirigente, no sólo del MIR, sino también de la oposición. “A fines de 1988 nos volvimos a acercar producto de una amenaza de muerte que se suscitó a raíz de que un sujeto infiltrado llamado ‘Miguel’ reunió a varios jóvenes de Pudahuel y de la Villa Francia, a quienes les dio instrucción militar y les propuso asesinar al ‘flaco’ por ser traidor a la revolución. Dentro de esos asistentes había

personas que nos conocían desde chicos, de tal forma que esta proposición los alertan y le comunican a Jecar respecto de lo que se pensaba hacer. Esta situación la conversamos en varias oportunidades con mi hermano y pensaba que con el sólo mérito de la denuncia publicada en el diario Pluma y Pincel se desarticularía tal operación”, declaró Farah Neghme en marzo de 2003.

Jécar Neghme había ingresado en 1979 a estudiar Historia y Geografía a la Universidad de Chile. Por dos años fue dirigente estudiantil en el Pedagógico y participó en la creación de la Unión Nacional de Estudiantes Democráticos (UNED) y del Codepu. Fue expulsado de la universidad en 1981. En marzo de 1983, agentes de la CNI irrumpieron en su domicilio en Estación Central y decide pasar a la clandestinidad, de la que sale un año después para convertirse en miembro fundador del Movimiento Democrático Popular (MDP) junto a dirigentes como Fanny Pollarolo, Germán Correa y José Carrasco. A fines de ese año fue relegado a Puerto Cisnes por tres meses y volvió justo cuando murieron Eduardo y Rafael Vergara Toledo, el 29 de marzo de 1985. Jécar se posicionó un año después como uno de los líderes del MIR Político, cuando el partido se dividió. A la fecha de su muerte había vuelto a participar en la creación de otros referentes, la Izquierda Unida y el Partido Amplio de Izquierda Socialista (PAIS), instrumento a través del cual la izquierda extra Concertación pretendía competir en las elecciones parlamentarias de diciembre de 1989. Jécar llegó incluso a reunirse con Ricardo Lagos Escobar para proponerle su presentación como candidato presidencial de la izquierda.

Su pareja, Agueda Saez, contó así el caso en tribunales: “Dentro de este mismo período se produjo un intento para asesinarlo y que fue a través de un episodio conocido como ‘el infiltrado de Villa Francia’, en donde un tal ‘Miguel’ –que era su chapa- reunió a un grupo de jóvenes con el objetivo de asesinar a Jecar, planteándole que la salida política y electoral era una traición. Sin embargo, estos mismos jóvenes, cuando se dieron cuenta del objetivo del infiltrado fueron a conversar con Jécar a la casa y posteriormente se fueron del país”.

Farah recuerda que todo terminó con Iván Palacios y Eric Rodríguez muertos en una balacera programada. “Este acontecimiento produjo un gran debate respecto de la CNI porque dentro de ese mismo período se habían denunciado numerosos artefactos explosivos en distintos lugares que le atribuían participación a grupos subversivos”, dijo al juez Hugo Dolmestch, que investigó el asesinato.

“Miguel hablaba pestes del Jécar. Que era un contrarrevolucionario, un reformista, que era uno de los primeros a los que había que matar”, cuenta Sergio, militante de la R de Villa Francia, veinte años después. “Hablaba muy mal de él”, complementa otro ayatola originario de Pudahuel.

Neghme participó en esa época en una reunión ampliada, en Villa Francia, donde se trató el tema, tras el descubrimiento de la infiltración. Así lo recuerda Pedro: “El turco nos apoyó. Fue el único que dio la cara. No me acuerdo fechas ni días, pero por la sensación que yo tenía, era verano. Estábamos en la capilla de la villa, con mucho calor, febrero debe haber sido. De todos los huevones del partido en ese tiempo, el Jécar fue de los que tuvo la mejor actitud. Primero, no puso en duda nuestra versión. No partió cuestionándonos”, recuerda.

Tras esa reunión, Pedro y Marcela Ortiz hablaron con Jécar en privado, mientras caminaban. Para el dirigente del MIR era difícil asumir paternidad sobre ese grupo. Primero, porque no la había. Segundo, porque el MIR al que adscribía estaba propugnando la vía política y no la lucha armada y era contraproducente avalar una línea de trabajo militar. Jécar Neghme, a quien también le contaron del episodio desde la prisión y fuera de ella, en el Codepu, se comprometió a hacer lo que estuviese a su alcance para ayudarlos. Y lo hizo. Tras el pánico colectivo, el padre putativo de Claudio consiguió que Neghme escribiera una carta que le permitió llegar a Cuba. La misiva iba dirigida al Departamento América, organismo que en Cuba tenía como responsabilidad el contacto con las organizaciones revolucionarias de América Latina.

En retrospectiva, y aparte de las autocríticas que a cada cual le competen, surge una conclusión política que sugiere Sergio: “Creo que Jécar estaba en una posición correcta. No estaban las condiciones para generar algo armado”. El proyecto de Jecar quedó, con su muerte, trunco y herido.

Hugo Dolmestch condenó a seis personas por el asesinato de Neghme: Enrique Leddy Araneda, Pedro Guzmán Olivares, Manuel Allende Tello, Luis Arturo Sanhueza Ros, Jaime Norambuena Aguilar y Silvio Corsini Escárate. Ninguno está preso por ese episodio hoy. Sanhueza, Norambuena y Corsini participaban en la unidad de la CNI que en 1989 perseguía al MIR y que en el cuartel era conocida como la brigada azul. De esa misma brigada, compuesta por varios equipos de tres agentes cada uno, provenían quienes cinco meses antes, en abril de 1989, dispararon contra Eric Rodríguez e Iván Palacios, en San Pablo con Radal. La CNI dijo que sólo un equipo participó en ese supuesto enfrentamiento y en la justicia militar declararon tres agentes, todos con sus nombres operativos, como era sugerido entonces por el área jurídica de la CNI: Gustavo Ventura Otárola, Marcos Fernández Maya y Fernando Araya Santander. Los abogados de la familia de Eric Rodríguez identificaron a uno de ellos. Era el jefe del equipo que disparó el 18 de abril y en la CNI lo conocían como Ventura. Oficial de Investigaciones, estaba en la CNI desde mediados desde 1987. Su nombre real era Víctor Rolando Caro Pizarro.

## **Víctor Caro**

Trece días antes de que se cumplieran cinco años de la balacera del paredón de San Pablo, los cinco integrantes de la Corte Marcial sobreseyeron la denuncia presentada en el caso por violencia innecesaria con resultado de muerte. El Fiscal Militar a cargo de investigar el caso fue Juan Arab, quien falleció el 1 de marzo de 2010, dos días después del terremoto que sacudió a Chile, de un paro cardio respiratorio, cuando ya había llegado al pináculo de su carrera militar: era el Auditor General del Ejército.

Durante cinco años, la Fiscalía no hizo ninguna gestión para ubicar a Miguel, un personaje clave en el caso desde la óptica judicial, ya sea por una razón u otra: si, como sostenía la CNI, fue un enfrentamiento y ambos muertos estaban colocando bombas al momento del baleo, interesaba conocer quién les dio la orden de hacerlo, quien era su jefe en la organización, en la Resistencia; o si, como denunció la prensa opositora, con extensos

reportajes como el de Pluma y Pincel, que incluso fue anexado al expediente, ambos jóvenes integraban un grupo que protagonizó una larga lista de acciones militares que a la justicia militar le debiese haber interesado aclarar.

En esos años de escasa investigación, Juan Arab no hizo ninguna pregunta sobre Miguel y los atentados incendiarios, explosivos y asaltos realizados por la unidad de la R que integraban Eric Rodríguez e Iván Palacios. Justo un año después de los hechos, el 21 de abril de 1990, Arab declaró agotada la investigación y cerró el sumario. Hasta esa fecha, la fiscalía había interrogado solo una vez a los tres agentes de la CNI que admitieron haber estado la noche del 18 de abril de 1989 en San Pablo con Radal. En diciembre de 1991 el juez militar pidió reponer el estado de sumario en la investigación, identificar a los tres agentes y solicitó a la Fiscalía Militar pronunciarse sobre el delito de “violencia innecesaria con resultado de muerte”. El Registro Civil respondió que no existían personas con los nombres de Gustavo Ventura Otárola, Fernando Araya Santander y Marco Fernández Maya. El Ejército tardó varios años en responder. Fue en marzo de 1993 cuando comunicó que no tenía las tarjetas de identificación de esos agentes, ya que la CNI había sido disuelta oficialmente en febrero de 1990.

En mayo de 1993, el abogado de la familia de Eric Rodríguez, Héctor Salazar, pidió a la fiscalía interrogar nuevamente a Gustavo Ventura, pero bajo su nombre real, Víctor Caro Pizarro. Su nombre operativo había aparecido en otros expedientes judiciales donde su identidad verdadera quedó registrada. Un anónimo anexado a la causa judicial abierta por el asesinato de Aurelio Sichel acusaba que Caro había dejado la CNI en desacuerdo con su jefe Luis Arturo Sanhueza Ros, quien pretendía asesinar a Jécar Neghme con la misma arma que agentes de la CNI dispararon contra el empresario gastronómico ligado a la financiera ilegal La Cutufa. Todo ello fue negado por los acusados.

Víctor Rolando Caro Pizarro se volvió a presentar ante el fiscal militar por la muerte de Iván Palacios y Eric Rodríguez el 19 de julio de 1993. El interrogatorio fue escaso, excesivamente poco acucioso. El fiscal le hizo dos preguntas y lo despachó. El siguiente es el breve registro escrito de ese día:

“Si conozco el motivo de mi citación. Dice relación con un procedimiento ocurrido en el mes de abril de 1989, en el sector de San Pablo con Radal.

A LA PREGUNTA DEL TRIBUNAL: El nombre Gustavo Ventura Otárola corresponde al que entonces era mi identidad operativa de la Central Nacional de Informaciones, donde me encontraba en comisión de servicios.

A LA PREGUNTA DEL TRIBUNAL: ¿Conoce a las personas llamadas Fernando Araya Santander y Marco Fernández Maya?. No conozco a las personas mencionadas por US., debo señalar que por razones de seguridad el día de los hechos no les pregunté los nombres a las personas que me acompañaron. Además que cuando me correspondió salir el día 18 de abril fue por motivo circunstancial ya que no era mi labor habitual el participar en operativos”.

Víctor Caro Pizarro es ahora instructor de artes marciales. En su página Web realiza una breve reseña de su historia. Oficial de la Policía de Investigaciones de Chile entre 1974 y 2000, también piloto de aviación, Caro enumera las doce destinaciones que tuvo en su



carrera profesional: Brigada Investigadora de Asaltos, Brigada Aeropolicial, Primera Comisaría Santiago Centro, Comisaría de Curicó, 12 Comisaría La Florida, Escuela de Investigaciones Policiales, Departamento de Asesoría Técnica, Sexta Comisaría Providencia, Departamento de Informaciones, Brigada Especial Antiterrorista, Departamento de Inteligencia Antinarcóticos y Escuela de Inteligencia PDI. Omite en la Web que entre 1987 y 1989 tuvo otra destinación especial: la Central Nacional de Informaciones (CNI).

Caro se integró a la CNI en julio de 1987. Llegó al cuartel Borgoño, donde lo recibió el capitán de carabineros Iván Quiroz, quien le dio a elegir una unidad. Caro pidió crear un equipo nuevo, con dedicación exclusiva a la recopilación y análisis de sitios de sucesos. Para ello le asignaron dos funcionarios conocidos como Rosa y el Siete Fachas. La primera era Rosa Humilde Ramos Hernández y en una de sus declaraciones judiciales contó que junto a Caro asistió al sitio de suceso del secuestro del coronel Carlos Carreño, plagiado por el FPMR el 1 de septiembre de 1987. Sus reportes los entregaban a la oficina de análisis que dirigía el teniente Gonzalo Asenjo Zegers, quien se suicidó en 2005. Al llegar a la CNI, a Caro le asignaron identidad operativa, una CZ checoslovaca con dos cargadores y munición, un walkie talkie y un vehículo Toyota 1.6 modelo Corolla, del año 1980.

Tiempo después, Caro fue trasladado a la unidad MIR que dirigía Luis Arturo Sanhueza. Sobre su nuevo jefe, quien tenía “una vida desordenada”, dijo, Caro no tuvo una muy buena opinión: “En forma exagerada pretendía hacernos creer que el MIR estaba rearticulándose para reinsertarse en actividades subversivas, lo que a mí, en lo personal, me parecía un error, puesto que de todos los supuestos integrantes del MIR que me tocó apoyar en las actividades de vigilancia y seguimientos de estos, ninguno realizaba actividades sospechosas. Me parece que el señor Droguet trataba de aprovechar los últimos momentos que le quedaban a la organización para realizar algún hecho destacado”.

El oficial de Investigaciones admitió haber apoyado esporádicamente algunos seguimientos a Jécar Neghme y pidió, en 1989, su regreso a Investigaciones porque intuía que algo grave tramaba la organización. “Les hice saber que todo esto tenía ‘muy mal olor’ y que yo no me prestaría para participar en ninguna de las planificaciones desquiciadas que pudiera tener Sanhueza”. Caro niega haber sabido sobre el asesinato de Neghme, como declararon otros agentes de la CNI. “Solamente podía sospechar que algo malo iba a ocurrir, no teniendo la certeza si se trataba de una agresión física o, incluso, hasta un homicidio ni hacia quien podría estar dirigida esta acción”, declaró en septiembre de 2003.

En ese período la CNI estaba en proceso de desarticulación, afirman diversos ex agentes de ese organismo. El propio Caro dice que, tras el plebiscito de octubre de 1988, la moral había bajado y el efecto de la derrota se hacía sentir. Las unidades, asegura, sufrían una suerte de descontrol y apresuraban la lucha contra los terroristas, allanando los domicilios de los subversivos catastrados. “Mi trabajo en ese tiempo ya era totalmente sin interés, puesto que creía que ya no tenía sentido seguir trabajando en esas actividades y menos todavía vigilando sujetos que demostraban no tener ningún comportamiento sospechoso”, sostenía el detective.

La CNI emprendió en ese 1989 su reorganización completa. Caro Pizarro cursó su retiro de Investigaciones en diciembre de ese año y se dedicó a actividades particulares. En los primeros meses de 1990 lo contactó otro agente de la CNI, Jorge Vargas Borjes, quien le ofreció empleo en Transportes Santa Bárbara, empresa que fundó Alvaro Corbalán en el norte del país en 1987 para trasladar concentrado de cobre desde Chuquicamata a El Salvador. Víctor Caro asumió como jefe de seguridad en Antofagasta por un sueldo de 150 mil pesos. Estuvo tres meses, hasta que la empresa quebró de manera fraudulenta, según determinó la justicia. Tras ese episodio, Caro Pizarro volvió a su natal Curicó, donde se dedicó a hacer clases particulares de artes marciales.

En 1991, dijo Caro, lo contactaron funcionarios del departamento V de Investigaciones, quienes le señalaron que el Director General Horacio Toro, que reemplazó a Fernando Paredes en el cargo, estructuraba una nueva unidad de inteligencia para abocarse a los trabajos de violaciones a los derechos humanos. Trabajó recopilando antecedentes y reclutando informantes y después de seis meses de lo que denominó “cooperación efectiva” con la institución, fue reintegrado a Investigaciones. Hasta 1995 estuvo en el departamento de Inteligencia Antinarcóticos y hasta 2000, cuando se acogió a retiro, prestó servicios en el departamento de Educación Física. Dos años antes ganó un sorteo de dos pasajes para asistir al Mundial de Francia 98 que le entregó la cadena de supermercados Lider.

Tras su salida definitiva de la institución, Caro Pizarro declaró varias veces en tribunales en el caso Neghme y se concentró en sus actividades particulares: el ejercicio de las artes marciales.

Buen tirador -ha participado en concursos internacionales de tiro-, Caro realiza consultorías en seguridad y es el primer instructor certificado en Chile de técnicas de defensa personal y combate israelí, denominadas Krav Maga y Krapap Karv Panim El Panim. En 1972 comenzó sus prácticas y once años después se graduó de cinta negra primer dam. Su página web es elocuente en la descripción de sus habilidades y su trayectoria. Así se presenta: “Víctor Caro, ex oficial de policía con más de 27 años de servicio operativo, sabe de lo que habla, lo aprendió en la calle y lo perfeccionó en el dojo, cuando opina sobre defensa personal lo hace sobre una base real, no teórica ni especulativa. El te enseñará defensa personal, no te venderá ilusiones”.

### **“Desgraciadamente, me tocó ser policía en dictadura”.**

Víctor Caro Pizarro atendió el teléfono de su casa y con sorpresa se vio forzado a retroceder veinte años. Reticente, primero habló poco, entrecortado, meditando cada frase, imaginando el efecto de cada palabra. Luego ganó confianza, pero se negó a cruzar la frontera.

**Estoy tratando de ubicar a Víctor Caro.**

Sí, con él

**Usted es instructor de defensa personal, no?**

Correcto

**Soy periodista y estoy haciendo una investigación sobre un hecho que ocurrió hace 20 años, cuando usted era funcionario de Investigaciones y estaba en comisión de servicio en la CNI: la muerte de dos muchachos en San Pablo con Radal. Usted participó en ese procedimiento. Estoy escribiendo la historia más amplia, la historia del Miguel, un agente de la CNI, entiendo, que estaba infiltrado en grupos de izquierda de Pudahuel, Cerro Navia y que desató este enfrentamiento de San Pablo donde usted participó.**

O sea, yo estaba en la unidad en ese tiempo y mayores antecedentes de eso los entregué en su debido tiempo a los tribunales.

**Lo sé porque vi el expediente de la Justicia Militar. En ese expediente aparece usted haciendo declaraciones, primero con su nombre operativo, que era Gustavo Ventura, y después con su nombre real, tres o cuatro años después, frente al fiscal militar. He estado revisando otros expedientes y suponía que usted podía saber quién era el Miguel, el infiltrado...**

A ver, mira, te digo cuál era mi posición al respecto, qué hice en ese minuto y qué es lo que voy a hacer a futuro. Si bien es cierto a mi me enviaron en comisión de servicio a la Central Nacional, estuve en la unidad, por razones obvias, digamos, todos los trabajos que ahí se hicieron, naturalmente que al final saltaron a la luz pública, los nombres de los funcionarios que ahí participábamos como participando en absolutamente todo. Los antecedentes que yo tengo al respecto los entregué a su debido tiempo al tribunal. Posteriormente seguí cooperando en cuanto a todo lo que fuera un ilícito porque al igual que en mi estadía en Policía de Investigaciones, que es mi institución original, usted comprenderá que dentro de Policía de Investigaciones también se cometen ilícitos. De hecho, me acabo de enterar por la tele, vi pasar detenido a un ex subprefecto por tráfico de drogas.

**Sí, por cierto.**

Lo que no significa que todos los funcionarios sean traficantes y todos los funcionarios sean delincuentes. Bueno, dentro de la Central Nacional ocurrió exactamente lo mismo. Y de hecho, razón por la cual hay muchos ex funcionarios de la Central Nacional que están detenidos y otros ex funcionarios de la Central Nacional, como es el caso mío, que no tuvimos problemas, digamos, exactamente por lo mismo, porque, si bien es cierto, políticamente hoy día me da la impresión de que se trata de hacer ver a los ex funcionarios de la Central Nacional como todos terroristas de Estado, algo que es absolutamente falso. De hecho, todas las comisiones a la Central Nacional fueron destinaciones del mando superior de ese entonces y, si mal no recuerdo, en mi oportunidad fue bajo el mando del general Francisco Paredes Pizarro.

**Fernando.**

Fernando Paredes Pizarro, exacto. Nosotros no armamos la Central Nacional como una organización...

**... delictiva.**

Delictiva, claro. Yo no me concerté con otros funcionarios de otras instituciones para armar ese grupo, sino que en ese tiempo era una unidad más como hoy día existe la ANI (Agencia Nacional de Inteligencia), y como hoy día mandan también funcionarios en comisión de servicios a la ANI y si el día de mañana hubiera otro gobierno de otro tipo y no estuviera de acuerdo con lo que se hizo durante todo este tiempo de Concertación en la ANI, debería estar sometido a proceso. Imagino yo que sería la analogía. Bueno, le insisto, todos los antecedentes que manejé, que pude aportar en el sentido de actuaciones de tipo delictivas al interior de la Central Nacional, yo las entregué a unidades de inteligencia tanto de mi institución como extra institucionales, todo el aporte que yo pude hacer dentro del marco

legal lo hice en su debido tiempo y hoy día la verdad de las cosas que no me voy a pronunciar públicamente sobre hechos de los cuales le vuelvo a insistir, yo ya aporté mi cooperación y la información que yo tuve en ese momento. Yo sé que usted está haciendo un trabajo, un trabajo periodístico, seguramente maneja toda la información, tiene todos los documentos a la vista...

**Llevo varios meses investigando. Lo que estoy haciendo es la historia del Miguel, de la que usted se debe haber enterado en ese tiempo. He llegado a la convicción de que esa infiltración fue digitada desde organismos de seguridad o de inteligencia de aquella época. Quiero reconstruir esa historia y el organigrama de la brigada azul, que dirigía el Huiro. Ya he reconstruido el organigrama de esa época, sobre todo revisando el expediente del caso de Jécar Neghme, donde usted declaró tres o cuatro veces. Y sobre lo que ocurrió en San Pablo con Radal, por la información que he recopilado con vecinos de la zona, no era efectivo lo que ustedes declararon, no era solo un vehículo el que participó, sino que había más. Tengo testimonios que controvierten lo que usted dijo en tribunales...**

Mira, lo que yo te voy a comentar ahora es todo lo que yo te voy a entregar porque yo no tengo ningún ánimo de farandulear mi vida, no tengo absolutamente ninguna intención de aparecer como el reivindicado y como no tengo ninguna intención de blanquearme, menos sobre hechos en que no tuve participación, digamos, delictiva, porque lo que pasa es que ahí se confunden, se confunden una serie de sucesos que, en apariencia, y en donde tú después, en declaraciones en los tribunales, en donde te limitas a declarar en cuanto a la ejecución de los hechos, a cuál fue tu rol participativo, qué grado tuviste tú de compromiso con la operación, si es que fue una operación, porque yo te digo una cosa. O sea yo, y te lo digo honestamente, yo no voy a dar entrevistas ante ningún medio ni las he dado, a mi me ofrecieron mucha plata en su debido tiempo cuando esto era un boom, hubo una época en Chile en la cual cualquier cosita que aparecía... Mira, de los que yo recuerdo que participaban en esa unidad, como es el caso de Francisco Zúñiga, el mismo Huiro...

**Norambuena, Julio Corssini.**

Exactamente, claro, sí, pero esos tipos la verdad de las cosas es que eran oficiales bien de medio pelo. Si ahí los cabecillas, los que armaron todo lo legal y lo ilegal están presos hoy día, desde el comandante hasta los jefes de brigada, partiendo de arriba pa abajo, por Alvaro Corbalán, por el mismo Huiro, por el Krantz Bauer, por Francisco Zúñiga, que apareció, yo te digo, suicidado entre comillas, hablemos también de Iván Cifuentes, otro jerarca que también muere misteriosamente producto de un virus, si tú haces esa comparación con lo que hoy día hablan de Eduardo Frei, eeehh, mira, si tu quieres hacer una novela de esto...

**Hay material suficiente...**

Yo te digo una cosa, puedes ganar un premio. Si tú fueras un director de cine, también podrías hacer las películas más increíbles, porque si tú te pones a hacer un análisis de todo lo que ocurrió, antes y después, tú vas a ver que van a empezar a encajar las piezas, pero lo único que no vas a poder empezar a hacer nunca es llegar a comprobar un hecho, porque llegar a comprobar un hecho, en primer lugar, las personas que podrían comprobarlo ya no están vivas. Eso te lo digo, no te estoy dando una declaración ni para que tú lo coloques en el diario, etcétera, y además de lo que te estoy diciendo se lo he dicho a todo el mundo, por eso te lo estoy diciendo también, sino simplemente habría cortado la conversación contigo y te habría dicho, sabes qué, no tengo idea, no tengo nada que ver, por favor no me moleste más, que me imagino yo es la actitud que tiene todo el mundo. Yo actué con absoluta

transparencia, yo fui absolutamente profesional, tanto en mi comisión de servicio en la Central Nacional y en otras unidades en que presté servicios y por eso es que te hablo tan francamente, pero si tú crees que yo puedo cambiar el mundo, cambiar las cosas que pasaron, estás totalmente equivocado. Al final lo único que lograríamos sería un boom publicitario de momento, echarme a perder mi vida, y tu ser famoso por un rato y después nunca más...

**Esa no es mi intención, mi intención es tratar de contar la verdad sobre hechos que ocurrieron...**

Te entiendo perfectamente, te entiendo perfectamente, yo te podría contar muchas cosas...

**¿Y por qué no me las cuenta?**

No te las voy a contar poh viejo. De contarlas, tendría que partir del año 73, porque no te voy a contar una fracción de lo que yo hice. O sea, si voy a meter en líos a una institución, las tengo que meter a todas. Y eso es lo que no voy a hacer. Si tú me estuvieras llamando no en relación a un caso puntual de derechos humanos, si no que me estuvieras llamando por un caso puntual de narcotráfico, tendríamos que meter a la mitad de la institución presa. Mira, yo hoy día me doy cuenta que, desgraciadamente, para mí en ese tiempo era una aventura extraordinaria, desgraciadamente me tocó ser policía en ese tiempo, en el tiempo de la dictadura. Cumplí mi deber, apolíticamente, porque era lo que tenía que hacer, me imagino como todos los militares, como todos los navales, etcétera, etcétera. Desgraciadamente, el director nuestro, Fernando Paredes, se comprometió con el gobierno de Pinochet a tal punto, que no nos sacó nunca... Yo era el oficial más antiguo en ese tiempo de la Policía de Investigaciones en la Central Nacional, yo propuse muchas veces la retirada de todos nuestros efectivos por muchas cosas raras, muchas cosas en tinieblas, mira, en definitiva, policías y agentes de seguridad no se llevan bien. Policías y agentes de inteligencia tampoco se llevan bien por concepción, por doctrina, por un montón de cosas. En primer lugar, cuando a ti te entrenan para defender a la sociedad, resulta muy difícil que, por una razón política, al final te hagan perseguir a la sociedad, o sea, hacer un rol absolutamente diferente y hay tipos que no les cuesta absolutamente nada darse vuelta la chaqueta y cambiarse de doctrina, por supuesto que los hay. Yo tampoco te estoy diciendo que yo era prácticamente un santo en la institución, porque obviamente no lo fui, pero sí mi concepción policial hasta el día de hoy la llevo muy arraigada y créeme una cosa, que si yo tengo un cartel como decimos nosotros, o alguna imagen, pa que lo entiendas mejor, dentro de la Institución, es precisamente por haber sido uno de los pocos tipos no adictos a la corrupción, sino que al contrario, adictos al trabajo y por nada. Yo fui oficial de inteligencia antinarcóticos, mucha droga pasó por mis manos, toda la que yo requisé, toda la que yo investigué pasó a tribunales, fui también oficial de inteligencia policial, por lo mismo que después me destinaron a la Central Nacional. Cuando yo me fui a la Central Nacional pensé que, a lo mejor, podía aprender algo, porque, de hecho, la Central Nacional en esos tiempos era lo máximo que había en organismos de seguridad en cuanto a medios, en cuanto a cursos. Nosotros no teníamos medios, imagínate que nosotros patrullábamos en Charade y en la Central Nacional tenían Toyotas de último modelo. Entonces, tú como funcionario, sin ponerte camiseta política de ningún tipo, porque la policía tiene que bailar al ritmo que le tocan. Tú viste que en la época militar bailamos... marchamos, hoy día Policía de Investigaciones tiene hasta una brigada de derechos humanos, lo que habría sido inconcebible en aquella época.

**Sí, a usted lo interrogó algunas veces Rafael Castillo.**

Castillo es compañero de promoción mía. Más que interrogarme, conversamos...

### **Le tomó una declaración extrajudicial...**

Lo que pasa es que a raíz de todos los casos, todos los casos, en la cual la Central Nacional estuvo involucrada, ¿a quienes le preguntaban?, ¿a los que andaban arrancados?. No po. ¿Les preguntaban a los que no querían dar declaraciones?. No po. ¿A quien le preguntaban?. A los que habíamos estado y no teníamos ningún problema para dar la cara, como yo lo estoy haciendo contigo en este minuto, porque también habría sido sumamente fácil, señor, por favor no me moleste, y no quiero saber nada, cualquier cosa que usted quiera poner en su libro, sáquelo de los tribunales, porque esa es mi declaración oficial

### **El problema es que el único nombre que aparece en tribunales hasta hoy es el suyo.**

Mira, no me preocupa en absoluto porque, yo te digo, son procedimientos de la Central Nacional absolutamente convencionales...

### **Pero este procedimiento parece un falso enfrentamiento...**

Mira yo no sé hasta qué punto podríamos nosotros catalogarlo de falso o no falso, porque dentro de la inteligencia las cosas se dan vuelta de tal manera que tú al final no sabes si estás viviendo una realidad o estás viviendo una fantasía. Lo que yo te quiero decir es que la inteligencia no es como la delincuencia, donde se concerta un par de personas para ir a robar. La inteligencia es una serie de acciones, de contra acciones, de mentiras, de ir creando una imagen, de después ir haciéndola desaparecer, de ir infiltrándose. Bueno, yo no sé si a ti te habrán comentado, ya que manejas tanta información, que todos los allanamientos que hacíamos en la Central Nacional nos teníamos que preocupar tanto de las balas que venían de frente como de las que venían de atrás. Entonces, yo con eso te digo todo. Mira, yo no tengo absolutamente ningún problema en enfrentar todos los tribunales del mundo y todas las acusaciones y todo, porque se me ha acusado, te digo, justa o injustamente hasta de la muerte de John Kennedy, nada más que por el hecho de estar en esa unidad...

### **Pero este es el único enfrentamiento o falso enfrentamiento en el que usted aparece directamente involucrado**

(Risas) Bueno, qué quieres que te diga, pues...

### **No, yo estoy seguro que no participó en este sino en muchos otros, pero judicialmente ha admitido este...**

Mira, yo te voy a decir una cosa, cuando tenga que, cuando por ley tenga que ir a contar el cuento, lo contaré...

### **¿Usted no era el Miguel?**

No, no, oye por favor, yo te digo, mira, si te vai por ese lado yo te aconsejaría que no es escribieras ningún libro, porque al final los datos que aparentemente manejas no son así...

No, no, no. No es así...

### **¿Y usted no sabe quién era el Miguel?**

Es que no sé, no sé, no tengo idea. Había muchos, muchos. Hay mucha gente que fue compañero mío, el mismo Corsini, si tú me dices cual era el nombre de Corsini, no tengo idea. Era teniente en ese tiempo, yo lo conozco por Corsini, incluso en una oportunidad me lo encontré en la calle y le dije: ¡Corssini como estai!. ¡Gustavo! me dijo, y te prometo, jamás nos preguntamos. Además que era de muy mal gusto. Imagínate que yo me encuentro con alguien después en la calle, el mismo Corsini suponte tu, ya? y le digo, Corsini, viejo amigo, como estai, que es de tu vida. Aquí estamos. Oye Corssini, y tu nombre cual era. Puta que raro, no?... O sea si a mí me hacen esa pregunta, al compadre yo lo corto ahí mismo y sabe que más compadre, chao...

**Sí, en ese tiempo sí, pero después con los procesos se fueron conociendo todos los nombres reales...**

Esas son cosas que no van a terminar nunca.

**Hasta que fallezcan todos los involucrados de muerte natural**

Claro. Mira, cuando me muera yo, ojalá de viejo, ya no va a haber ningún periodista más que me trate de preguntar. ¿Y después a quien más le van a preguntar? A nadie más, y se va a acabar todo, y ahí se va a morir todo, va a quedar todo enterrado, van a venir nuevos políticos, te digo. Los políticos actuales, hay muchos del mismo partido socialista, incluso, que ya están hablando de hasta cuando seguimos escarbando el pasado y la cuestión. Va a llegar un día en que esto se va a terminar, se va a olvidar, y quizás algún día, en unos 50 años más, aparezca algún periodista lanzando un libro con algunas ideas e hipótesis, que la gente lo leerá, lo encontrará muy entretenido o no y aparte de eso, no va a pasar nada más... Ahora, te digo...

**¿Y usted sabe quién era el Miguel?**

Je, je, je...

**El Miguel que se infiltró en el grupo, yo supongo que puede haber sido el Huiro, pero la verdad es que...**

Oye, entiendo una cosa. Yo te estoy contando todo esto por último pa que dirijas bien tu investigación

**Ese día usted andaba con dos personas: Fernando Araya Santander y Marcos Fernández Maya, esos eran sus nombres operativos ¿Quiénes eran?.**

No sé quiénes serían esos, ah.

**¿No eran parte de su equipo permanente?**

No, no.

**Usted debe saber si hubo más vehículos participando en ese operativo y si esto provino de la infiltración que llevaba meses ocurriendo. Estoy pesquisando si esa infiltración provenía de la CNI o el Ejército o de otro lado. Si me quiere ayudar con eso, genial. Si no, seguiré investigando. Y si no doy con más información, tendría que suponer que usted era el Miguel, porque es el único nombre que aparece, lo cual no creo..**

Bueno, lo dejo a tu conciencia y a tu profesionalismo. Yo no me voy a defender ante ti, no tengo por qué hacerlo.

**Por cierto que no tiene por qué hacerlo.**

Imagínate que tuviera que defenderme frente a todas las personas que me increpan o que me preguntan cosas.

**¿Y hay mucha gente que lo increpa y le pregunta cosas?**

Pero obvio viejo, si yo no he descansado desde el año 99 a la fecha. Ve tu cuando fue mi última declaración en tribunales.

**2003.**

Ya, pos, he dejado de existir en los tribunales desde el 2003, pero mi cooperación, si es que la estoy dando o si es que no la estoy dando, eso solamente lo sé yo. Pero Víctor, no eres tu desgraciadamente la persona más indicada...

**Yo sé que no soy juez, ni fiscal, soy alguien que está tratando de descubrir la verdad de un hecho.**

Entiéndeme una cosa por favor, no es mala voluntad, no es soberbia, no es nada. Es simplemente profesionalismo. Yo soy como un cura, yo soy como un periodista. El periodista...

**...debe guardar reserva de su fuente.**

Exactamente. El cura también tiene su secreto de confesión. Yo también tengo mis promesas ante los tribunales. Me vas a disculpar, pero yo no soy autónomo. Por haber vivido todo eso, por haber sido testigo de un montón de cosas, por haber tenido toda la experiencia que tuve, por haber trabajado en todo lo que trabajé, que no te lo puedo contar, ni siquiera dar pequeñas pistas, pero te digo, haz tu trabajo, pero desgraciadamente no puedo, no puedo. Mira, te digo una cosa. Yo estaría rico hoy día, tendría mucho dinero, porque gente como tú también me llama y me ofrece fortunas y yo te digo es exactamente lo mismo que me ofrecían los narcos cuando me tomaban detenidos. Mi nombre es Víctor, tú sabes. Me dicen, don Víctor, sobre la mesa hay 20 kilos de clorhidrato al 100% o 95%, quédese con la mitad pos don Víctor. Pa mi habría sido muy fácil, pero te vuelvo a insistir...

### **Sí, pero eso es poco ético...**

Por lo mismo no puedo hablar contigo. No es una cosa de que la gente esta se me cerró, no quiere hablar, anda escondido, anda urgido. Tú me ves hablando con absoluta tranquilidad. No me importa si estás grabando o no estás grabando esto...

### **Lo estoy grabando...**

Lo que te estoy comentando es absolutamente transparente en relación a un trabajo transparente que yo hice. Si yo hubiera sido agente infiltrado, si yo hubiera sido agente secreto, de partida no estaría siquiera en Chile. Ni siquiera me podrías haber ubicado por teléfono, porque no podría haber sido tan imbécil de haber tenido mis teléfonos registrados. De hecho, tengo hasta mi página web con mi nombre y mi foto pa que todo el mundo la vea

### **Un infiltrado no estaría luego en el terreno operativo...**

Si mi institución fuera tan imbécil, tampoco me tendría como, bueno yo ya no estoy ya, pero sí estuve como profesor de defensa personal de la institución y de hecho hasta ahora poco le estuve haciendo prácticas de tiro. Entonces, tu comprenderás que Arturo Herrera (ex director de la Policía de Investigaciones), al cual conozco y me conoce, y conoce todo mi caso, no puede...

### **¿Y ellos sabían que participó en este enfrentamiento también?**

Todo lo que nosotros hacíamos quedaba constancia en el departamento de informaciones de Investigaciones de aquel tiempo...

### **Aunque estuvieran adscritos a la CNI.**

Si nosotros no dejábamos de ser funcionarios de Investigaciones. Lo que pasa es que Fernando Paredes decía: todos los años envían una cuota de oficiales que trabajen en el área de inteligencia a la Central Nacional a modo de cooperación. Entonces, llegaba la orden a las unidades respectivas, yo en ese tiempo estaba en la brigada especial, y el jefe de unidad decía ver a quien mandamos. En ese tiempo la Central Nacional no era una unidad de terroristas ni una organización, como le dicen hoy, una...

### **Una asociación ilícita**

Una asociación ilícita, claro.

### **Era una asociación absolutamente lícita**

Claro, porque sería lo mismo que me dijeran hoy: ¡Víctor te quieres ir a trabajar con el cabro Carrera!, si estuviera vivo. Obviamente que yo le voy a decir, pero Jefe usted está loco. Una cosa es que yo trabaje con el cabro Carrera y la otra que a lo mejor me pueden proponer es: ¿te quieres infiltrar en la organización del cabro Carrera? ¿Y tú después le vas a ir a preguntar a ese agente infiltrado, cuénteme todo lo que usted hizo?, pa que después aparezca el sobrino del cabro Carrera huevón y le pegue un balazo en la nuca cuando vai caminando por la calle. Entonces no es cosa de plata, no es cosa de querer aportar a la



verdad para que se haga justicia, porque si hubiera que hacer así, yo creo que todos deberíamos actuar así desde los funcionarios de gobierno para abajo. Aquí se trata de que tú trabajaste, hiciste un trabajo, lo hiciste bien o lo hiciste mal. Cometiste ilícitos, paga por ellos, si no los cometiste, bueno, vive ahora con esa carga, y creo que tengo el más mínimo derecho de poder llevar con mi familia una vida tranquila, considerando que todo lo que hice fue por un cumplimiento de mi deber como oficial de policía...

**Pero también está el derecho de los familiares de aquellos muchachos que murieron y que a lo mejor era un injusto castigo para ellos la muerte...**

Pero es que estas partiendo de una hipótesis.

**Estoy partiendo de esa hipótesis. He hablado con los vecinos de ahí y lo que vieron esa noche no fue lo que usted relató en los tribunales. Mucha gente dice que es mentira que hubiera una manifestación esa noche en la esquina...**

Je, je, je,

**Tengo también testimonios de gente que dice que había un furgón blanco estacionado en la otra esquina, en San Pablo con Radal. Usted declaró ante tribunales ante una fiscalía militar, pero la Fiscalía no investigo.**

Es que ese ya no es un resorte mío

**¿Me puede ayudar a reconstruir lo más fielmente posible la historia?**

Es que entiende una cosa. Tal como estas recibiendo informes de presuntos testigos que te están contando A, yo también paso a ser una especie de testigo y te puedo contar B. ¿Quién tiene la verdad? A o B. Dime tú. No se sabe. Entonces, al final quedamos todos enredados y no logramos absolutamente nada.

**¿Y usted no me puede contar lo que pasó esa noche o es lo que está en el expediente de la Fiscalía Militar?**

Es lo que está en el expediente.

**O sea participó solo el vehículo suyo?.**

Si tú leíste el expediente, es lo que está ahí, pero yo no te voy a hacer una declaración por teléfono, menos si me estás grabando...

**Y si nos juntamos y lo hablamos sin grabadora...**

Entiéndeme una cosa. Yo todo lo que tenga que aportar, lo aporté y lo aportaré a las instancias debidas. Es esa mi seriedad y mi calidad de profesional, aun estando en retiro. Cuando yo estuve en servicio activo, yo no hablé jamás con un periodista, cuando estuve en servicio activo manejando información A1, jamás vendí información, jamás entregué siquiera a un amigo información, ni siquiera me saqué una foto en algún procedimiento, porque también he visto colegas que les encanta salir en la tele, les encanta hablar por radio, televisión, que los entrevisten, yo jamás hice eso.

**¿Pero de la historia del Miguel escuchó?**

Pero te puedo contar miles de historias. Yo te podría contar cosas que quedarías mudo...

**¿Y por qué no me las cuenta?**

Porque no te las voy a contar. Porque has cuenta que soy un cura que recibió secretos de confesión. Si me llama el tribunal, si me llama el magistrado y me dice, conversemos de esto, yo lo voy a conversar. Si él ve que no hay nada más, si él ve que fui un simple monigote, si él ve que fui simplemente utilizado o si él ve que fui el cabecilla de la operación, el procederá conforme a la ley. Y te vuelvo a insistir, si yo tuviera algo que esconder, si yo tuviera algo por lo que arrepentirme, de partida no me pongo en Internet, como voy a pretender una venganza, como voy a pretender ser un blanco fácil...

**No, si yo doy casi por descartado que usted sea el infiltrado, pero debe haber sabido de esta infiltración...**

Pero, mira, una vez un abogado, del cual no voy a dar el nombre, me llamo diciéndome que yo había matado a un cierto señor empresario...

**Aurelio Sichel**

No te voy a decir ni te lo voy confirmar, porque me estás grabando, por eso. Y sucede que yo le dije lo mismo, me reí de él, y le dije, me parece que usted va mal encaminado. Entonces me dijo, dígame usted quien fue. Se lo diría si fuera cómplice, se lo podría decir si yo hubiera estado ahí, ya sea por último como testigo presencial, porque de que qué otra manera le podría servir, diciéndole sabe que, me parece que fulano de tal lo mató. Parece. ¿Por qué parece? Bueno, es que se rumorea, se habla. Pero sabes tú que eso es una inconsistencia absoluta...

**Así parten las investigaciones. Si revisa el caso Jecar Neghme, Norambuena, Corssini, el Huiro, todos negaron el tema hasta que uno se quiebra y revela todo, hasta que uno empieza a contar todo. Muchos llegan al convencimiento de hablar porque no fue lícito lo que hicieron. O quizás fue lícito dentro de sus parámetros, porque era el aparato estatal el que le daba la instrucción de hacerlo. Pero uno también pelea con su propia conciencia de cuáles son las cosas lícitas o ilícitas...**

Es que si tú tuvieras ese grado de conciencia no serías ni cura, ni militar, porque tienes que jugar en una línea...

**No puedes ser beligerante.**

Exacto, no puedes ser blanco o negro. Si voy a detener a un delincuente y hay leyes que me dicen que al delincuente no le puedo hacer absolutamente nada, tu comprenderás que si el tipo se me trata de arrancar al menos lo agarraré de una oreja pa que no se me arranque. Pero si voy a estar pensando, en ese minuto, si lo agarro de la oreja, este tipo me va a acusar y voy a tener problemas, entonces no lo agarro, entonces no sirvo pa policía. Si lo que hay que tener muy claro es donde está la frontera entre pasarse al lado delincencial o seguir siendo un profesional y tratando de hacer las cosas dentro de lo posible, tal como lo dijo un señor un día acá en Chile, hablando más o menos de los mismos temas. Porque te digo una cosa, en ninguna institución de inteligencia, llámese Stassi, por nombrar también a las del otro lado, KGB, etcétera, te van a dar una orden directa de vaya y elimine a este sujeto. Y si te la dan, no se la van a dar a un grupo, salvo que el grupo sea un escuadrón de la muerte...

**Pero en el caso de Jecar Neghme fue una instrucción directa: vaya y mate a este señor. Ahí la dieron al jefe de la brigada.**

Claro, ahí yo te digo hay responsabilidades de cada cual haciendo un trabajo sucio...

**¿Y a esas cosas uno se puede negar, aunque esté en una institución armada?**

Lógico, por supuesto

**Como le decía, uno debe convivir con su conciencia, con su honor, con su dignidad...**

Pero claro, por supuesto. Exactamente lo que hemos estado hablando hace mucho rato. Si yo comparto, no te estoy diciendo que uno debe cumplir a ojos cerrados todo lo que te ordenan...

**Se lo comento también por el tema del silencio. Uno no tiene por qué tener lealtades con un ilícito...**

Ese silencio, viejo, ese silencio es una invención de película: El código del silencio!! Ese famoso silencio es que nadie habla porque nadie quiere meterse en líos, nadie quiere irse preso, nadie quiere que le echen la culpa de nada. ¿Por qué? Porque si existiera tal código

de silencio, nadie hablaría, los gallos se irían a la tumba, eso es un código de silencio, porque detrás del código de silencio debería haber una amenaza. El que hable de esto, se condena. Pero tú ves que al final hablaron todos, contaron todo, hasta el más mínimo detalle. Lo que pasa es algo lógico, te lo digo como policía experto. Es exactamente lo mismo a lo que ocurre a cualquier persona que se ve involucrada en un hecho de tipo legal, tratando de librar hasta último minuto. Si tu le preguntas a un delincuente, ¿usted robó tal casa?, te va a decir que no. ¿Con quién participaste en ese robo? Bueno, le estoy diciendo, no he robado ninguna casa y no sé a qué persona se refiere. Entonces, tú le podrías decir a ese delincuente: usted estaba bajo un código de silencio. No, el gallo está tratando de librar. Y es lo que hicieron todos. Todos negaron, obvio. Todos dijeron, yo, jamás, nunca, no, yo no fui. Y al cabo de un tiempo, sí, yo fui. Entonces, ¿de qué código de silencio estamos hablando? Si la gente hubiera empezado a desaparecer, si la gente que habló de repente hubiera empezado a sufrir accidentes medios extraños podríamos estar hablando quizás de la existencia de un código de ese tipo. Pero para mí es nada más que tratar de librar una acusación que te están haciendo y que cuando te ves encerrado, cuando ya ves que no tienes salida, cuando las pruebas te están apuntando, porque sabes que la mera declaración no es prueba, cuando todas las pruebas te apuntan a ti y tú dices, la verdad, me pillaron, ya no hay vuelta que darle, te empiezan a ofrecer compensaciones, ahí se acaba el código de silencio. Porque para mí, ¿qué sería más importante: salvar mi vida o lograr que me rebajen la pena?. Yo creo que lograr salvar mi vida. Por lo tanto diría no, no, no y no. Señor se va a ir preso igual. Lamento mucho que usted me diga eso, pero no.

#### **Prefiero estar en cana un tiempo antes que...**

Pero por supuesto, antes que hable y de 10 años me bajen a 3, y adentro de la cárcel venga un choro y me pegue tres puntazos...

#### **Nadie está obligado a confesar cosas que lo incriminen**

Lógico, por supuesto. ¿O tu cuando te pegai un desliz y tu señora te interroga, inmediatamente le confiesas, sí mi amor, estuve con otra...? Cuando tu señora te diga, infiel, me has engañado y tu le digas, no mi amor, por ningún motivo. Pero mira, aquí tengo las pruebas, fotografías, ahí te liquidan. Que es lo que haces ahí. Reconoces, pero le vas a decir: es verdad mi amor, pero mira, fue un accidente y ahí empezarán todos los descargos, pero en base a que estas reconociendo los hechos. Por eso te digo. Contarte historias te podría contar un millón de historias, podríamos estar un día entero o quizás más...

#### **¿Por qué no accede a contarme su verdad?**

Hay muchas cosas en la vida que yo mismo no entiendo. Yo mismo que fui partícipe, yo mismo que fui actor, yo mismo que viví los hechos. Yo te digo una cosa, los viví desde el 11 de septiembre de 1973 hasta que se acabó el gobierno militar y hasta el día de hoy hay muchas cosas que yo no entiendo, siendo un tipo entrenado para entender las cosas. Entonces, no me llesves al plano idealista, porque si no es como que si estuviera hablando con mi hijo, y decirle, pero hijo por la cresta, entiende, hay cosas en la vida que realmente van a quedar tapadas. Tampoco tú no sabes a quien le interesa taparlas. Y tú no sabes cuál es el frente. Te lo dije, te lo traté de simbolizar más o menos cuando te decía: había que preocuparse de los que disparaban de adelante y también de los de atrás. Entonces la pregunta al final es, ¿Quién es realmente el enemigo?, ¿Quién es el adversario?, ¿Estoy en el sitio correcto o no existe el sitio correcto? Entonces, si es por filosofar... Yo lamentablemente no te puedo aclarar el caso... Y te digo una cosa, lo que nosotros estamos hablando, yo parto de la base que esto va a aparecer mañana en cualquier diario.

#### **No, no va a aparecer mañana**

Si yo quisiera ocultar algo, no estaría hablando ahora por teléfono, más aun sabiendo que me estás grabando, simplemente te habría cortado. Yo estoy platicando con un desconocido, que no sé si eres realmente quien dices que eres, no me consta. Capaz que seas hasta un oficial de inteligencia de algún grupo subversivo, capaz que seas hasta un oficial de inteligencia de las Farc, por lo tanto, te digo, todo lo que nosotros conversamos en este minuto, yo también tengo mi análisis propio de lo que estamos hablando, y obviamente también estoy grabando todo esto. Ahora, si eres tu quien dices ser, bien. Si no, bien también, po viejo.

**Yo le doy mis datos.**

No me des nada. Escúchame una cosa. No soy paranoico, ni perseguido, ni tengo por qué serlo y por eso te digo, no me preocupa. Te puedo hasta decir que pa mi fue como de repente volver al pasado, es como estar con un amigo tomándome un trago y estar contando historias o anécdotas de aquella época y nada más. Tengo muchos secretos profesionales desde el primer día que entré a la institución, políticos, delictuales, en fin del que tú quieras. He hecho investigaciones de las que tú me quieras pedir, he descubierto los horrores más grandes que han quedado, por la importancia de los personajes implicados, en la nada. Al principio fui un detective también igual que tu, idealista, traté de hacer justicia y descubrí que no podía hacer justicia, aun más, que la institución no está diseñada para eso, simplemente tú cumples las ordenes de los tribunales, y los que imparten la justicia, que en realidad no imparten justicia, si no que te aplican un procedimiento penal.

**¿Sabe algo de la infiltración, del Miguel, de los meses que estuvo ahí...?**

Te vuelvo a insistir Víctor. Todo lo que yo sé, lo que hice y no hice, está en los tribunales. Si tú me dices que el fiscal no actuó con la acuciosidad que debería haberlo hecho, no es problema mío, no puedo yo enseñarle el fiscal a entrevistar, a investigar, pero....

**Supe es que se ganó el viaje al mundial de Francia de 1998.**

Exactamente. Si hubiera sido un tipo malo, Dios no me habría premiado.

**Hemos tenido también esta larga conversación para tratar de convencerlo de que me cuente esta historia**

Es que no se trata de convencer o no.

**Pero si estamos tratando de persuadir el uno al otro.**

A ti no te trato de persuadir de absolutamente nada, al contrario. Tú haz todo lo que tengas que hacer. Es tu trabajo, según tú, es tu trabajo...

**Es mi vocación también**

Y por eso he estado hablando contigo, porque si fueras un tipo de la calle -la verdad es que no sé en realidad quien eres-, pero si tuviera una sospecha por último, te corto. O sea mañana me llamas a este número y no existo. Hasta el día de hoy lo que también te puedo decir es que si tu creíste encontrar la hebra de la verdad de algo que tú crees que puede ser, no sé si la encontraste o no, creo que no soy el tipo más indicado, aunque tu creas, muchas personas lo creyeron, no solamente en este caso sino en muchos otros. Hay muchas cosas que no vas a saber, no en relación a la verdad, sino en relación a cómo trabaja un organismo de inteligencia. Tú nunca vas a saber cómo trabaja el Mossad, nunca vas a saber cómo trabaja la CIA u otros organismos a nivel sudamericano

**Uno se puede acercar. Hay buenos libros sobre el Mossad y la CIA.**

Podrás escribir todos los libros que quieras, podrás reunir toda la información que quieras, pero siempre lo que tú hagas va a quedar con un dejo de duda, porque te digo, los absolutos no existen. Es imposible llegar a los absolutos. Y un trabajo de una organización de inteligencia es casi un absoluto. Te digo, hay cosas que yo mismo no entiendo, hay cosas

que yo mismo no comprendo, porque no todas las puertas están abiertas para todos los agentes, tú tienes áreas de circulación, incluso, dentro de la misma unidad, oficinas a las cuales ni siquiera puedes pasar por fuera, muchos secretos, muchas cosas en tinieblas, que tú no las cuestionas si son buenas o son malas. Lo que sí un agente debe hacer es nunca preguntar nada que no le incumba. En una unidad policial todo se ventila a nivel de unidad y los arrestos, las operaciones, las infiltraciones, las escuchas telefónicas, son sabidas por toda la gente, incluso más, tienes que pedir una orden judicial. Pero en un régimen militar, al interior de una unidad de inteligencia, si no te toca a ti directamente, obviamente no las sabes y naturalmente no las vas a andar preguntando. Al extremo de que te encuentras con alguien en la calle, lo saludas por el apellido por el que lo conociste, pero por ningún motivo se te vaya a ocurrir preguntarle, pero ¿y tú quien eres pos viejo?, sino que ¡hola!, ¿cómo estás?, ¡qué bueno que estés bien, me alegro que no te haya pasado nada, qué tiempos aquellos!, incluso podrás tener un par de copas, podrás hablar mucho rato, podrás discutir los temas que te tocó vivir junto con ellos, porque primero tú no sabes si él viene con una doble intención y él tampoco sabe si tu estás con una doble intención. Entonces es muy difícil hablar, es muy difícil comentar, y generalmente tu no preguntas ni comentas nada que no se sepa o que no sea de conocimiento público. Pretender llevar a los secretos de una organización de inteligencia, como lo fueron aquellas instituciones del gobierno militar, si bien es cierto tú ves que hay gente detenida, yo te digo una cosa, ¿Puede ser de que los 2.000 detenidos desaparecidos haya intervenido solamente tres personas, o cuatro, cinco, no sé cuantos están presos?

### **No, imposible**

Yo tampoco lo creo. Bueno ¿y dónde está el resto de las personas?. Desde el compadre que cargó combustible en un helicóptero, y el piloto, y el copiloto, y el operador de radio. En fin, cuando la misma justicia dice, vamos a hacer justicia en la medida de lo posible, cuando un Presidente de la República te está diciendo eso, imagínate qué te puedo contar yo, Víctor. Yo solamente te puedo desear éxito en tu investigación, deseo lo mejor para ti, que te vaya muy bien, que te consolides como profesional. Te vuelvo a insistir. Si tengo algo que hablar contigo, te voy a llamar. Si no tengo nada que hablar contigo, obviamente no te voy a llamar...

### **Piénselo, hay cosas sobre las cuales me puede conversar. Por ejemplo, de esa noche. Y es cosa que usted se decida.**

Te vuelvo a insistir en lo mismo, me puedo decidir a hablar muchas cosas. Y no solamente en el caso tuyo, puedo hablar de 10 mil casos. Pero no es mi día, viejo. Yo no pretendo andar hablando nada, nada, nada, con gente, periodistas, reporteros, detectives privados. No tengo ninguna intención de eso. Ahora, si yo viera de que de mi depende hacer justicia o no, o que de mi depende aportar un antecedente que sirva para esclarecer la comisión de un delito, eso te lo puedo asegurar, y esto sí lo puedes grabar, naturalmente que la gente no va a venir a pedirme ayuda, yo la voy a ir a ofrecer voluntariamente, porque yo si hay algo que no voy a esconder nunca, es la comisión de delitos, porque no soy delincuente.

## **El último año de la CNI**

El decreto que creó la Central Nacional de Informaciones en agosto de 1977 lo definió como un organismo militar especializado de carácter técnico profesional. La Comisión

Rettig calculó que, excluyendo las muertes en protestas, más de 160 personas fallecieron producto de violaciones a los derechos humanos cometidas por agentes del Estado en los últimos doce años de la dictadura. El informe atribuyó la mayoría de esas muertes a la CNI y concluyó que ese organismo “cometió sistemáticamente acciones ilícitas en el cumplimiento de las funciones que le fueron encomendadas”.

La Central reemplazó en el país a la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA), adoptó sus misiones y atribuciones, pero hubo un cambio de dependencia formal: ya no era, como el organismo que encabezó el general Manuel Contreras, dependiente de la Junta Militar de Gobierno sino que del Ministerio del Interior. El informe Rettig admite otra diferencia. La CNI sí debió combatir en los años 80 acciones armadas de grupos de izquierda, “en el cuadro de un intento de insurgencia real”, aunque las posibilidades reales de éxito de esa insubordinación no fuesen demasiadas.

La CNI debía reunir información relevante para el gobierno en labores propiamente de inteligencia, pero también tenía funciones operativas, dirigidas básicamente contra agrupaciones de izquierda. “Contra estas –dice el informe Rettig- se dirigían acciones de infiltración, seguimiento, detenciones, torturas y de represión armada, las que llegaban (...) hasta las ejecuciones”.

Siempre fue dirigida por un general de Ejército y su personal provenía de todas las ramas de la Defensa Nacional, incluyendo a Carabineros e Investigaciones. Su último año de existencia fue de cambios. A fines de 1988 la Agencia Metropolitana, que operaba en Santiago, se cambió de domicilio, dejó el cuartel Borgoño y se instaló en calle Grajales, esquina República. Hugo Acevedo Godoy asumió el mando del cuartel como jefe de la División Antisubversiva, en reemplazo de Alvaro Corbalán Castilla. Más tarde, a mediados de 1989, llegó Enrique Leddy Araneda y se transformó en el jefe de la Agencia Metropolitana, de la que dependían las unidades de Acevedo.

De la división Antisubversiva dependían varias brigadas: la verde, que investigaba al FPMR; la azul, que perseguía al MIR; la unidad 135, que recibía y reaccionaba ante denuncias telefónicas sobre delitos subversivos; un cuartel en calle California, Ñuñoa, que espía al PC, y la Unidad Anti Terrorista (UAT), con base en calle Simón Bolívar, La Reina, donde operaba la unidad Apache, o de reacción. Sus integrantes aseguran que la actividad operativa era mínima y que ese año las brigadas ya no se identificaban con los colores que años antes sí distinguían sus particulares funciones.

El general Hernán Ramírez Rurange, nombrado en 1990 como director de Inteligencia del Ejército, contó por escrito, 13 años después, lo que hizo en esa época. “La Central Nacional de Informaciones fue disuelta y tanto su patrimonio como parte de su planta fue traspasada a DINE (Dirección de Inteligencia del Ejército), designándose por ley, al Ejército de Chile, como continuador patrimonial y legal de ese ex organismo de Estado. La estructura orgánica y las misiones de la Central Nacional de Informaciones obedecían a criterios absolutamente distintos a la Inteligencia Militar y, por ello, la subsistencia de especialistas en esa área transformaba a aquellos en plazas perfectamente prescindibles”. Y agregó: “En ese estado de cosas, se redestinó a más de seiscientas personas, de diversa jerarquía y antigüedad, a servir en otras unidades, tanto de la Región Metropolitana como del resto de

las divisiones a lo largo de todo el país”, escribió en respuesta a un cuestionario enviado por el ministro Hugo Dolmestch.

La estructura en 1989, como en toda la historia de la CNI, cambiaba según las necesidades y prioridades fijadas por el mando y la reconstrucción acabada de su organigrama no es fácil. Los relatos que prestaron ante diversos jueces varios de sus integrantes permiten reconstruir en parte importante el organigrama de la CNI. Estos eran los nombres que estuvieron al mando de la CNI en 1989 y los nombres que integraban la brigada azul.

### **El alto mando**

**Gustavo Ignacio Abarzúa Rivadeneira.** General de Ejército. Dirigió la CNI desde mayo de 1989 hasta marzo de 1990. En paralelo, estaba a cargo de la Dirección de Inteligencia del Ejército (DINE). En la CNI sucedió en el cargo a Hugo Salas Wenzel. Ingresó a la Escuela Militar en 1954, egresando como subteniente en 1958. Sirvió en Iquique, Linares y Traiguén antes de ingresar a la Academia de Guerra en 1971, de la que egresó en 1974. Luego fue destinado a la misión militar en India y Pakistán y entre 1979 y 1980 asumió como jefe de relaciones públicas de la CNI. Más tarde fue agregado militar en Uruguay y cuando volvió asumió como General Director de Inteligencia. En la CNI, declaró judicialmente en mayo de 2003, fue designado para “proceder a la disolución de este organismo creado durante el gobierno militar, haciendo coincidir el cierre de la CNI con la entrega del gobierno”. Cuando ello ocurre, en 1990, el Ejército asume los inventarios, el material de guerra, los vehículos y el personal de la CNI.

**Enrique Leddy Araneda.** Nombre operativo: Diego Echeverría Vergara. Nacido el 23 de abril de 1939. Oriundo de Temuco, descende de una familia de irlandeses de Concepción. Segundo de cuatro hijos. Ingresó como cadete de la Escuela Militar en 1956 y egresó en 1960. Tuvo numerosas destinaciones: Regimiento Chacabuco en Concepción, Regimiento Carampangue, Escuela Militar, Academia de Guerra, Escuela de Infantería de San Bernardo, Regimiento de Infantería de Talca y Regimiento Huamachuco, en Arica. Estuvo dos períodos en la CNI. Primero entre 1985 y 1987, como comandante de la División Regionales de la CNI, cargo con responsabilidad en todo el país, salvo Santiago, y desde el cual desarticuló la internación de armas por Carrizal Bajo, en la III Región, por parte del FPMR. Estuvo en comisión de servicio en Israel en 1987 y 1988. De regreso en Chile, en 1989, asume la jefatura del área metropolitana de la CNI. Tenía el grado de brigadier. Por ese cargo asistía periódicamente al Consejo de Seguridad Nacional en La Moneda. “En esa época, la Central Nacional de Informaciones estaba dedicada a labores netamente administrativas de redestinación de personal por estar en etapa de disolución”, relató. Ese año 1989 viajó varias veces al norte del país pues se había detectado la existencia de nuevos depósitos de armamento. Leddy argumentó ante la justicia que en esos años había un terrorismo activo de parte del FPMR y el MIR. “Es así como en este período, a partir del año 1985 y hasta 1990 ocurrieron hechos como la internación de las setenta toneladas de armamentos y explosivos internada al país por el Partido Comunista en Carrizal Bajo, el asesinato de los cinco escoltas del entonces Presidente de la República y comandante en Jefe el Ejército, general don Augusto Pinochet Ugarte y el atentado hacia su persona; el secuestro del coronel Carreño; el asesinato del coronel de la Fuerza Aérea Fuentes Morrison, del coronel de Carabineros Arturo Fontaine, del director de la Escuela de Inteligencia del Ejército, don Roger Vergara; el atentado al general Leigh; el asalto al retén

Los Queñes; el asesinato del teniente Zegers del comando de Aviación del Ejército por parte de un hijastro de Volodia Teitelboim, y el teniente de la Armada, César Chesta, entre otros. Para saber y controlar a estos grupos subversivos había que realizar seguimientos, que es una técnica legal para poder saber lo que estos sujetos estaban realizando”, contó a propósito de los seguimientos que en 1989 la CNI digitó contra Jécar Neghme.

**Hugo César Acevedo Godoy.** "Desde niño que me dicen Cacho como apelativo", dijo a un juez en abril de 2002. Acevedo ingresó a la Escuela Militar en 1968 y egresó en diciembre de 1969. En marzo de 1975 es destinado a comisión extra institucional a la Dirección Nacional de Inteligencia (DINA). Tres meses después, volvió a su institución y fue destinado a la subsecretaría de Guerra, donde cumplió funciones de seguridad del Presidente de la República hasta mediados de 1978. En la CNI estuvo entre agosto de 1985 y diciembre de 1989. En marzo o abril de 1989, el General Director de la CNI, Hugo Salas Wenzel, le ordena hacerse cargo de la Unidad antisubversiva, ubicada en calle Grajales, en reemplazo de Alvaro Corbalán Castilla. En mayo o junio, Salas le informa que llegará el brigadier Enrique Leddy a organizar una nueva unidad: la Agencia Metropolitana, de la que dependería la Unidad Antisubversiva. Dice que la jefatura de la zona metropolitana de la CNI funcionaba en República con Gorbea, una cuadra al sur de Grajales, acera oriente. "Yo estuve al mando en el Cuartel República con Grajales, durante los meses que estuve allí, creo que desde julio a diciembre de 1989". Al describir el organigrama de la CNI, Acevedo mencionó a las brigadas verde, que perseguía al FPMR, a cargo del capitán Krantz Bauer Donoso, y la Brigada Azul (MIR), al mando del capitán Arturo Sanhueza Ross. "Cada una de estas unidades estaba compuesta por un promedio de 15 personas que se dividían en equipos de trabajo de tres o cuatro agentes con su respectivo vehículo", declaró. Muchas de las órdenes, agregó, eran impartidas por Leddy directamente a los jefes de brigada. "La unidad a mi mando me fue entregada por el mayor Alvaro Corbalán, quien dependía prácticamente de la dirección de la CNI, situación que viví durante un corto período, no más de dos meses, ya que con la llegada del brigadier Leddy, el director dispone crear la Agencia Metropolitana y nombra como comandante al brigadier Enrique Leddy Araneda, quien organiza la agencia en base a una plana mayor donde están representadas las cuatro funciones primarias del mando y dos órganos. Uno, organizado para obtener información en el plano político y otro organizado para obtener información en el plano subversivo. A partir de entonces, mis facultades de resolución fueron restringidas". En marzo de 1990, Acevedo fue trasladado al Comando de Apoyo Administrativo del Ejército y el 30 de enero de 1994 se acogió a retiro con el grado de coronel.

### **El jefe**

**Luis Arturo Sanhueza Ros.** Nombre operativo: Ramiro Droguet Aranguiz, alias El Huiro. Nacido el 28 de agosto de 1956. Ha sido condenado por el asesinato de Jécar Neghme, la operación Albania y el homicidio, en 1984, de Fernando Vergara Vargas. Luis Arturo Sanhueza Ros pudo ser sastre. Tercero de seis hijos, Sanhueza estaba matriculado en la Escuela Nacional de Corte y Confección, pero partió al Servicio Militar Obligatorio tras el Golpe Militar. Entró a la Escuela Militar y en 1977 egresó como subteniente. Estuvo dos años en el Regimiento de Puerto Montt, donde participó en operativos de instrucción en zonas fronterizas. Postula luego a un curso de combate especial en el Regimiento de San Bernardo, donde se transformó en boina negra. En 1980 es enviado a la Compañía de Comandos de Valdivia. Participa en los enfrentamientos con miristas en Neltume y en 1982



es enviado a la CNI. Sanhueza asumió el mando de la brigada azul, declaró en tribunales, en marzo de 1989, con el grado de capitán. “Esta unidad contaba con una plana mayor la que se desempeñaba el sargento Torrejón y el suboficial Osvaldo Tapia –“viejo Charly”- que tenían a su cargo la parte administrativa, los roles de guardia, distribución de combustible, entre otros. Luego esa unidad tenía seis o siete equipos compuestos por tres agentes cada uno. Estos equipos eran comandados por los más antiguos y para este efecto, se habían asignado los siguientes oficiales para cumplir la misión de la unidad. Por tal razón, como comandante del primer equipo se encontraba el teniente de Ejército Jaime Norambuena, en el otro equipo el teniente Gianino Corsini, el otro equipo al mando del oficial de Investigaciones Víctor Caro y otro equipo al mando del detective Emilio Leyton, no sé si este último corresponde a su identidad verdadera u operativa. Los equipos restantes estaban al mando de los suboficiales más antiguos. Recuerdo, entre ellos, a Hernán Vásquez Villegas. A otros funcionarios que recuerdo es a Roldán Olmos, ‘El gato de yeso’, Silva Ratz, entre otros”, declaró Sanhueza Ros en 2003. Las armas proporcionadas a la unidad eran pistolas CZ, calibre 9 milímetros Parabellum y fusiles AKA 47. Los vehículos, dijo Sanhueza, asignados eran automóviles Toyota 1.6, furgones utilitarios marca Suzuki y un Charade 1.000 color blanco que usaba el jefe de la unidad.

Tras la disolución de la CNI, Luis Arturo Sanhueza Ros cursó su retiro en abril de 1991 y dejó Chile para alejarse de la persecución judicial y enrolarse en el Servicio Secreto del Ejército en el exterior. Sanhueza trabajó en Argentina, en Neuquén y en Buenos Aires, bajo el mando de Maximiliano Ferrer Lima y luego de Arturo Silva Valdés. Luego vivió en Uruguay, uno o dos años, dijo, y volvió a Chile a fines de 1995 usando la identidad de Gustavo Navarro.

Luis Arturo Sanhueza Ros duda en su celular, primero accede a hablar, pero finalmente decide no hacerlo. “Es muy delicado hablar este tema por teléfono, yo no dirigí nunca una unidad de esas. Yo era teniente en esa época, no recuerdo lo que usted me dice. Todo lo que yo he hecho ha quedado consignado en los tribunales y siempre he colaborado, pero ese episodio es totalmente nuevo”, responde al preguntarle sobre el enfrentamiento de San Pablo.

“Son etapas de la vida, como teniente joven de la Escuela Militar que egresé, enfrentado a una situación histórica, que después que terminó todo, uno cumplió órdenes y se vio enfrentado a los tribunales estando preso, condenado, es muy triste para quienes fuimos jóvenes en esa época”, cuenta al teléfono en abril de 2010, en libertad pese a tener tres condenas por violaciones a los derechos humanos.

### **Los cuatro oficiales**

**Jaime Eduardo Norambuena Aguilar.** Nombre operativo: Bernales. Nacido el 17 de octubre de 1958. Al Ejército sirvió durante 26 años y 5 meses. Ingresó a la Escuela Militar en 1976. Originario de Concepción, segundo de cuatro hermanos, a los 16 años ingresó a la Escuela Militar. Egresó como alférez cuatro años después. Su primera destinación fue a la Escuela de Paracaidistas y Fuerzas Especiales de Peldehue, donde se mantuvo hasta 1985. Luego fue destinado a la Compañía de Comandos número 5 de Antofagasta y en la CNI estuvo entre 1987 y 1990. En 1989 era el número dos de la brigada azul, por antigüedad, pero nunca subrogó a Sanhueza, se defiende. Norambuena declaró haberse integrado a la unidad C.1.2.3, que dirigía Sanhueza Ros, a fines de 1988. Dice que formó equipo con Luis Roldán Olmos, alias Caracol, y otro civil de apelativo Peludo. Usaban un furgón Suzuki rojo y un Toyota Corolla plomo. La unidad del MIR, dijo Norambuena, “estaba compuesta

por veinte a treinta personas y el jefe de esta agrupación era el capitán Arturo Sanhueza. Esta unidad se componía de cuatro equipos de trabajo y uno de ellos lo mandaba en calidad de jefe de equipo y en tal calidad recibía instrucciones directas del capitán Sanhueza como mi superior directo. Estas instrucciones o misiones que se entregaban a esa fecha era reunir antecedentes referidos al MIR, en cuanto a personas y documentación, actividad que realicé hasta febrero de 1989”. Según los antecedentes entregados por el Ejército a tribunales, Norambuena estuvo realizando un curso para ascender al grado de capitán entre el 6 de marzo y el 18 de agosto de 1989. Cuando volvió, participó en el asesinato de Jécar Neghme. A la justicia, antes de confesar su participación en ese asesinato, relató que cuando regresó a la CNI, en agosto de 1989, “realizamos actividades administrativas y recreativas de deportes y campeonatos de baby fútbol con el resto de las unidades”. Tras su desvinculación de la CNI, fue destinado a la Escuela de Paracaidistas por siete años y luego a Famae durante 8 años. Estando detenido por el caso Neghme, fue instado por sus superiores a firmar su baja institucional voluntaria.

Al teléfono, en abril de 2010, Norambuena responde que no sabe nada sobre el enfrentamiento del 18 de abril de 1989 en San Pablo con Radal. “Yo, lamentablemente, no lo puedo ayudar en nada, oiga, porque yo no estaba ahí. Estaba en un curso, como usted bien dice, que era requisito para ascender a capitán. Yo mientras estuve ahí, en el curso, me dediqué solamente a ese curso de perfeccionamiento que me demandaba hartito, así que lamentablemente no le puedo ayudar”, responde para esta investigación.

**Julio Giovanni Corssini Escárate.** Nombre operativo: Rodrigo Pineda Infante. Nacido el 4 de enero de 1961. Talquino, nieto de inmigrantes italianos y empresarios madereros, fue el mayor de dos hijos. Cursó sus dos primeros años de educación media en el Liceo Alemán. Los otros dos, en la Escuela Militar. Llegó a Santiago en 1977 y cuatro años más tarde se graduó de alférez en el área de Artillería. Estuvo en Arica cuatro años y en Calama un año y ocho meses. En 1987 y 1988 permanece en la comandancia en Jefe del Ejército y en 1989 es destinado a la CNI. Era teniente y se reencontró con Norambuena, a quien había conocido en la Escuela Militar. En 1989, declaró Silvio Corsini en tribunales, estuvo los primeros seis meses en una unidad que investigaba a la Iglesia. De julio a diciembre, aseguró, integró la Unidad MIR que dirigía Sanhueza. “Me correspondió atender tareas de tipo administrativos y además tenía mi equipo de trabajo. Este estaba integrado por unos funcionarios con apodos del Pepe y el Patita. Después trabajé con un funcionario a quien apodaban el Peludo y otro conocido como el Caracol, cuando el teniente Norambuena se ausentó para asistir a un curso para ascender al grado de capitán”. En esa unidad, recordó Corsini, le correspondió vigilar a Manuel Cabieses, director de la revista Punto Final, dirigente del MIR. Su unidad tenía 3 autos Toyota y dos furgones utilitarios, pistolas CZ y fusiles AKA. Corsini dice que él usaba un furgón rojo. En el cuartel Grajales, dijo, “realizaba actividades netamente administrativas, preocupándome del material rodante y otros para ser traspasados al DINE”, declaró en agosto de 2004.

Un informe del Centro de Reinserción Social Santiago Poniente de Gendarmería de Chile, de noviembre de 2005, relata que tras dejar el Ejército, en 1992, Corsini se reinsertó en el mundo civil y se independizó en el “área de congelados, empresa familiar que mantiene hasta hoy en día con favorables rentabilidades y proyecciones comerciales”.

**Víctor Rolando Caro Pizarro.** Nombre operativo: Gustavo Ventura Otarola. Oficial de investigaciones. Nacido el 24 de junio de 1952. “Recuerdo que la unidad de Droguett la

conformaban él como jefe, 2 oficiales de Ejército de apellidos Bernal y Corsini, los oficiales de inteligencia Avila, persona que una vez que la Central cesó sus funciones, renunció a Investigaciones y fue contratado por el Ejército sirviendo, tengo entendido, en el Batallón de Inteligencia del Ejército; y yo que era el segundo oficial. El resto del personal lo conformaban suboficiales de Ejército y personal civil, de los cuales recuerdo a un tal ‘Pablito’, el ‘Viejo Tapia’, un tal ‘Gato’, entre otros. Los vehículos con que contaba esta unidad eran un Toyota de color negro, un furgón de color blanco, un furgón de color rojo, un daihatsu charade color blanco y un Toyota plateado. Cada equipo tenía asignado uno de esos vehículos, lo que no implicaba que el mismo fuera entregado a otra unidad o equipo por orden superior para trabajos determinados”. Aunque hubo compartimentación, Ventura recuerda que siempre existió mucha camaradería y reuniones de tipo social.

**Armando Rodolfo Avila Fierro.** Nombre operativo: Sergio Leyton. Oficial de Investigaciones. 53 años. En las declaraciones de otros agentes, figura como uno de los cuatro oficiales que integraban la brigada. En la Policía de Investigaciones estuvo en el departamento de asesoría técnica, la brigada de delitos económicos y la 4ª comisaría Plaza Almagro. A fines de 1987 fue destinado a la CNI. Al llegar, trabajó con un mayor de Ejército de apellido Maldonado en labores administrativas. Luego ofició de guardia, tres días a la semana, un día de descanso por cada día trabajado. No precisa su lugar definitivo, pero asegura que cumplió “distintas funciones en esa unidad, tales como investigaciones de robos en perjuicio del personal del Ejército y amigos de estos”. Permaneció en la unidad hasta el 31 de diciembre de 1989, cuando es trasladado a la ciudad de Calama. “En ese tiempo, como le dijera, nunca yo pertenecí a esa brigada azul. Y eso quedó claro en esa investigación de Jecar Neghme”, se limitó a responder por teléfono Armando Avila para esta investigación. Avila dijo no saber nada del caso de Iván Palacios y Eric Rodríguez. En los últimos años, Armando Avila Fierro figura como representante legal y presidente de la empresa Ingeniería en Seguridad de Personas y Bienes S.A., una pyme creada en 1991 que ha tenido como clientes a hospitales como el Félix Bulnes, el San Borja Arriarán y El Pino de San Bernardo y el Servicio Nacional del Consumidor (Sernac). La empresa aparece en el registro oficial de proveedores del Estado, Chileproveedores.

### **Plana mayor**

**Orlando Jesús Torrejón Gatica.** Nombre operativo: Miguel Gómez Martínez, alias El Negro Miguel. Nació el 28 de marzo de 1949. Oficial de Ejército, ingresó a la Escuela de Suboficiales en 1968. En 1973 es trasladado a la comandancia en jefe y en 1982 es enviado en comisión de servicio extra institucional a la CNI. Primero trabajó en la Brigada Verde y en 1984 llegó interinamente a la Unidad Apache, que dependía de la guardia del cuartel, donde estuvo algunos meses. Hasta fines de 1988 asumió funciones de plana mayor de la guardia del departamento de seguridad del cuartel Borgoño. En Grajales fue destinado a la brigada azul. “En dicha unidad me correspondió cumplir funciones de la plana mayor junto a un suboficial mayor de Ejército Osvaldo Tapia Alvarez, quien estaba encargado de lo inherente al personal, hojas de vida, turnos de guardia, vacaciones, fiestas de fin de año, permisos y otros, mientras que por mi parte me correspondió llevar la parte administrativa, en el sentido de mantener al día las carpetas de las personas que estaban sujetos a control por parte de los equipos operativos, quienes aportaban los antecedentes en borrador y yo los incluía escritos a máquina en las carpetas”, declaró en noviembre de 2002 al departamento Quinto de Investigaciones. En la oficina que ocupaba con Tapia Alvarez se reunían las

carpetas, en un mueble sin llave. “Esta agrupación estaba compuesta por alrededor de 25 personas, conformado en cuatro o cinco equipos de tres o cuatro funcionarios”, detalló.

**Oswaldo Rubén Tapia Alvarez.** Nombre operativo: Roberto Heredia, alias Charly. También le decían el Charles Bronson. Estuvo en la CNI entre 1980 y fines de 1989. Recordaba que fue uno de los primeros en llegar al cuartel Borgoño, instalaciones que debieron asear y habilitar y que antes pertenecieron al Instituto de Salud Pública. Fue destinado a plana mayor de la brigada verde. En referencia a ese trabajo, Tapia lo describió así en la investigación por el asesinato de José Carrasco: “Como plana mayor nos correspondía recibir la documentación relacionada con la brigada verde, esto es, por ejemplo, las órdenes emanadas de los tribunales militares que dijeran relación con el Partido Comunista o el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, además de preocuparnos de la parte logística, como ser, los ranchos del personal, además de cumplir servicios de guardias después de las horas de oficina, lo que se realizaba por turnos de 24 horas”. Se suicidó en mayo de 2008.

### **Los agentes**

**Hernán Antonio Vásquez Villegas.** Nombre operativo: Pablo Prado Vilmann, alias El Pablito. Nacido el 13 de enero de 1953. En 1975 ingresó a la Escuela de suboficiales. Un año después va en comisión extra institucional a la DINA, donde le asignan su identidad operativa. En 1981, ya en la CNI, fue encuadrado en la unidad blanco, dedicada en ese tiempo a la persecución del MIR. A fines de 1984 se traslada a la unidad verde, que investigaba al PC, y en 1986 es trasladado a la Unidad Anti Terrorista (UAT), con cuartel en Simón Bolívar, en la que permaneció hasta marzo de 1988. En esa fecha es trasladado a la unidad C-1.3., que investigaba al MIR y estaba al mando de un oficial de Ejército de apellido Daniels. En 1989 asume al mando Sanhueza Ros. “En mi unidad éramos aproximadamente 20 funcionarios, entre los que recuerdo a los funcionarios por sus apodos: El Caracol, un oficial de apellido Bernal, dos planas mayores: el Gigi y el Negro Miguel, un oficial de Investigaciones de apellido Ventura, un empleado civil, Pepito, empleado civil que conocía por el apellido operativo Trigo; un sargento de Ejército que conocía por el apodo de Cordillera”, declaró en noviembre de 2002. Pablito recuerda que en marzo o abril de 1989 Sanhueza reunió a la brigada para ordenar la misión de vigilar y seguir a Jécar Neghme. Vásquez Villegas formó equipo con José Fuentes Pastene, de nombre operativo Cristián Trigo, aunque también acompañó en esas labores a Luis Roldán Olmos, el caracol, y otro a quien llamaban Gato de yeso. “Para cumplir con la misión encomendada participó la totalidad de los agentes operativos de la brigada”, aseveró. En abril de 2003, debió retratar en la justicia a su ex jefe, Arturo Sanhueza. “Era una persona correcta, le gustaba mucho su trabajo y el reconocimiento de sus superiores, lo que lo hacía muy vulnerable a los mandos superiores. Era una persona muy manejable por el oficial de apellido Leddy”.

**Víctor Manuel Muñoz Orellana.** Nombre operativo: Ricardo Marinovic Palma, alias El Cordillera. Nacido el 6 de noviembre de 1953, ingresó al Ejército el 1 de septiembre de 1974, en enero de 1975 fue destinado a la Escuela de Suboficiales y luego al Regimiento Número 1 Buin, donde estuvo hasta 1978. Fue escolta del Intendente de Santiago Rolando Garay Cifuentes hasta 1980. En 1984 es enviado en comisión de servicio a la CNI, donde se le asignó nombre operativo y la Ticni B-3828 ó 3838, no recuerda con precisión. Entre

1986 y 1987 es destinado a la seguridad del jefe de la División Bernardo O'Higgins, el mayor Alvaro Corbalán Castilla y luego integra la Unidad Apache. En 1988, con la entrega del cuartel Borgoño a Investigaciones, su unidad es trasladada a Grajales, donde realizó actividades de guardia, y luego se integra a la Unidad Azul. "Dicha unidad estaba compuesta por alrededor de 25 funcionarios entre oficiales, cuadro permanente y empleados civiles, dentro de los que recuerdo a los siguientes: capitán de Ejército Luis Sanhueza Ross, jefe de la unidad; Teniente Norambuena, pero debo decir que éste en el año 1989 realizó un curso de requisito para ascender a capitán, por lo que estaba con dedicación exclusiva en ese curso; Teniente Corsini; oficial de Investigaciones Víctor Caro que tenía el nombre operativo de Gustavo Ventura; oficial de investigaciones que conocía por el apellido Leyton, ignoro si es su apellido verdadero; un suboficial mayor de Ejército del cual no recuerdo el nombre; un jefe de plana mayor de nombre operativo Miguel; sargento segundo de Ejército de apellido Jorquera, apodado El Muerto; un cabo de Ejército de apellido Vásquez Villegas, apodado Pablito; un cabo de Ejército que conocía por su nombre operativo de Cristian Seydewich; un empleado civil que conocía por el apellido Trigo, ignoro si es su apellido verdadero; otro que conocía por Panires y otros que no recuerdo", dice. Su equipo de trabajo estaba compuesto por Hernán Vásquez Villegas y Cristian Seydewich y utilizaban un furgón utilitario y en otras ocasiones un automóvil Toyota, modelo Corolla, negro. Su misión era seguir sujetos, por orden de la plana mayor de la unidad.

**Luis del Carmen Roldán Olmos.** Nombre operativo: Hugo López Urrutia, alias el caracol o el chico López. Nacido el 13 de diciembre de 1954. Destinado por el Ejército a la DINA en diciembre de 1975. Fue guardia en el cuartel Belgrado. En marzo o abril de 1983 llega al cuartel Borgoño, de la CNI. En 1985 se encuadra en la unidad verde, hasta diciembre de 1986, cuando es destinado a C.1, comandada por Manuel Provis, donde realizaba funciones de inteligencia de fuentes abiertas. "Dicha unidad estaba conformada por 12 agentes aproximadamente recordando entre ellos al capitán de Ejército de apellido Norambuena, un funcionario de Investigaciones de apellido operativo Ventura; El Viejo Charly que se desempeñaba en la plana mayor, junto al suboficial de apellido verdadero Torrejón; Pablo Prado y otros que no recuerdo", dijo en noviembre de 2002. Su equipo de trabajo, declaró, lo integraban El Peludo y El Cabezón, al parecer, de nombre real Reinaldo Díaz Iribarra, según declaró al ver un set fotográfico. Dice que la unidad tenía cinco vehículos: dos Suzuki carry, uno rojo, otro verde, un charade blanco, un Mazda 626 café y un taxi Datsun. En septiembre de 1989, dice, la unidad estaba al mando de El Huiro, como segundo el capitán Norambuena, luego el teniente Corsini y luego los inspectores Ventura y Leyton.

**Luis Alfredo Díaz Garrido.** Nombre operativo: Ricardo Acuña, alias el peludo. Nacido el 29 de septiembre de 1957. Ingresó a la CNI en 1981 como empleado civil, como guardia de las instalaciones de la Unidad Rengo, que tenía su cuartel en República esquina Toesca. Había 60 guardias, dijo al tribunal. Ahí estuvo hasta 1987, cuando fue destinado a igual función en el cuartel Borgoño. Con el cambio a Grajales, se le ordena cumplir funciones en la unidad operativa que investigaba al MIR. "Había tres oficiales de Ejército, dos oficiales de Investigaciones y el resto era personal de planta del Ejército y empleados civiles", declaró. El Peludo hacía equipo con Roldán Olmos y El Cabezón y oficiaba de chofer de un furgón Suzuki rojo. "Como en ese tiempo ya habíamos sido comunicados de la disolución de la CNI, todos los funcionarios, en especial los empleados civiles, comenzamos a buscar

otras alternativas de trabajo y en lo personal comencé a estudiar electrónica, por lo que me desentendí un poco de mis funciones, aparte que mientras fui del equipo operativo de la Unidad MIR también debí cumplir con mis funciones de guardia”.

**José Arturo Fuentes Pastene.** Nombre operativo: Cristián Trigo Verdugo, alias Trigo. Nacido el 15 de diciembre de 1961. Hizo el servicio militar en 1981 en el Regimiento Tacna, licenciándose en 1983. Por un familiar es contactado para trabajar en la CNI, primero para labores de guardia en la unidad denominada Rengo. En 1985 es trasladado al cuartel Borgoño, siendo encuadrado a la unidad verde. Integraba un equipo de trabajo formado por un oficial de investigaciones de nombre José Miguel Morales, alias Curro de la Cruz, y el empleado civil Pablo Rojas, al parecer, nombre operativo. En 1986 es trasladado como guardia a la casa de Alvaro Corbalán, donde cumplía turnos de 24 horas por 48 de descanso, junto a un empleado civil conocido como Dedos Cortos. En Grajales integró la Brigada Azul. La unidad, dice, estaba compuesta por unos 20 funcionarios, entre ellos, cuatro oficiales. Permaneció en la unidad hasta el fin de la CNI, pasó luego al Batallón de Inteligencia del Ejército y en 1992 se acoge a retiro voluntario. Su equipo lo formaban el jefe de equipo, Hernán Vásquez Villegas (Pablo Prado) y el empleado civil que conocía por el apodo de El Gato Chico, cuyo apellido al parecer era Farías. Dice que en julio realizaron seguimientos a un sujeto que vivía en Maipú y que iba a la sede del Codepu en calle Bandera, en un segundo o tercer piso. Era Jécar Neghme. En su unidad recuerda a El caracol, El Peludo, un suboficial de apellido Gómez, el viejo Charly, el Gato de Yeso y Lino Aranguiz. “Quiero dejar establecido que el ámbito socio político de la época, a comienzos del año 1989, en que ya estaban próximas elecciones presidenciales y la Central Nacional de Informaciones, como organismo de seguridad, ya estaba terminando, prácticamente no teníamos trabajo, de tal forma que nos reuníamos a jugar cartas o hacer deportes y algunas tareas administrativas menores”.

**Patricio Enrique Vega Trujillo.** Nombre operativo: Miguel Angel Cortez González, alias el gato de yeso. Nacido el 27 de mayo de 1950. Tras terminar el Servicio Militar Obligatorio, ingresa al Ejército el 1 de noviembre de 1972. En diciembre de 1973 es asignado a la DINA, donde adquiere el nombre operativo de Miguel Angel Cortes González. En 1980 es encuadrado en la unidad amarillo, de la CNI, que investigaba al PS. Desde 1984 participa en la brigada que investiga al MIR. En 1988 estuvo en la brigada que fusionada, perseguía al FPMR y al MIR, que dirigía Krantz Bauer Donoso. Un año después se sumó a la brigada azul que comandó Sanhueza, junto a otros doce agentes que provenían de la brigada de Bauer, declaró. En junio de 1989 integraba un equipo de trabajo compuesto por el suboficial mayor del Ejército de apellido Alvarez, más conocido como Don Juan, y un empleado civil conocido por el apodo de Zapatilla, de apellido Pincheira. Marco Antonio Pincheira Ubilla declaró que efectivamente trabajó con Patricio Vega, pero en 1987, cuando trabajaban en la unidad que vigilaba al FPMR. En 1989, Pincheira asegura que estaba en el cuartel de la CNI de calle Carabineros de Chile, en el sector de Vicuña Mackenna, en una unidad que buscaba informaciones de fuentes abiertas en el área educación y salud.

"Mi labor era de conductor del vehículo que tenía a cargo, un automóvil marca Toyota modelo Corolla 1.6 de color negro", declaró Vega, en un equipo designado en varias ocasiones por Sanhueza Ros como carro de apoyo de otro equipo formado por Pablito, de apellido Vásquez Villegas; el Cordillera, Muñoz Orellana; y un empleado civil.

**José Rafael Medina Romero.** Nombre operativo: Juan Carlos Paniré Rojas, alias Panirés. Nacido el 21 de noviembre de 1955. Usaba la Ticni B 3236. Ingresó al Ejército el 1 de febrero de 1976. Su primer destino fue el Regimiento de Infantería Número 15 de Calama. Ahí se enteró, en mayo de 1981, por el Boletín Oficial, de su destinación en comisión extra institucional a la CNI. Partió el 1 de julio de 1981 en el cuartel de República con Toesca. Primero fue comandante de guardia, con 28 funcionarios a su cargo. En julio de 1987 lo destinan a la UAT, en calle Simón Bolívar, al mando del capitán Rodrigo Pérez, donde había unos 36 funcionarios, relata. En 1989, no recuerda mes, se une a la Brigada MIR. Trabaja primero en equipo con el capitán Norambuena solo en labores domésticas. “Tenía que lavar el vehículo, acompañarlo para cancelar cuentas, cuidar el vehículo en su ausencia, etc., sin embargo no hubo desempeño operativo de ningún tipo”. A mediados de 1989 se le designó un nuevo jefe de equipo: el sargento Muñoz, apodado el Cordillera. Tras el cierre de la CNI, fue destinado al Batallón de Inteligencia del Ejército, en calle García Reyes número 12, comuna de Santiago. Ahí permanecía al menos hasta junio de 2004, cuando declaró en la causa de Jécar Neghme.

**Juan Lisandro Ríos Tapia.** Alias: El viejo Leo. Nacido el 8 de agosto de 1952. Ingresó al Ejército en abril de 1977 como soldado, hasta el 1 de diciembre de 1979. Luego se integra como empleado civil a la UAT, con trabajos de orden logístico. Integró esa unidad desde su inicio hasta 1989. “Luego fui destinado al cuartel ubicado en Grajales. Allí fui encuadrado en la brigada que investigaba las actividades del MIR. En cuanto a lo que a mí respecta puedo decir que junto a tres o cuatro funcionarios que veníamos de la UAT no logramos afiatarnos a ese sistema de trabajo, ya que nuestras formaciones eran absolutamente distintas. Por ello, en muy pocas oportunidades formé equipo con mis propios compañeros, entre los cuales recuerdo a un suboficial de nombre Jorge Vial, de nombre operativo Rubén y el empleado civil Olegario González”, declaró en julio de 2004.

## **CAPITULO 5: IVAN Y ERIC**

Iván vivía su propia dictadura. Su padre, Pablo Palacios Trecañanco, aplicaba, al decir de parientes de la familia, un régimen draconiano con sus cinco hijos, Pablo, el mayor, Patricio, Gonzalo, Iván y Cecilia, la menor. Estaba prohibido el disenso y la contestación, se hacía lo que él ordenaba y se decía lo que él pensaba. Sus tres hijos mayores heredaron su posición política y los dos menores, por rebeldía familiar o por contaminación social, asumieron la contraria. El patriarca admiraba a Augusto Pinochet y estuvo entre quienes celebraron sin disimulo el golpe de Estado en 1973. Partidario de la dictadura, ello no cambió ni siquiera con la muerte de uno de sus hijos a manos de sus organismos de seguridad. En el velorio de su hijo Iván, recuerda un sorprendido testigo de aquella escena, Pablo Palacios padre cometió el despropósito de alabar en público al general golpista. Cinco meses después, sin embargo, cuando falleció Eric Rodríguez, tuvo la deferencia de ir, acompañado de su hija Cecilia, a dar el pésame a los padres del otro caído en San Pablo con Radal y agradecer en parte la magnitud de su propia tragedia: al menos su hijo había muerto de una vez y evitó a su familia el largo calvario que debieron atravesar Enrique Rodríguez y Leticia Hinojosa con Eric muriendo de a poco en el Hospital San Juan de Dios.

En la mesa familiar, Pablo Palacios padre era severo y dominante. Su esposa, Margarita Guarda, había llegado con él a Santiago desde el sur, de Panguipulli al interior, en la X Región. Vivieron por años en el corazón de la capital, a media cuadra de la Plaza de Armas, donde el padre de familia trabajaba como conserje de la galería comercial que Iván aconsejó a sus amigos asaltar. El grupo familiar se trasladó más tarde a Lo Prado y el padre pudo desarrollar con más espacio y tiempo la crianza de perros pastores alemanes, los que cruzaba y comercializaba como método complementario de subsistencia.

Los amigos de la época coinciden sin matices en una definición. Reservado, retraído, introvertido, respetuoso, Iván Palacios Guarda no se abría de buenas a primeras, vivía en el silencio y el secretismo, y no por opción sino que por una timidez definitiva. Era incluso demasiado ingenuo. Y tan grande que le pusieron Bam Bam, en alusión al niño de fuerza sobrenatural adoptado por Pablo y Betty Mármol, una de las familias de Los Picapiedras, serie animada de los años 60, popular en Chile en los años 80. Bam Bam se convirtió en la práctica en su nombre político.

Al momento de su muerte, Iván era obrero y estudiante. Además de trabajar en el kiosco de su tío, desde el 3 de marzo de 1989 estaba matriculado en el Centro de Formación Técnica Itesa. Allí estaba todos los días habitualmente entre 14 y 18:45 horas. Iván quería estudiar periodismo pero terminó cursando la carrera de publicidad.

Bam Bam mantenía en el anonimato su militancia y su familia ni siquiera intuía sus actividades. El único objeto personalísimo que tenía en su casa era un mueble que mantenía con llave y del cual, tras su muerte, familiares encontraron poemas que escribía en su intimidad. Sólo ante su prima, Beatriz Fuentes Guarda, reveló indirectamente su inclinación



política: un día la escuchó tararear una melodía de Transporte Urbano, grupo musical de protesta de fines de los '80, vinculado al PC, y se sorprendió del trasfondo de la coincidencia con una secreta complicidad. Sus compañeros tampoco supieron mucho de su familia, ni detalles de su vida privada. Y viceversa, obra y gracia de la compartimentación. Iván se preocupaba de no preocupar a nadie, de llegar temprano a casa y no marcar notas disonantes. En una borrachera juvenil, en la fiesta de fin de año de su curso, en diciembre de 1988, a Iván le inquietaba que no se conociera su descuido étlico. En la Resistencia no se podía beber sin moderación y sus militantes debían ser ejemplo de desempeño académico y humano. Por instrucciones de Miguel, tampoco podían ir a fiestas.

Las distancias políticas en la familia no terminaron con la muerte de Iván. Veinte años después, su hermana Cecilia asistió por primera vez en serio a los actos de conmemoración de la muerte de Iván. Acompañada de su prima Beatriz y su esposo, Marcos, la Teti recibió el saludo de organizadores y asistentes y hasta se animó a agradecer en público el homenaje, frente a un recién estrenado monolito donde cayeron Iván y Eric. Cecilia debió antes vencer el temor que todavía siente por la autoridad de su hermano mayor, Pablo, quien heredó la condición de jefe de familia de su padre, fallecido en 2005 tras enfermar de Alzheimer.

Cecilia decidió no pedir permiso y llegó hasta la Plaza Simón Bolívar. Sólo comentó la visita previamente a su madre, Margarita. Aquejada por los años, la mala salud y la tristeza, la madre de todos los Palacios Guarda -y un hijo adoptivo, Francisco Javier, quien llegó del sur y fue acogido como propio- le entregó a Cecilia un paquete de velas para encender en el lugar de su muerte. Al día siguiente, tuvo otro gesto con su hijo muerto y fue personalmente a visitar el monolito levantado en homenaje a Iván.

Veinte años después de su muerte, otro aniversario reabrió la tensión en la parentela. Iván fue sepultado en 1989 en el Cementerio General en una ceremonia breve y sobria, sólo interrumpida por el grito colectivo de algunos compañeros de colegio. Su sepultura tenía fecha de término: 20 años. Comúnmente, el Cementerio General retira los derechos cumplido ese plazo. Los deudos, entonces, deben pagar por la renovación de espacios para los restos mortuorios o buscar soluciones alternativas. En el caso de Iván Palacios, había una opción más económica y simbólica. Las víctimas de la dictadura de Augusto Pinochet reconocidas en el Informe Rettig tienen derecho a una sepultura gratuita. Los hermanos de Iván decidieron no sumarlo a la larga lista de víctimas de la violencia política en Chile y Gonzalo Palacios decidió pagar por un mausoleo para su familia. Días después del terremoto que sacudió a Chile el 27 de febrero, en el Cementerio General removieron y reubicaron los restos de Iván Palacios Guarda y su padre en una ceremonia triste y emotiva. Una semana después, Margarita Guarda fue a verlos al cementerio por última vez. Al día siguiente, falleció.

## **Eric**

A Eric le gustaba cambiar su nombre y terminarlo en la escrituración con el binomio ck. Era un intento personal por darle otro carácter, moderno, internacional, a su chilena identidad. La deformación fue adoptada años después por la Brigada Muralista Erick

Rodríguez. Y en el error cayeron también la Comisión Rettig, el Hospital San Juan de Dios, la Policía de Investigaciones y hasta la propia CNI, que en varios oficios e informes lo identificaron como Erick. “Yo le decía, vivís aquí en Quinta Normal no más y te estai poniendo nombres de allá arriba”, le reprochaba su madre, Leticia.

Con un metro ochenta y dos centímetros de altura, el cabezón, como le decían en la familia, era hábil en el basquetbol y el voleibol, deportes que jugaba en un gimnasio cercano a su casa.

“Por lo que sé, mi hijo no pertenecía a ningún partido político, pero su tendencia, que era pasiva, no era a favor de este gobierno, nunca usó armas de fuego ni de nada”, dijo a un Juzgado del Crimen su padre José Enrique Rodríguez Costa dos semanas después de la muerte de Eric, en septiembre de 1989. Su padre simpatizaba con la Democracia Cristiana y nunca compartió el ideario militar. Sobre todo, recuerda, cuando a principios de los 70 empezaron a aparecer muertos o a desaparecer vivos que uno conocía.

Eric llevaba ya varios años de cercanía con la izquierda, sobre todo con el Partido Socialista, a cuya juventud se unió. La propia CNI, según un oficio enviado a la Fiscalía Militar, lo tenía en sus registros: el 24 de junio de 1988, Eric Rodríguez había sido “detenido por promover desórdenes en la vía pública”.

Eric era uno de los mayores en el grupo de Miguel de Quinta Normal y Pudahuel: egresó de cuarto medio del A-78 dos años antes de morir, en diciembre de 1986. Los años siguientes a su graduación estudió computación, primero en el Instituto Aiep, y en 1988 en el Itesa, el mismo de Iván, que cobraba un arancel más barato. La falta de dinero le impidió terminar el año y en enero de 1989 comenzó a trabajar con su padre en una empresa textil. Creía que la computación era una carrera de futuro, y no se equivocaba. Uno de sus mejores amigos, David, también estudió análisis de sistemas en el mismo instituto. Ambos estuvieron juntos en el A-78. Años después, cuando agonizaba en el hospital, Eric culpó a su ex amigo y se lo dijo a su madre: “este conchesumadre tiene toda la culpa porque no me avisó que se iba a Argentina”. David dice que le advirtió que Miguel era infiltrado, pero a la pasada, corriendo, al encontrárselo por casualidad en la plaza Simón Bolívar, en los últimos días de la operación de la CNI, cuando David ya estaba siete por veinticuatro dedicado al asunto. Quizás debió, admite sin culpa, darse más tiempo para decírselo claramente, sin ambigüedades, cerciorándose de que Eric entendiese y aquilatara lo que le decía.

Eric y David escuchaban la misma música, protagonizaban las mismas juergas. Eric tenía dos cassettes que llevaba a toda fiesta: De Kiruza y Mauricio Redolés, sus caballos de batalla para el baile. Juntos se emborracharon varias veces. Otros ex amigos dicen que a Eric le gustaba la bohemia, el carrete, que carecía por ello de disciplina y que esa fue una de las razones para retirarse del grupo antes del cierre de 1988, meses antes de la hecatombe que se lo llevó también a él. Eric se había ido de la R con la venia de Miguel. Oficialmente adujo razones de seguridad, ya que tenía un pariente cercano que trabajaba en la CNI, algo que lo ponía en riesgo a él y todos sus compañeros. Su padre ratifica el vínculo, pero corrige el destinatario: era un primo hermano suyo, no de su hijo.

Leticia describe a Eric con el mismo carácter que su padre, reservado y tranquilo. Tenía una polola, Sandra, su vecina en la misma calle Carahue de la Villa Simón Bolívar. Le gustaban las mujeres, también la marihuana. Y usaba arito, una cruz que se colgaba a la oreja. Era un revolucionario de tomo y lomo, arrojado, dice Pedro, pero extrovertido y ganador, usaba morral artesanal y zapatos, no zapatillas, un collage de simbologías diversas y no necesariamente contradictorias. “Era taquillero”, recuerda Gerardo.

Uno o dos años después de la muerte, los padres de Eric decidieron dejar el barrio y no volver más. Optaron por irse a Maipú, al sur poniente de Santiago, donde ha llegado la creciente clase media capitalina. Nunca más volvieron a la población Simón Bolívar. Sus ex compañeros de la Resistencia suponían que la familia había decidido intencionadamente no recordar, jamás volver a las conmemoraciones, olvidar los vínculos con la izquierda. No es así. Su padre va solo, en silencio, todos los años, cada 6 de mayo, el mismo día en que Eric había nacido, al lugar donde murió su hijo Eric. El traslado familiar a Maipú fue una íntima concesión al hijo muerto, cuenta su madre Leticia: “El siempre decía, me gustaría que tuvieran una casa en Maipú, le gustaba el sector, por los árboles, lo verde. Siempre decía, cuando nosotros tengamos casa, ojalá tengamos en Maipú”.

## **La agonía**

Ya en el hospital, internado, gravemente herido, Eric le dijo a Leticia, su madre, que a Iván lo remataron en el suelo de un disparo y que para no correr la misma suerte, él controló sus sonidos y se hizo pasar por muerto. Los agentes de la CNI paseaban por la Avenida San Pablo, iluminada con linternas y luces de automóviles. Según un testigo, la ambulancia tardó más de una hora en llegar. Lo mismo dejó por escrito el fiscal militar, que constató que la hora de ingreso de Eric al hospital San Juan de Dios fue las 22 horas y 35 minutos. Eric fue baleado 85 minutos antes.

Al día siguiente de la balacera, desconocidos intentaron llevarse a Eric Rodríguez desde el hospital. Su primo Rubén Moscoso dice que civiles vestidos de personal del hospital se aproximaron con una camilla a la Unidad de Tratamientos Intensivos (UTI) y pidieron llevarse al paciente para someterlo a exámenes. Los funcionarios a cargo les solicitaron credenciales y la orden médica y los falsos enfermeros prometieron volver con los papeles solicitados. Jamás volvieron, pero esa fue la primera señal de alerta. La familia pidió custodia policial y la Corte de Apelaciones la concedió en un comienzo.

Las consecuencias de la balacera las vivió su familia más de lo debido. Su hermano Jaime Valentín Rodríguez Hinojosa, entonces de 22 años, guardia de seguridad en la empresa textil Machasa, fue sacado por Carabineros con una burda excusa: en los alrededores de la industria habían encontrado explosivos y testigos lo relacionaban con ese material. El abogado Héctor Salazar denunció el hecho, acusó que a Jaime lo interrogaron civiles por las actividades de su hermano y presentó un recurso de amparo en tribunales. Su padre revela ahora que en realidad los carabineros le preguntaron por un asalto a un retén en Lonquén, al que querían vincular a los dos hermanos. Jaime fue liberado a las pocas horas de ser detenido.

Al hospital, Eric Rodríguez llegó con un TEC abierto, heridas en tórax y en el abdomen que le comprometieron el estómago y el diafragma y con una fractura expuesta en la tibia y el peroné. Cuarenta y dos días después del 18 de abril, el Servicio Médico Legal, por orden de la Fiscalía Militar, realizó un informe sobre su estado. Todavía presentaba lesiones graves y no estaba en condiciones de prestar declaración verbal ni escrita, determinó el funcionario del servicio. Dos semanas más tarde, el 19 de junio, el fiscal, que consultaba por teléfono en forma frecuente sobre el estado de salud del paciente, se constituyó en el recinto para tomarle declaración: el investigado pronunciaba palabras incoherentes, no se ubicaba en el tiempo y no podía expresarse bien. La diligencia no se hizo y tampoco se volvió a intentar.

Sus padres aseguran que Eric Rodríguez mejoró, que incluso se puso de pie y su progenitor y su hermano lo ayudaron a caminar por los pasillos del San Juan de Dios. En su ficha clínica, una hoja fechada en julio de ese año certificaba la mejoría: “Consciente. Contesta en forma atingente y obedece órdenes. Desea irse a su casa. Franca mejoría en estado nutritivo”. Sus padres dicen que conversaban con él igual que como se conversan con cualquier persona, que hasta cambió de ánimo y le pidió a su madre ir a la casa que tenían en la costa, en el balneario de Pichidangui, una vez que saliera del hospital, y no autoexiliarse en Suecia, gestión en la que había colaborado y sugerido la Vicaría de la Solidaridad. Enrique Rodríguez no se explica, entonces, por qué la salud de su hijo empeoró como lo hizo durante en las semanas siguientes, de manera irreversible. “Yo por lo menos siempre he quedado con la duda, siempre he tenido esa duda. Si Eric estaba tan bien, ¿por qué empeoró de repente...?”, pregunta apropiándose del misterio que instaló sobre muchas muertes políticas el rápido deceso, también en un hospital, en 1982, del ex Presidente Eduardo Frei Montalvo.

Su madre asegura que su deterioro definitivo coincidió, a fines de julio, con el traspaso de la Unidad de Cuidados Intensivos (UCI) a una sala común donde ya no tenía protección y donde sus familiares ya no pudieron acompañarlo las 24 horas del día.

En agosto se agravó y Eric Rodríguez no volvió a recuperarse. El último día de ese mes, el Servicio Médico Legal informaba al tribunal que el paciente estaba en coma, con hidrocefalia, septicemia, desnutrición y atrofas musculares en sus cuatro extremidades. “El examinado se encuentra en estado de coma superficial, muy probablemente fallecerá o quedará con un daño neurológico severo y sin discernimiento”, concluía el informe del doctor Lionel Grez al juez militar. A las 16:35 horas del 4 de septiembre, Eric Rodríguez falleció de un paro cardíaco. Quince minutos de maniobras no lograron reanimarlo.

## **El 18 de abril**

Eric no debía estar la noche que murió en el lugar en que murió. Fue una casualidad. Manuel cuenta que un día antes, conversaba con Iván y Miguel a un costado del furgón blanco que el comandante usó esos últimos días, en una de las calles que rodean la plaza Simón Bolívar. Los tres programaban acciones, una de ellas, volar una estación de venta de

bencinas. Era ya entrada la tarde y Eric apareció saludando a Miguel, alegre, recordando en voz alta que al día siguiente habría protesta.

- ¿Y, vamos a combatir este 18?, le preguntó Eric a boca de jarro a Miguel.

Manuel intentó con los ojos decirle que se alejara, que esa reunión era una fachada, que sólo aparentaban normalidad y que Miguel no era quien creían que era. Pero no pudo decirle nada con palabras. Más tarde, cuando ya se había disuelto el trío, Manuel buscó a Eric en su casa y en las calles del barrio, pero no lo encontró. Le quería contar sobre la infiltración y advertir que no fuera al día siguiente, a la hora prevista, al lugar previsto. Así lo había convenido con Iván. Así lo volvió a acordar con Iván al día siguiente, en la mañana, cuando le insistió que anulara sus dudas, que Miguel era, definitivamente, un agente de la CNI. Ninguno volvería a hacer contacto con Miguel. Manuel cumplió y no volvió a ver al infiltrado.

El 18, sin embargo, Eric llegó. También Iván. Y también Pamela, la que se había encontrado ese mismo día, temprano, con el Bam bam en el centro de Santiago por casualidad, asegura ella 20 años después. Iván le dijo a Pamela que Miguel estaba enojado y decepcionado, que ya sabía que el resto del grupo se había ido a Argentina, que sospechaban de su condición de revolucionario por culpa de comentarios malintencionados de la Mónica y el Arturo, y que, pese al descrédito, o hasta quizás por lo mismo, quería reunir a quienes quedaran en Santiago para seguir actuando frontalmente contra la dictadura. Iván le contó a Pamela que se juntarían ese día, a las seis de la tarde.

A las 18 horas Iván, Eric y Pamela se encontraron por última vez con Miguel, en un pasaje escondido a 100 metros de San Pablo con Radal. El jefe de la Resistencia llegó en el furgón blanco, vestía jeans y camisa y tenía barba crecida. La cita no duró más de veinte minutos, según los recuerdos de Pamela, la única sobreviviente de ese equipo operativo. Miguel le pidió que también llevara al chino, su pareja, por quien preguntó en esa cita clandestina. Ojalá que estuvieran todos, le dijo tres horas antes de la balacera.

Ese día, Eric y su padre habían ido, como todos los días, a sus respectivos trabajos en Textiles Pollak, en calle Pedro de Valdivia. Enrique Rodríguez era jefe de la sección de terminaciones y su hijo era operario de aseo y mantención. Llegaron a la textil a las siete y treinta de la mañana. La empresa no se plegó al Paro convocado para ese día, pero despachó al personal a sus casas a las tres de la tarde, previendo problemas de locomoción. A casa llegaron cerca de las cinco de la tarde. Ates de salir, Eric tomó un té a la rápida, de pie. Se calzó su mochila de mezclilla, echó dentro un pantalón de buzo azul y salió. Dijo que iba a hacer deporte. Sus padres lo volvieron a ver al día siguiente, inmovilizado, malherido, en el hospital.

Iván, por su parte, fue esa mañana a Las Condes 9308, donde su tío José Eugenio Fuentes Vidal tenía un kiosko de diarios y revistas que su sobrino le ayudó a atender durante enero de ese año. En los meses siguientes, Iván trabajó en el aseo y cuidado de la galería comercial que regentaba su tío. El 18 de abril, Iván trabajó desde las ocho de la mañana hasta las dos y media de la tarde. Al partir le dijo a su tío que iría al Instituto. “Esa fue la última vez que vi a Iván con vida”, declaró José Fuentes a la Policía.

En la tarde, cuando Iván, Eric y Pamela se reunieron con Miguel, no hubo comentarios sobre el resto de los ayatolas. Las instrucciones fueron precisas y se volverían a reunir, en el mismo lugar, a las nueve de la noche. Al separarse, los tres ex alumnos del A-78 caminaron juntos durante horas.

Un informe de la CNI determinó que Eric Rodríguez e Iván Palacios llevaban consigo un kilo y medio de amoníaco y R-1, un explosivo casero construido sobre la base de aluminio, aserrín y nitrato de amonio. Todo ello iba armado en dos conos unidos con cordón detonante. Su explosión, calculó la CNI, habría derribado postes y transformador y ocasionado daños en un radio de 15 metros.

Los artefactos, cuenta ahora Pamela, los llevó Miguel. Pero ella recuerda sólo dos bombas de ruido y un revólver. Caminaron el barrio e hicieron estallar los explosivos, como preámbulo, como precalentamiento, en dos puntos de su recorrido. Estuvieron juntos, pero conversaron poco. La última parada, donde escogieron el lugar de su muerte, fue en la Escuela Inglaterra, por calle San Pablo, más al poniente de la barraca.

Ahí resolvieron un punto clave vía votación. La misión era cortar la luz y discutieron dos alternativas: los dos postes de luz de San Pablo con Radal u otro transformador ubicado en la población Santa Anita. En aquel momento a Pamela no le llamó la atención, ahora sí: Iván insistía en realizar la acción en la Santa Anita. Iván estaba asustado, muy asustado, recuerda ahora. Eric y Pamela se inclinaron por mantenerse en su barrio y no experimentar en una zona que no conocían tan bien. Dos votos contra uno. A otro ex compañero la decisión le calza: Eric siempre quiso derribar esos postes, eran su obsesión en el barrio.

Resuelto el dilema, Pamela se separó de sus dos amigos para ir a buscar a Gerardo, se llevó el revólver y se comprometió a volver para la acción. No lo encontró y cuando caminaba de vuelta, escuchó los disparos. No sabe por qué, pero dice que no la esperaron. “No sé qué pasó con los chiquillos, por qué se adelantaron. A veces creo que a lo mejor se encontraron con el Miguel y el Miguel les dijo, vayan ustedes no más. O aprovecharon que se cortó la luz, no sé. La verdad es que no tengo idea de qué paso”, dice Pamela sin encontrar explicación.

Marcela, otra chica del barrio, amiga de Eric, estaba a una cuadra de San Pablo con Radal, de pie, con su padre, esperando que pasara algo en la esquina. Había gente, dice, pero no recuerda barricadas. Eric e Iván aparecieron caminando desde la Escuela Inglaterra en dirección a la esquina fatal, por la vereda norte. Ambos venían con mochilas. Y una bolsa. Eric llamó a Marcela y le dijo si los podía acompañar, que harían algo en el transformador. Marcela no quiso porque estaba con su padre. Eso le salvó la vida. Los siguió con la mirada, hasta que pusieron bajaron la cuneta y pusieron un pie en la Avenida San Pablo. Al oriente, un auto en la calle encendió las luces. “Fue un pestañeo y empieza el tiroteo”, dice otra testigo presencial de ese 18 de abril.

La madre de Eric Rodríguez, Leticia Hinojosa, repitió durante semanas a la prensa que su hijo no había participado en nada, que era epiléptico y que no podía, entonces, manejar armas, que esa noche estaba en la esquina de San Pablo y Radal jugando juegos

electrónicos. Cuando Eric recuperó, en el hospital y durante casi un mes, la conciencia y el habla, le contó la verdad: "¿Qué andabai haciendo?, le dije yo, ¿por qué te pasó?... Me dijo de que habían tratado de poner unas bombas en los postes donde estaba la barraca antes. Nos dieron todos los materiales, me dijo, pa poner una bomba ahí, y cortaron la luz y ahí me dijo, nos acorralaron los de la CNI, dijo. Y esto fue puro sapeo, me dijo", cuenta su madre.

Al día siguiente, el 19 de abril, Miguel se juntaría con sus tres pupilos, a las 9 de la mañana, para evaluar la acción. Y seguir operando. Pamela se percató con rezago de algo que tenía a la vista, enfrente de sus ojos, que no debía ir. Esa mañana, muy temprano, Pamela fue a buscar a Gerardo y recién, conversando con él, se dio cuenta que todo lo que había pasado no era casual y que no tenía que volver a ver jamás al comandante Miguel.

### **¿Por qué Iván?**

Pedro está convencido y lo repite una y otra vez: Iván se inmoló. Sabía lo que pasaría con él y de cierto modo, aceptó lo que le tocaba, resignado, encarnando al hombre nuevo en que sus compañeros prometían convertirse. Para Pedro, lo que hizo Iván fue entrega total, desinteresada y solitaria. Estaba cada vez más solo en Santiago y probablemente no encontró la salida. Si se quedaba, moría. Si se iba, su familia corría riesgos. Descubierta la operación, Miguel podía montar en cólera y vengarse de lo que tuviese a mano. Y lo que había más a mano eran los que se quedaron y sus familias.

Cuando se descubrió todo, Bam Bam siguió con David los puntos con Miguel. Debían aparentar normalidad y continuar su militancia como si nada. Coincidió con parte del verano de 1989, así que no fue difícil inventar razones para explicar la ausencia del resto: estaban en la playa o habían salido de vacaciones o simplemente no se los topaban en sus lugares habituales. Miguel ya sospechaba.

-Echémonos a este huevón, le dijo un día Iván a David sin más testigos.

Bam Bam quería matar a Miguel y ocasiones no les faltaron. Al menos dos veces Iván y David estuvieron solos en un auto con Miguel, el comandante conduciendo, ellos atrás, con cuchillos en la mano, listos para el degüello. Animo para esa acción tenían, pero no apoyo. Preguntaron al resto sobre la vía de salida más radical de todas y no obtuvieron el voto de la mayoría. Desde la cárcel, donde varios prisioneros políticos del MIR ya estaban enterados de la infiltración, les habían advertido que no tocaran a Miguel, que si lo hacían se desataría toda la fuerza de la CNI, toda la represión sobre los falsos militantes, sus parientes y los presos. Los muchachos estuvieron por mayoría en desacuerdo con asesinar a Miguel. Muchos tenían mucho que perder: el comandante sabía donde vivían, quienes eran sus padres, sus hermanos y los nombres verdaderos de todos.

En soledad, mientras el resto se escondía o derechamente arrancaba, David e Iván seguían obedeciendo a Miguel y no siempre encontraban fundadas razones para no seguir sus dictámenes. Incluso debieron seguir operando. Una noche, por calle San Pablo hacia abajo,

tenían que colocar una bomba de ruido armada también con TNT. Iván estaba nervioso e imaginaba un final sorpresivo, un auto a toda velocidad sobrepasándolos, una ráfaga desde la ventana en movimiento. Casi como ocurrió en realidad el 18 de abril de 1989. David lo tranquilizó y le propuso cambiar de lugar, buscar un muro más seguro, menos expuesto, y colocar el explosivo más allá de donde había ordenado Miguel.

El contacto con Miguel se sostuvo hasta donde fue posible pero ninguno de los fugados entiende por qué Iván mantuvo ese contacto con el infiltrado al menos diez días después de la salida de Chile de los últimos militantes, a comienzos de abril. Hubo al menos más de una semana en que, ya sin David, sin Pedro, sin Marcela Ortiz y sin Sergio, de la Villa Francia, Iván mantuvo contacto con Miguel. Estaba solo. Aunque en el país aún permanecían Manuel, Gerardo, Claudia y Eric, el contacto de Iván con ellos fue escaso: o estaban desconectados o habían sido excluidos deliberadamente por el resto de los militantes de las minucias del caso. Nadie sabe lo que ocurrió en esos días con Iván, aunque lo presumen.

En una agenda de tapas negras que llevaba cuando murió, Iván había escrito, el día 13 de abril: “18:00 Sn Pablo con Radal (Miguel)”.

Su padre, Pablo Palacios, comentó a la Policía de Investigaciones que durante sus últimos días de vida Iván estuvo extraño y que el día previo a su muerte lo visitó por última vez un tal Osvaldo, quien con seguridad era el comandante Miguel, quien llegó en un furgón amarillo que nunca antes había visto.

“Una semana antes del fallecimiento de Iván que lo notaba bastante raro, preocupado, deprimido y sin apetito, lo que me llamó bastante la atención. Le hice saber mi preocupación por esta situación, pero él me calmó diciéndome que nada sucedía”, dijo su padre a los detectives.

Manuel lo vio los últimos días acongojado, devastado. Otros, confundido, perdido.

Nadie entiende por qué siguió con Miguel cuando era evidente que algo grave pasaría. Las tesis son imprecisas, están llenas de elucubraciones, unos creen que el Bam Bam intentó torcer el curso de la infiltración mediante el aniquilamiento del infiltrado, otros suponen que en realidad Iván nunca se creyó del todo que el comandante fuese un agente de la CNI y que se inclinaba a uno u otro lado según la última información disponible o hasta la última impresión del momento. Iván fue el más pertinaz defensor de Miguel en una reunión ampliada donde todos, en los primeros meses de 1989, se iban dando cuenta, lenta y tortuosamente, que el dirigente no estaba adscrito a la estructura partidaria formal del MIR. Iván siempre tuvo la duda y lo planteó en público, recuerda Claudio. Era incapaz de cuestionarse algunas cosas y confiaba a ciegas en Miguel, complementa Sergio, de la Villa Francia.

Cada cual tiene su teoría y la aporta al fuego de la especulación colectiva.

Pamela: “Yo creo que el Iván siguió, a mi me de la impresión, por miedo. No encuentro otra explicación después de lo que él me contó (...) Cuando el me dice que no, que el



Miguel se había enojado con los chiquillos, yo no creo que haya sido así como compromiso, como que estaba muy comprometido con la causa”.

Manuel: “El Iván tenía dudas. Siempre mantuvo dudas, siempre (Miguel) lo manipuló tan bien que el Iván hasta el último momento, dudaba...”

Gerardo: “¿Sabis lo que yo creo?. Que, o el Miguel se lo dio vuelta, no creo mucho, a ver, ponte un caso, yo creo que se lo dio vuelta con el miedo, una cosa así, pero sí quiero creer que el Iván pensó en buscar el momento propicio digamos para darle el bajo al Miguel...”

David: “El tema que el Bam Bam haya seguido el nexo o haya vuelto a tener nexo con Miguel lo desconozco. A lo mejor lo amenazó, le amenazó la familia, o también, hemos conversado que es posible que a lo mejor el Bam Bam se lo quería echar y pa eso, a lo mejor logró ubicar al Eric, porque el Eric estaba descolgado (...) Lo que sí tenemos claro, o yo por lo menos tengo bastante claridad, es que esto fue como un castigo para nosotros, fue la venganza hacia nosotros, hacia los habíamos salido, porque en el fondo le desarmamos todo el cuento...”

Pedro no cree que Iván haya vacilado y que le hubiese nacido la indeterminación. Pedro asegura que Iván estaba seguro de la falsa identidad de Miguel. Una vez, antes de salir de Chile, a principios de abril, Pedro le pidió a Iván ir hasta su casa y convencer a su madre de extender un permiso notarial para salir del país. Pedro aún no cumplía los 21 años –edad que en ese tiempo marcaba la mayoría de edad- y requería esa autorización. Iván sabía que debía arrancar, pero creía que su padre no le daría ese salvoconducto. Y que, enterado de sus actividades subversivas, podía agravarse en su enfermedad al corazón. Y por otro lado, Miguel conocía su casa, a la que había ido varias veces con la excusa de comprar un perro, y a su padre, su hermana, sus hermanos. Por eso, relató a todos quienes escucharon su posición, Bam Bam no quiso dejar el país. Incluso discutieron otra alternativa: viajar al sur, donde Iván tenía familiares, y arrancar hacia Argentina cruzando la cordillera. Pedro y Mauro estaban dispuestos a acompañarlo en esa salida. Pedro insiste en que Iván sabía que Miguel no era quien decía: “Yo eso te lo puedo decir porque él estuvo dispuesto conmigo a echárselo. Y el único hecho que lo liberara era que no existiera Miguel, me entendís. Era el hecho que a el lo liberaba, era el único que tenía ese problema. El sabía que le iba a hacer daño a su familia, de alguna u otra manera le iba a hacer daño a su familia. El sabe que está entre la espada y la pared”, cuenta.

El último día que se vieron, el 3 de abril, un día antes de la partida de Pedro, ambos se quebraron. Iván le regaló una foto suya y algo que entre los más amigos utilizaban como amuleto e intercambiaban de mano: una moneda nicaragüense que en una de sus caras decía Patria o Muerte.

“Yo creo que esa vez cuando nos vimos, creo que se me quebró. Ahí lo vi más mal. No lo conversamos, no es un punto donde no hay una reflexión sobre el tema, pero como que está en el ambiente. Yo sabía dónde iba a terminar y él sabía, claramente sabía”, relata Pedro tras varias horas de conversación.

Y concluye con una convicción que no deja grietas para otras interpretaciones: “No lo conversamos una vez, sino que varias veces (...) Yo creo que el Iván estuvo cien por ciento seguro que iba a caer”.

## **FUENTES DE CONSULTA**

### **ENTREVISTAS REALIZADAS POR EL AUTOR**

#### **Los ayatolas**

- David. Mayo de 2008.
- David. Noviembre de 2009.
- Sergio. Noviembre de 2008.
- Sebastián. Noviembre de 2008.
- Manuel. Septiembre de 2008.
- Claudio. Junio de 2009.
- Marcelo. Octubre de 2008.
- Gerardo. Mayo de 2009.
- Pamela. Mayo de 2009.
- Pedro. Enero de 2009.

#### **Otros**

- Fernando Zegers. Ex presidente del Codepu.
- Hiram Villagra. Ex abogado del Codepu.
- Pascual. Ex preso político del MIR.
- Humberto Trujillo. Ex preso político.
- Víctor Rolando Caro Pizarro. Ex agente de la CNI.
- Pedro Montesinos. Director del A-78.
- José Enrique Rodríguez y Leticia Hinojosa. Padres de Eric Rodríguez.
- Rubén Moscoso. Primo de Eric Rodríguez.
- Beatriz Fuentes. Prima de Iván Palacios.
- Bélgica Ubilla. Testigo 18 de abril de 1989.
- Leo. Testigo 18 de abril de 1989.
- Marcela. Testigo 18 de abril de 1989.
- Regina Urriola. Testigo 18 de abril de 1989.
- Juan Carlos Alonso. Testigo 18 de abril de 1989.
- Fernando Riquelme. Testigo 18 de abril de 1989.
- Enrique Segundo Olguín. Testigo 18 de abril de 1989.

#### **Contactos telefónicos**

- Marcelo Schiling. Ex jefe de La Oficina de Seguridad Pública.
- Fabiola Letelier. Ex presidenta del Codepu.
- Luis Arturo Sanhueza Ros. Ex agente CNI. Jefe Brigada Azul.
- Armando Rodolfo Avila Fierro. Ex agente CNI.
- Jaime Norambuena Aguilar. Ex agente CNI.
- Francisco Herreros. Ex reportero de Pluma y Pincel.
- Claudia Lanzarotti. Ex reportera de Pluma y Pincel.
- Gonzalo Palacios. Hermano de Iván Palacios.
- Marco Nieto. Testigo 18 de abril de 1989.

## **BIBLIOGRAFIA**

- CAVALLO, Ascanio, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda. La Historia Oculta del Régimen Militar. Editorial Antártica. Noviembre 1989.
- SANDOVAL AMBIADO, Carlos. MIR (una historia). Sociedad Editorial Trabajadores.
- PEÑA, Cristobal. Los Fusileros. Random House Mondadori. Primera edición, septiembre de 2007.
- . Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación. Andros Impresores. Reedición: diciembre 1996.
- VIDAL, Hernán. FPMR. El Tabú del conflicto armado en Chile. Mosquito Editores. Primera edición, marzo de 1995.
- . Manuel Cabalga de Nuevo. Ediciones III Aniversario. Segunda edición, 1995.
- SALAZAR, Manuel. Guzmán. Quien, cómo, por qué. Ediciones BAT. 1994.
- Documentos del IV Congreso del MIR.
- LEIVA-ALVAREZ-PINTO-VALDIVIA-DONOSO. Su revolución contra nuestra revolución II. LOM Ediciones. Diciembre de 2008.

## **OTRAS FUENTES**

- Diarios y revistas entre mayo de 1988 y mayo de 1989.
- Causa rol 544-89, Segundo Juzgado Militar de Santiago. Expediente judicial por muerte en enfrentamiento de Iván Palacios Guarda.
- Causa rol 39.122-D. Sexto Juzgado del Crimen. Expediente judicial por homicidio calificado de Jécar Neghme.
- Causa rol 39.122-B. Sexto Juzgado del Crimen. Expediente judicial por homicidio calificado de José Carrasco Tapia.